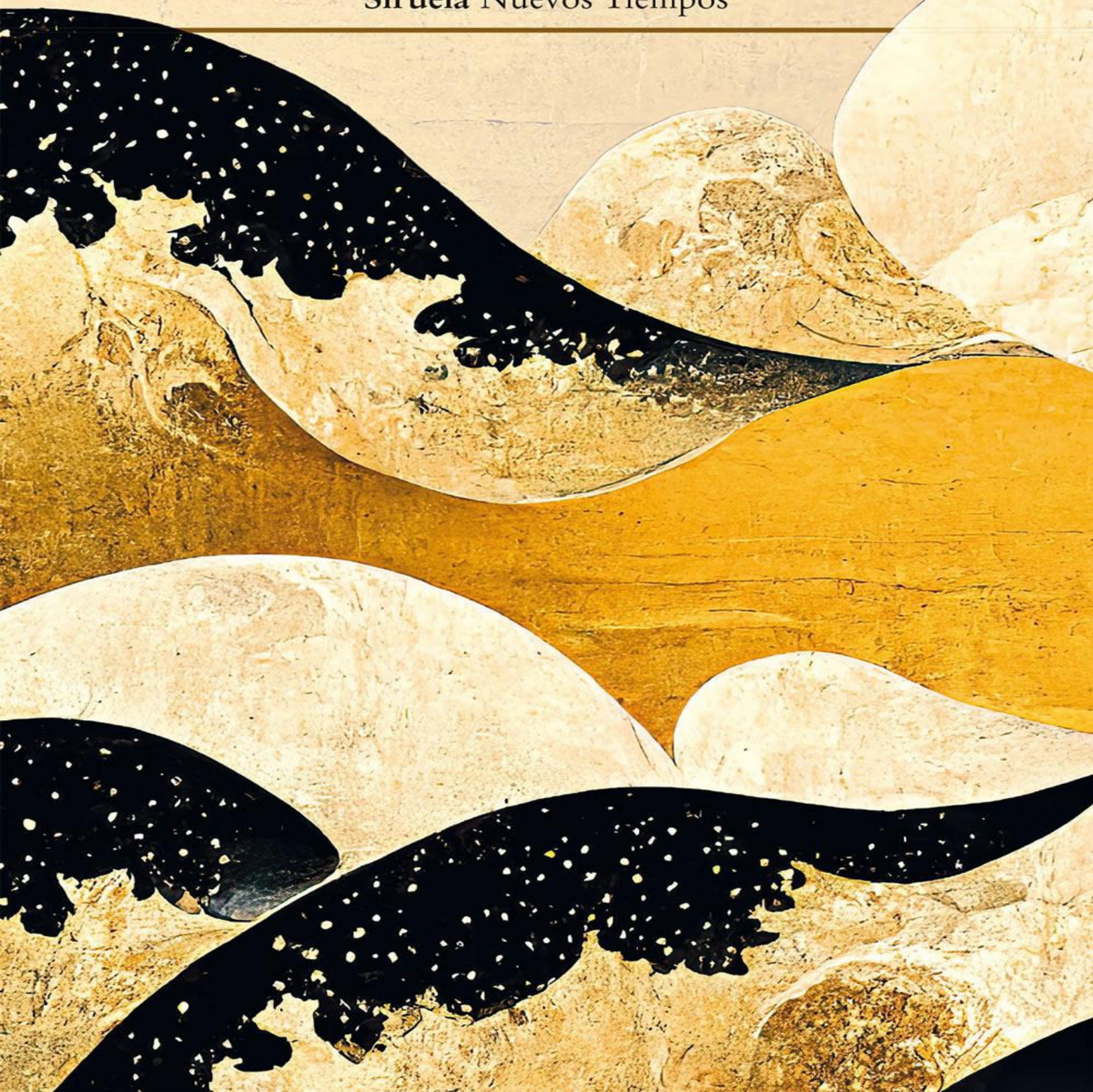


LA MUJER DE LA ARENA

Kōbō Abe

Siruela Nuevos Tiempos



Kōbō Abe

LA MUJER DE LA ARENA

Traducción del japonés de
Kazuya Sakai

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

Primera parte

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

Segunda parte

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

Tercera parte

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

Notas

Créditos

*Sin la amenaza del castigo
no hay siquiera el placer de la fuga.*

Primera parte

I

Cierto día de agosto, un hombre desapareció. Aprovechando sus vacaciones había ido a una playa, que estaba a medio día de viaje en tren, y no se volvió a saber de él. La búsqueda que emprendió la policía y los avisos en los diarios no dieron ningún resultado.

Por supuesto, los casos de desaparición de personas no resultan realmente fuera de lo común. Las estadísticas registran muchos cientos de avisos de desaparición al año. Además, la proporción de individuos encontrados es sorprendentemente pequeña. Los asesinatos y accidentes invariablemente proveen ciertas evidencias claras, y aun en casos de secuestros, los motivos, al menos para las personas emparentadas con el ausente, son de algún modo explicables. Pero cuando una desaparición no encaja en ninguno de estos dos casos, es difícilísimo encontrar algún indicio. Si muchas ausencias pueden ser consideradas como huidas, en su mayor parte parecen coincidir con el sentido de la palabra desaparición.

El caso de este hombre tampoco era una excepción en cuanto a falta de evidencias. Aunque se tenía una idea aproximada del lugar del suceso, en esa área no se sabía del hallazgo de un cadáver que se le pareciera, y tampoco era concebible que por la naturaleza de su trabajo estuviese envuelto en algún secreto que pudiera ser motivo de un rapto. Por otra parte, no parecía existir la menor indicación —a juzgar por su conducta habitual— que sugiriera la intención de fugarse.

Como es natural, al principio todos pensaron que tal vez estaba implicado en una secreta relación amorosa. Pero cuando la mujer informó de que el objeto de su viaje era coleccionar especímenes de insectos, tanto los investigadores policiales como los colegas de trabajo de aquel hombre se sintieron vagamente decepcionados. Ciertamente, un frasco de insectos y una red resultaban medios irrisorios para disimular una fuga con su amante. Además, el empleado de la estación S. recordaba que allí había descendido un hombre con aspecto de alpinista, con su cantimplora y una caja de madera similar a la que usan los pintores, y atestiguó que estaba solo, sin acompañante, lo que echó por tierra la teoría de que había de por medio una mujer.

Surgió también la hipótesis de que el hombre, hastiado de la vida, se había suicidado. Uno de sus compañeros, aficionado al psicoanálisis, era el que sostenía este punto de vista, pues encontraba que el mismo hecho de que un hombre ya maduro se obsesionara en un pasatiempo inútil, como el de coleccionar insectos, era signo evidente de una desviación mental. Aun en el caso de los niños, una inclinación excesiva a coleccionar insectos sería una transferencia del complejo de Edipo, pues, para compensar sus deseos insatisfechos, el niño disfruta pinchando una y otra vez los insectos ya muertos. Y el hecho de que no abandone esa afición aun después de convertirse en adulto es un indicio patente de que su condición mental ha empeorado. No es de ningún modo casual que los entomólogos resulten con frecuencia individuos muy posesivos o reclusos, o cleptómanos, u homosexuales. De ahí al suicidio, por el deseo de abandonar el mundo, no media más que un paso. Incluso algunos son atraídos no por el hecho de coleccionar insectos, sino por el cianuro de potasio de los frascos que los contienen, y, aunque se esfuerzen en ello, son incapaces de superar esa

tentación... Por cierto, el hecho de que este hombre no hubiera confiado a nadie su interés probaría que reconocía un cierto carácter clandestino en su afición.

No obstante, tan elaboradas suposiciones resultaban inútiles al no haberse encontrado ningún cadáver que correspondiera a las señas de aquel hombre.

Así, desconocida la verdadera causa de la desaparición, pasaron siete años, y, de acuerdo con el artículo 30 del Código Civil, el hombre fue definitivamente dado por muerto.

II

Una tarde de agosto, un hombre que llevaba una gorra de visera color gris, una gran caja de madera y una cantimplora colgadas de los hombros, y los perniles del pantalón metidos en los calcetines, como quien se dispone a subir a la montaña, bajó a la plataforma de la estación S.

Sin embargo, en esa zona no había montañas dignas de ser escaladas. Incluso el guarda que le cogió el billete lo observó con extrañeza. El hombre subió con decisión al autobús que esperaba frente a la estación y se acomodó en un asiento del fondo. El vehículo se dirigía exactamente en sentido contrario a las montañas.

El hombre siguió hasta el final de la ruta. Cuando bajó, observó la topografía ondulante del lugar. La parte baja eran arrozales divididos en pequeñas fracciones, y en medio había parcelas de plantaciones de caqui, un poco elevadas, que parecían islas esparcidas. Atravesó el pueblo y siguió caminando hacia la playa; el suelo se iba volviendo más blanco y seco.

Cuando ya no hubo más casas y se encontró con un ralo bosquecillo de pinos, el suelo era una fina arena que se adhería a los pies. En varios lugares había maleza seca proyectando sombras en las depresiones de la arena, y ocasionalmente, como por error, aparecían berenjenales raquíuticos del tamaño de una estera; pero ni señal de alguna sombra humana. Más adelante, al parecer, estaría el mar, la meta de ese hombre.

Por primera vez sus pies se detuvieron; miró a su alrededor, mientras se enjugaba con la manga el sudor de la frente. Lentamente abrió la caja de madera y de la tapa sacó varios palitos que traía atados en manojo. Una vez acomodados, se convirtieron en una red para insectos. Luego comenzó a caminar de nuevo, golpeando con el mango de la red las malezas. Sobre la arena se había instalado el olor del mar.

Pasaba el tiempo, pero el mar no aparecía; tal vez impedía verlo el ondulado terreno en el que un monótono paisaje continuaba sin límites. Pero repentinamente el panorama se abrió y emergió una pequeña aldea, común y anodina, más bien pobre: unas cuantas casas, cuyos techos de madera tenían pesas de piedra, se agrupaban alrededor de una alta torre de alarma para los incendios. Algunos de los techos eran de teja negra, otros de zinc y pintados de rojo. Un edificio con techo de zinc, situado en el único cruce de caminos, parecía ser el centro de reunión de la cooperativa de pescadores. La aldea cubría un área mucho mayor de lo imaginable. Más allá es probable que hubiera muchas dunas, y el mar.

Había algunas manchas de tierra fértil, pero el suelo estaba principalmente formado por la arena blanca y seca. Se veían huertas de cacahuate y patata, y mezclado con el olor del mar llegaba también el de animales domésticos. Una pila de conchas rotas formaba un montículo blanco a un lado del camino de arena y arcilla, tan duro como el cemento.

Al pasar el hombre por ese camino, los niños que jugaban en el terreno baldío frente a la cooperativa, algunos viejos que sentados en la baranda inclinada reparaban sus redes, y las mujeres de cabellos ralos agrupadas frente al único almacén, cesaron sus movimientos por un instante, y lo miraron con sospecha y curiosidad. Pero el hombre no demostró el menor interés por ellos. Lo único que le interesaba eran la arena y los insectos.

Lo sorprendente no era solo el tamaño de la aldea. En contra de lo que esperaba, el camino se iba empinando gradualmente, cuando lo natural hubiera sido que descendiera, puesto que conducía al mar. ¿Se habría equivocado al ver el mapa? El hombre trató de preguntar a una joven aldeana que en ese momento pasaba cerca de él, pero ella desvió la mirada y pasó de largo como si nada hubiera oído. No importaba; de todas maneras seguiría adelante, pues el calor de la arena, las redes de pesca y los montículos de conchas le indicaban claramente que el mar estaba cerca. Nada había, en verdad, que le anunciara algún peligro.

El camino subía cada vez más abruptamente y el terreno se volvía pura arena.

Pero lo curioso era que el área donde estaban las casas no estaba más alta que el camino; es decir, el camino ascendía, pero la aldea se mantenía en el mismo nivel. No, no solo se trataba del camino, sino que los espacios entre las casas también se elevaban en la misma proporción que el camino. En cierto modo, parecía que todo el terreno se elevaba dejando las casas en el nivel original.

Esta impresión crecía a medida que avanzaba, y en un momento dado parecía que todas las casas quedaban hundidas en agujeros hechos en la arena.

De pronto, se acentuó el declive. Desde el nivel de la arena hasta el techo de las casas había más de veinte metros. Preguntándose cómo era posible vivir en estas condiciones, trató de asomarse a uno de los agujeros. Al rodear el borde, súbitamente se sintió ahogado por un fuerte viento. El campo visual se abrió de forma repentina; un mar turbio y espumoso lamía la costa bajo sus ojos. Estaba encima de la duna que era su meta.

El lado de la duna que miraba al mar y recibía el fuerte viento de los monzones se elevaba de forma abrupta, y las hierbas achaparradas se agrupaban donde el terreno era menos empinado. Pero al darse la vuelta en dirección a la aldea, el hombre pudo ver que los enormes agujeros —más hondos a medida que se aproximaban a la cima de la colina— se escalonaban en varios niveles hacia el centro del poblado; todo el panorama parecía una colmena en ruinas. Era como si la aldea se superpusiera a las dunas, o más bien las dunas a la aldea. En todo caso, era un paisaje perturbador, inquietante.

Pero lo importante era haber llegado, por fin, a su meta. Bebió agua de su cantimplora, luego respiró hondo, y el viento, que parecía transparente, llenó de asperezas su garganta.

El propósito del hombre era coleccionar insectos de las dunas. Por supuesto, los insectos de estos lugares son pequeños y poco atractivos, pero él era un coleccionista devoto, y no se dejaba tentar por mariposas o libélulas. Este tipo de coleccionista no pretende decorar sus cajas con insectos vistosos, ni tampoco está interesado particularmente en acopiar y clasificar elementos para la medicina china. El verdadero placer de los entomólogos es mucho más sencillo, más directo; consiste en descubrir nuevos especímenes. Cuando esto ocurre, el nombre del descubridor aparece en las enciclopedias ilustradas de entomología junto con el nombre científico en latín del insecto descubierto: es la consagración. Sus esfuerzos serán coronados por el éxito si su nombre se perpetúa en la memoria de los hombres, aunque sea asociado a un insecto.

Los insectos pequeños y modestos, con sus innúmeras variedades, ofrecen muchas más ocasiones de descubrimientos. Por eso mismo, este hombre llevaba mucho tiempo dedicándose a las moscas de dos alas, especialmente las moscas comunes que la gente encuentra repulsivas. Por supuesto los tipos de moscas son increíblemente numerosos y variados, y desde que todos los entomólogos, al parecer, piensan lo mismo, se han

investigado las ocho mutantes raras encontradas en Japón. Posiblemente tal profusión de mutantes se debe a que el ambiente en el que viven las moscas es parecido al del hombre.

Había pensado que era mejor empezar por observar el ambiente. ¿Acaso no indica la gran cantidad de variedades el alto grado de adaptabilidad de las moscas? Se alegró por este descubrimiento. Se dijo que su punto de vista no estaba del todo mal. El hecho de que las moscas muestren una gran adaptabilidad significa que pueden vivir incluso en condiciones desfavorables, adversas para otros insectos, como por ejemplo el desierto, donde perece el resto de los seres vivos.

Desde que, hacía tiempo, llegó a esa conclusión empezó a mostrar interés por la arena, y pronto fue recompensado.

Un día, en el lecho seco del río cercano a su casa descubrió un pequeño insecto rosa pálido que se parecía a un escarabajo de jardín (*Cincindela japonica Monschulsky*). Por supuesto, es un hecho conocido que el escarabajo de jardín presenta muchas variantes tanto en color como en diseño, pero en cambio la forma de sus patas delanteras varía muy poco. En verdad, las patas delanteras de insectos como los escarabajos son una característica importante para su clasificación. Y, ciertamente, el segundo artejo de la pata delantera del insecto que había descubierto tenía características peculiares.

En general, las patas delanteras de la familia de los escarabajos son negras, finas y ágiles, pero las del insecto que este hombre encontró parecían como cubiertas por una vaina gruesa; tenían forma redonda, casi regordetas, y eran de color crema. Claro está, podían haber estado manchadas de polen. Hasta se podía pensar que ciertas características, como el tener pelos, hubieran causado la adhesión del polen. Si su observación no estaba equivocada, había hecho un importante descubrimiento.

Desgraciadamente, se le había escapado el insecto. Tal vez el hombre estaba demasiado excitado; además este tipo de insecto vuela de una manera desconcertante. Vuela, y luego, como si dijera «¡Atrápame!», da la vuelta y espera. Si uno se acerca confiado, huye de nuevo; después de haber irritado al perseguidor, se sumerge entre las hierbas y desaparece.

El hombre quedó cautivado por el escarabajo de patas delanteras amarillentas.

Aparentemente, cuando se fijó en el suelo arenoso, su observación no había sido del todo errónea. En realidad, la familia de los escarabajos es representativa de los insectos del desierto. Una teoría dice que su extraña manera de volar es una artimaña para incitar a los pequeños animales a salir de sus escondites. Los ratones y lagartijas caen en el engaño y, una vez que se pierden en el desierto y mueren de hambre y de fatiga, se convierten en alimento de los escarabajos. Estos insectos poseen en japonés el elegante nombre de «portadores de letras», y presentan rasgos graciosos, pero en realidad tienen agudas mandíbulas y son feroces por naturaleza, hasta el punto de comerse entre ellos. Sea o no correcta esta teoría, lo cierto es que el hombre quedó fascinado por el misterioso vuelo de los escarabajos.

Resultaba entonces natural que aumentara considerablemente su interés en la arena, que era la condición existencial de los escarabajos.

Empezó a leer todo lo que pudo acerca de este tema y, a medida que avanzaba su investigación, aprendía que la arena era una sustancia muy interesante. Por ejemplo, en el capítulo de la enciclopedia dedicado a la arena encontró la siguiente descripción:

«*Arena*: conjunto de partículas que proviene de la disgregación de los fragmentos de roca. Suele incluir calamita, estaño y raramente polvo de oro. Diámetro: de 2 a $1/16$ mm».

Ésta es una definición precisa. En una palabra, la arena proviene de rocas fragmentadas y es algo intermedio entre arcilla y guijarro. Pero llamarla simplemente una sustancia intermedia no ofrece una explicación satisfactoria. ¿Por qué —podemos preguntarnos— se forman desiertos al separarse la arena de la tierra en la que tanto el guijarro como la arena y la arcilla se encuentran completamente mezcladas? Y si en realidad es una sustancia intermedia, la acción erosiva del viento o del agua debería necesariamente haber producido una interminable cantidad de otras formas intermedias que oscilaran entre la roca y la arcilla. No obstante, solo estas tres formas se pueden distinguir claramente una de otra. Más aún: parece extraño que la arena sea arena donde se halle, y que no exista diferencia considerable entre el tamaño de los granos, así provengan de la playa de Enoshima o del desierto de Gobi; todos siguen una curva gaussiana de distribución de aproximadamente $1/8$ mm.

En un párrafo había una explicación simple de la descomposición de la tierra por la acción erosiva del viento y el agua que señalaba que las partículas más pequeñas volaban progresivamente a una gran distancia. Pero esto no aclaraba el significado del $1/8$ mm de diámetro de los granos. De manera opuesta a esta explicación, otro libro de geología daba la siguiente:

«Tanto las corrientes de agua como las de aire producen turbulencias. La onda más pequeña de esta corriente turbulenta es más o menos igual al diámetro de la arena del desierto». Es decir, de acuerdo con esta peculiaridad, solo la arena es extraída de la tierra y llevada en ángulo recto a la corriente. Si la cohesión de la tierra es débil, la arena es absorbida en el aire por leves vientos —que desde luego no pueden afectar ni a las piedras ni a la arcilla— y cae nuevamente a la tierra depositada por el sotavento. Al parecer, la peculiaridad de la arena es un problema de la hidrodinámica.

Aquí se podría agregar esta parte a la primera definición: «... una partícula de rocas fragmentadas, de tales dimensiones que se presta a ser movida por el fluido».

Desde el momento en que hay vientos y corrientes de agua sobre la tierra, resulta inevitable la formación de la arena. Mientras los vientos soplen, los ríos corran y los mares se agiten, nacerá grano por grano la arena de la tierra, y, como un ser viviente, se esparcirá por doquier. La arena nunca descansa. Silenciosa pero certeramente, invade y destruye la superficie del planeta...

Esta imagen de la arena que fluye constituyó un indescriptible y excitante impacto en el hombre. La aridez de la arena no se debe, como generalmente se piensa, a la simple sequedad, sino que parece producirse como consecuencia de un incesante movimiento que la convierte en inhóspita para todo ser viviente. ¡Qué diferencia con la monótona y pesada manera de vivir de los humanos, que exige estar constantemente aferrado a algo!

Es cierto que la arena no es apta para la vida. No obstante, ¿es acaso indispensable la condición inmóvil para la existencia? ¿No es porque uno trata de aferrarse a una determinada condición por lo que surge esa desagradable competencia entre los hombres? Si uno abandonara esa posición fija para dejarse arrastrar por el movimiento de la arena, con seguridad la competencia cesaría. En realidad, en los desiertos florecen las flores y viven insectos y otros animales. Estas criaturas fueron capaces de escapar de la competencia mediante su gran habilidad para adaptarse, como por ejemplo la familia de los escarabajos que encontró el hombre...

Mientras dibujaba en su mente el efecto del fluir de la arena, le ocurría a veces tener alucinaciones y pensaba que él mismo comenzaba a fluir.

III

Con la cabeza baja, el hombre comenzó a caminar siguiendo las dunas en forma de media luna que rodeaban la aldea como las paredes de un castillo. No puso ninguna atención en el paisaje; un entomólogo debe concentrar toda su atención dentro de un radio de tres metros alrededor de sus pies. Y además es una regla que no debe dar la espalda al sol, pues podría asustar a los insectos con su propia sombra. Por eso los coleccionistas tienen la frente y la nariz quemadas por el sol.

El hombre avanzó lenta y pausadamente. A cada paso la arena cubría sus zapatos. Excepto las raquílicas raíces de las hierbas, a las que un poco de humedad bastaría para que brotaran en un solo día, no parecía haber nada viviente. De vez en cuando, moscas de color carey volaban a su alrededor atraídas por el olor de la exudación. Sin embargo, debido a que estaba en un lugar como ese, él tenía la esperanza de encontrar algo. En especial los escarabajos no son gregarios, y dicen que uno solo puede habitar un área de un kilómetro cuadrado. No tenía otro remedio que seguir caminando pacientemente.

Se detuvo en seco. Algo se había movido entre las raíces de las hierbas. Era una araña. Pero él no tenía interés en las arañas. Se sentó con la intención de fumar un cigarrillo. El viento soplaba continuamente desde el mar, y allá abajo turbulentas y blancas olas lavaban las bases de la duna. Hacia el oeste, donde las dunas terminaban, una pequeña colina de rocas desnudas destacaba sobre el mar. El sol brillaba en ella, arrojando brillos como afiladas agujas.

Le era difícil encender los fósforos. No tuvo éxito con los diez primeros que probó. A lo largo de los fósforos que había desechado, las ondas de arena se movían a la velocidad del segundero de su reloj. Fijó su atención en una de las pequeñas ondas y, cuando ésta llegó a tocar su talón, se levantó. Cayó arena de los pliegues de su pantalón. Al escupir, sintió áspera la boca.

Pero ¿no había demasiada escasez de insectos? Probablemente el movimiento de la arena era excesivamente violento. No debía, sin embargo, desanimarse tan pronto; su teoría le garantizaba la posibilidad de encontrar algo.

En el lado opuesto al mar, había una prominencia donde la arena se nivelaba. Guiado por la sensación de que estaba allí lo que buscaba, fue descendiendo el suave declive; por trechos asomaban restos de lo que parecían haber sido cercas para contener la arena, hechas de bambú trenzado, y allá adelante, en un nivel mucho más bajo, había una meseta. Avanzó cruzando esa arena ondulada con una regularidad como marcada con una máquina, hasta que de pronto su campo visual se interrumpió: se encontraba en el borde de un acantilado que se abría a una profunda cavidad. Tenía un ancho de unos veinte metros y formaba un óvalo irregular. El declive del otro lado era relativamente menos pronunciado, pero, por contraste, el de este lado, donde se encontraba el hombre, daba la impresión de que caía en forma perpendicular. El borde, como el de una vasta vasija, llegaba hasta sus pies en una suave curva. Avanzó con cautela un pie hasta el extremo y miró hacia abajo. Dentro de la cavidad, contrariamente al luminoso exterior, se anunciaba la cercanía del atardecer.

En el fondo de esa penumbra, con una punta del tejado incrustado diagonalmente en la pared de arena, había una pequeña casa sumergida en el silencio.

«Parece una ostra», pensó.

«No importa lo que hayan hecho, no hay manera de escapar a la ley de la arena...».

Al tiempo que levantó la cámara fotográfica, sintió que la arena se deslizaba como un susurro bajo sus pies.

Alarmado, se echó hacia atrás, pero el descendente fluir de la arena no se detuvo durante un largo rato. ¡Qué delicado y peligroso equilibrio! Respirando profundamente, frotó repetidas veces sus palmas sudorosas en los costados del pantalón.

Alguien tosió casi en sus oídos. Sin que lo hubiera advertido, un viejo, al parecer un pescador de la aldea, se encontraba a su lado, prácticamente hombro con hombro. Miró hacia la cámara y luego en dirección al fondo del pozo y sonrió, arrugando su cara, cuya piel parecía la de un conejo a medio curtir. Una espesa secreción circundaba sus ojos congestionados.

—¿Está usted inspeccionando?

Era una voz delgada, movida por el viento, como si proviniera de una radio portátil; pero su acento era claro e inteligible.

—¿Inspeccionando? —Medio confuso, cubrió la lente de la cámara con la palma de la mano y cambió la posición de la red, como tratando de hacerla más visible—. ¿Qué quiere decir? No le entiendo... Mire usted, colecciono insectos. Mi especialidad son los insectos de la arena.

—¿Qué?

El viejo parecía no entender.

—¡Colecciono insectos! —repitió la palabra alzando la voz—. Insectos. Insectos. Insectos. ¡Los cazo así!

—¿Insectos?

El viejo pareció dudar; miró hacia abajo y escupió. O, mejor dicho, dejó la saliva escurrirse de su boca. El viento hizo volar esos hilos que se desprendían de las comisuras. «Pero ¿qué le preocupa tanto a este viejo?»

—¿Inspecciona algo por estos lugares? Bueno, quiero decir, no me importa lo que haga si no está inspeccionando...

—Se equivoca usted, no estoy inspeccionando.

El viejo, sin contestar, le volvió la espalda, y como dando puntapiés con sus sandalias de paja, se alejó pausadamente a lo largo de la colina.

A unos cincuenta metros de distancia, sentados en el suelo, tres hombres vestidos de la misma manera parecían esperar al viejo. Habían aparecido de forma misteriosa. Creyó notar que uno de ellos tenía un binóculo, al que daba vueltas sobre sus rodillas. Cuando el viejo se unió al grupo, los cuatro empezaron a deliberar. Tuvo la impresión, al ver cómo daban puntapiés a la arena, de que discutían acaloradamente.

Sin darle importancia, el hombre se disponía a volver a sus insectos, cuando apareció apresuradamente el viejo.

—Entonces ¿de verdad usted no es un funcionario del gobierno local?

—¿Gobierno local? Está completamente equivocado.

Bruscamente le entregó una tarjeta; ya estaba cansado del asunto. El viejo la leyó moviendo los labios, y después de un largo rato dijo:

— ¡Ah! Es usted maestro de escuela.

— Como puede ver, no tengo ninguna conexión con el gobierno local.

— Hum, así que es usted maestro de escuela...

Por fin pareció haber entendido; arrugó la comisura de los ojos y, llevando respetuosamente la tarjeta, volvió con sus compañeros, que también parecieron quedar satisfechos. Se levantaron y se fueron.

Pero el viejo regresó junto a él.

— Dígame, ¿qué es lo que va a hacer ahora?

— ¿Qué voy a hacer? Ya lo sabe, voy a buscar insectos.

— Pero el último autobús ya se ha ido...

— Supongo que habrá algún lugar donde alojarme.

— ¿Alojarse? ¿En esta aldea?

La cara del anciano se crispó.

— Si no puedo alojarme aquí, caminaré hasta la aldea próxima.

— ¿Caminar?

— De todos modos, no tengo prisa.

— Pero ¿por qué tomarse tantas molestias? — Repentinamente se volvió locuaz y amable —. Como puede ver, ésta es una aldea pobre y no hay siquiera una buena casa, pero, si no tiene inconveniente, podría hacer algo por usted.

No parecían tener malas intenciones. Solo eran cautelosos, tal vez por temor a alguna inspección por parte del gobierno local o algo parecido. Al desaparecer la prevención, no eran más que sencillos y honestos pescadores.

— Le estaré muy agradecido si me hace este servicio... Por supuesto, le retribuiré el favor... Me gusta muchísimo hospedarme en casas de aldeanos.

IV

El viento amainó un tanto al ponerse el sol. El hombre siguió deambulando hasta que ya no pudo distinguir el dibujo marcado en la arena por el viento.

No había conseguido nada que mereciera la pena.

Ortópteros: grillos con alas pequeñas y tijeretas de bigotes blancos.

Rhynchotas: sabandijas con líneas rojas, y otra clase de sabandijas de cuyo nombre no estaba seguro.

De los insectos de alas envainadas que tenía en mente, gorgojos de cola blanca y «portadores de letras» de largas patas traseras... nada.

No pudo encontrar un solo ejemplar de la familia de los escarabajos, los verdaderos objetos de su interés. No obstante tenía esperanzas de lograr algún resultado al día siguiente.

La fatiga engendraba tenues puntos luminosos que bailaban en su retina. Cada vez que eso ocurría, se detenía inconscientemente y trataba de mirar la negra superficie de la arena. Todo lo que se moviera le parecía un escarabajo.

Tal como lo prometiera, el viejo lo aguardaba en la entrada de la oficina de la cooperativa.

—Perdone la molestia.

—Nada de eso. Solo espero que le guste.

Al parecer, había reunión. Al fondo de la oficina, cuatro o cinco personas sentadas en círculo reían en voz alta. En el frente del edificio había un gran cartel horizontal que decía: ama tu aldea. El viejo dijo algo y las risas cesaron bruscamente: les hizo una seña y empezó a andar, encabezando el grupo. El camino sembrado de conchas marinas, blanco y vago, flotaba en el crepúsculo.

Lo condujeron hasta una de las cavidades en el lomo de la duna, en un extremo de la aldea. Bajando un camino angosto, hacia la derecha, caminaron un tramo y luego el viejo se asomó a la oscura oquedad, dio unas palmadas, y llamó en voz alta:

—¡Eh, comadre, aquí estamos!

En la honda oscuridad a sus pies se balanceó una lámpara y surgió una respuesta.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí! Hay una escala al lado de las bolsas de arena.

Ciertamente, era imposible bajar sin recurrir a la escala. La cavidad era tres veces más profunda que la altura de la casa, y aun con la ayuda de la escala, no parecía tan fácil bajar. El hombre recordó que durante el día la pendiente le había parecido más moderada, pero ahora la veía casi perpendicular. La escala, hecha de sogas de paja, era irregular y, de perder el equilibrio en ella, quedaría enredada sin remedio.

Era como hallarse en una fortaleza natural.

—No se preocupe por nada, descanse bien...

El viejo, sin bajar al pozo, se retiró.

La arena caía continuamente sobre su cabeza, pero el hombre se sentía tan curioso como en su niñez. Pensaba en lo vieja que podía ser la mujer, pero quien salió a su encuentro con la lámpara en la mano era una mujer pequeña de apariencia amable, de unos treinta años.

Quizá se había empolvado la cara, pero incluso así, resultaba asombrosamente blanca viviendo tan cerca del mar. Agradeció además la exaltación, la casi incontenible alegría con que ella lo recibió.

Y realmente, de no mediar la cálida acogida de la mujer, la casa en sí habría resultado algo insoportable. Era como para pensar que se habían burlado de él y marcharse de inmediato. Las paredes estaban a punto de caerse, unas esteras reemplazaban todas las puertas corredizas de papel, los postes se inclinaban vencidos, las ventanas tenían tablas clavadas; en el suelo las esteras estaban casi podridas, y cuando se caminaba sobre ellas producían el ruido de una esponja mojada. Además, un penetrante olor a arena quemada invadía el ambiente.

Pero todo dependía de cómo se tomaran las cosas. Lo había desarmado la actitud de la mujer, y se dijo que pasar una noche en esas condiciones le podía deparar alguna experiencia inolvidable. Y si tenía suerte encontraría algunos insectos interesantes, ya que, sin duda, era ese un ambiente en el que los insectos vivirían complacidos.

Su premonición fue acertada. Apenas se sentó cerca del fogón, que continuaba en el suelo de tierra, se oyó un ruido como de gotas de lluvia... Era un ejército de pulgas. Pero no se inmutó; como buen coleccionista de insectos, estaba preparado. Se roció DDT por dentro de la ropa y, más tarde, le bastaría untarse alguna crema insecticida en las partes expuestas del cuerpo, antes de dormir.

—Voy a prepararle la comida. Espere unos minutos... —dijo la mujer, y al levantarse alzó la lámpara—. ¿Podría esperar a oscuras un momento, por favor?

—¿Solo tiene una lámpara?

—Desgraciadamente, sí.

Se rio tímidamente, formándosele un hoyuelo en la mejilla derecha. Él pensó que, dejando de lado su manera de mirar, era una mujer con mucho encanto. Pero lo de sus ojos se debía seguramente a alguna enfermedad. Por mucho que se maquillara, no conseguiría ocultar los bordes inflamados de los párpados. «Antes de dormir —se dijo—, será mejor que me ponga algunas gotas en los ojos».

—Bueno, no tiene importancia, pero antes me gustaría tomar un baño.

—¿Baño...?

—¿No tiene baño?

—Lo siento muchísimo, pero ¿no podría esperar hasta pasado mañana?

—¿Pasado mañana? Es que pasado mañana ya no estaré aquí —sin querer había reído alto.

—¿Ah, sí?

Ella volvió la cara, con expresión contrariada. «Se habrá desilusionado», pensó. En verdad, son gente simple estos aldeanos. Repetidas veces se pasó la lengua por los labios, un tanto molesto.

—Si no me puedo bañar, bastaría con un poco de agua para asearme. Es que tengo el cuerpo lleno de arena...

—Lo siento, pero solo tengo un balde de agua... Es que el pozo está tan lejos...

Parecía avergonzada; decidió no decir nada más. Por otra parte, pronto se dio cuenta de la inutilidad de bañarse.

La mujer trajo la comida: sopa de almejas y pescado hervido. Una comida típica del mar, eso estaba bien, pero cuando empezó a comer, la mujer abrió un gran paraguas sobre él.

—¿De qué se trata...? —Pensó si sería una costumbre de la región.

—Bueno... es que si no ponemos esto, su comida se llenará de arena...

—¿Y por qué? —dijo, mirando sorprendido hacia el techo; allí no había ningún agujero.

—La arena, usted sabe... —La mujer también miró al techo—. Es que cae arena por todas partes. Si se deja de limpiar un día, se acumula como tres centímetros.

—¿Estará roto el techo?

—No, nada de eso. Hasta con un techo nuevo, la arena se filtraría en gran cantidad de todos modos. Realmente es terrible. Es peor que el gusano de la madera...

—¿Gusano de la madera?

—Los insectos que se comen la madera.

—Serán las hormigas blancas.

—No, es así de grande... Con una cáscara dura.

—Ah. Eso debe de ser el escarabajo longicornio.

—¿Escarabajo longicornio?

—Uno rojizo de bigotes largos, ¿no?

—No, es de una especie de color bronce, y como un grano de arroz...

—Ah, sí, entonces debe de ser el escarabajo tornasolado.

—En un descuido, pudre enseguida una viga de este tamaño.

—¿Quiere decir el escarabajo tornasolado?

—No, la arena...

—¿Por qué?

—Se filtra por todas partes. En los días en que la dirección del viento es mala, se acumula sobre el techo, y si no la saco enseguida, por la mañana y por la noche, se amontona de tal manera que las tablas del techo no la pueden soportar...

—Hum. Claro que es malo que la arena se acumule en el techo... Pero ¿no es extraño decir que la arena pudre las vigas?

—No; la arena pudre.

—Pero la arena es esencialmente seca, ¿sabía?

—De todas maneras se pudre... Si usted deja allí un calzado de madera, en medio mes se echa a perder. Dicen que disuelve las cosas, y debe de ser cierto.

—No entiendo.

—La madera se pudre, pero junto con la madera, también se pudre la arena... He oído decir que de una casa que ha estado enterrada en la arena sale una tierra fértil como para que crezcan pepinos en las tablas del techo.

—¡Imposible! —exclamó violentamente, con una mueca—. ¿Sabe? Yo sé algo sobre la arena...

Sentía como si la ignorancia de la mujer hubiera ultrajado su concepto personal de la arena.

—Le explicaré. La arena se mueve de este modo todo el tiempo... Es decir, su movimiento, su fluir, es su propia vida... No se detiene nunca, en ninguna parte. Sea dentro del agua, o en el aire, se mueve libremente y sin restricción. Por eso mismo, en general, las cosas vivientes comunes no pueden vivir en ella, incluyendo las bacterias. Podríamos decir que es una especie de sinónimo de pureza y de higiene. Tal vez tenga una función preservativa. Pero es descabellado pensar que pudre las cosas. Y más aún, mi querida señora, que la arena se pudre... ¡Por favor! La arena es un respetable mineral.

Ella se puso tiesa y guardó silencio. También el hombre, como si tuviera prisa, comió en silencio bajo la protección del paraguas sostenido por la mujer. En la superficie del paraguas se había acumulado tanta arena que se podían hacer trazos en ella con el dedo.

La humedad era insoportable. Desde luego, no era la arena lo que estaba húmedo, sino su cuerpo. Sobre el techo soplaba fuerte el viento. Sacó su paquete de cigarrillos y descubrió que también su bolsillo estaba lleno de arena. Antes de encenderlo tuvo la impresión de adivinar el sabor amargo del cigarrillo.

Sacó un insecto del frasco de cianuro de potasio. Pensó que era mejor fijar los insectos con alfileres antes de que se volvieran rígidos, para que al menos conservaran la forma de las patas. Se oía el ruido de platos desde el fregadero que había fuera... «¿No vivirá alguien más en esta casa?», pensó.

La mujer regresó y en silencio empezó a preparar el lecho en una esquina de la habitación. Si prepara mi cama aquí, ¿dónde dormirá ella? Evidentemente en la pieza del fondo, detrás de la estera colgada, ya que no veía nada que se pareciera a una habitación aparte de esas dos. Le extrañó lo que hacía la mujer: colocar el lecho del invitado en la entrada de la casa y el de ella en el fondo. ¿O era posible que en esa pieza del fondo estuviera postrado algún enfermo grave? Podía ser. Sin duda, resultaba mucho más lógico suponer que así eran las cosas. En primer lugar, era extraño que una mujer solitaria se hubiera tomado la molestia de acoger a un viajero que estaba de paso.

—¿Hay aquí alguna otra persona?

—¿Qué quiere decir con «otra persona»?

—Sus familiares o...

—No, vivo sola. —Al parecer la mujer era consciente de lo que el hombre quería insinuar y rio de forma forzada—. Realmente, por culpa de la arena hasta estas frazadas se sienten como mojadas...

—¿Y su marido?

—Ah, sí. El año pasado, cuando el huracán... —dijo, estirando innecesariamente la frazada que ya había terminado de extender—. Los huracanes son terribles aquí. La arena empieza a tronar como si fuera una catarata. En una noche puede acumularse hasta los tres, seis metros...

—¿Tanto como seis metros?

—En esos casos, de nada sirve ponerse a sacar la arena; sencillamente no se puede con ella. Bueno, la cosa es que él salió con mi hijo que estaba cursando la secundaria, pues decía que peligraba el gallinero. Yo estaba demasiado ocupada cuidando la casa y tuve que quedarme dentro. A la mañana siguiente, cuando finalmente dejó de soplar el viento, salí a ver qué había pasado. No había ni rastro del gallinero, de nada...

—¿Fueron sepultados?

—Sí, completamente.

—¡Qué terrible! ¡Realmente horrible! La arena es de temer...

De pronto la lámpara empezó a apagarse.

—Es la arena.

La mujer se puso de rodillas, estiró su cuerpo y, riendo, dio un pequeño golpe con los dedos en la mecha. Al instante, ésta volvió a arder brillantemente. En esa postura, agachada, sin abandonar su sonrisa forzada, se quedó mirando la llama. El hombre no dudó de que sonreía deliberadamente, para mostrar su hoyuelo, y, sin darse cuenta, su cuerpo se puso

tieso. Encontraba la sonrisa muy indecente, precisamente porque ella acababa de hablar de la muerte de los suyos.

V

— ¡Eh! ¡Le hemos traído un bote de lata y una pala para una persona más!

Posiblemente usaron un megáfono: a pesar de que venía de una distancia considerable, la voz que había roto la tensión sonaba claramente. Luego se oyó el entrechocar de algo como hojalata rodando. En respuesta, la mujer se levantó.

El hombre sintió una exasperación que traslucía el desasosiego de su conciencia:

— ¿Lo ve? ¡Después de todo, hay alguien más aquí!

— Es gentil de su parte decirme eso. — La mujer se retorció como si le hubieran hecho cosquillas.

— Pero oí claramente que dijeron «para una persona más».

— Ah, bueno... Se referían a usted.

— ¿A mí? ¿Y yo qué tengo que ver con la pala?

— No importa... No se preocupe... Realmente, son tan entrometidos.

— ¿Tal vez se equivocaron?

Pero la mujer no le respondió, y girando el cuerpo bajó al suelo de tierra.

— ¿Usará la lámpara todavía?

— Bueno, es mejor tenerla. Pero ¿la va a necesitar?

— No, ya estoy acostumbrada a este trabajo.

Ella se puso un sombrero de paja, parecido al que usan los campesinos, y se deslizó hacia la oscuridad.

El hombre ladeó la cabeza y encendió un cigarrillo. Había algo que no lo dejaba tranquilo. Se incorporó y decidió asomarse con sigilo al otro lado de la estera colgada. Ciertamente había allí una habitación, pero no tenía suelo; la arena había invadido el lugar a través de la pared, formando una suave ondulación. Se estremeció, y quedó como petrificado. Esta casa ya está casi muerta... Su interior, sus entrañas medio devoradas por los tentáculos de la arena que fluye incesantemente... La arena que no tiene siquiera forma propia excepto que es de un diámetro aproximado de $1/8$ mm. Y nada existe que se pueda enfrentar a esta informe fuerza destructiva... Precisamente, el mismo hecho de no tener forma, ¿no sería acaso la máxima manifestación de su fuerza?

Pero enseguida volvió a la realidad. Suponiendo que aquella habitación no fuera utilizable, ¿dónde pensaría dormir la mujer? La oía ir y venir trabajando allá fuera. Su reloj de pulsera marcaba las ocho y dos minutos. «¿Qué diablos está haciendo a estas horas?», se preguntó.

Bajó al suelo de tierra en busca de agua. Sobre la poca que quedaba en el fondo de la tinaja había una rojiza capa metálica. Pero aun eso era mejor que aguantar la arena en la boca. Cuando se lavó la cara y el cuello con aquella agua se sintió considerablemente mejor.

Por la rendija de la puerta entraba un viento fresco. Le pareció que fuera sería más soportable. Salió por la puerta corrediza, atascada por la arena. El viento que bajaba del camino había realmente enfriado mucho. Le llegó con el viento un ruido que recordaba el motor de un motocarro. Escuchando con atención, oyó el movimiento de varias personas, y

le pareció que había mucha más animación que durante el día. ¿O acaso era el rumor del mar? El cielo estaba repleto de estrellas.

Al percibir la luz de la lámpara, la mujer se volvió. Manejaba con habilidad la pala, echando la arena en una lata de queroseno vacía. Detrás de ella, la negra pared de arena se alzaba como en un desfiladero a punto de despeñarse. Debió de ser allá arriba donde él había andado de día en busca de sus insectos. Cuando las dos latas estuvieron llenas, la mujer, cargándolas en cada mano, avanzó hacia él. Cuando pasó por su lado le dijo con voz nasal, alzando los ojos:

—La arena, usted sabe...

Vació las latas en el camino de atrás, donde colgaba la escala de sogas; luego se secó el sudor con la punta de la toalla. En el lugar adonde la había transportado, la arena ya formaba un montículo considerable.

—De modo que sacando la arena, ¿eh?

—Por más que uno haga, nunca se termina, ¿sabe?

Pasando a su lado, de vuelta, la mujer le tocó un costado del vientre, como haciéndole cosquillas, con la punta de un dedo que tenía libre. Esto sorprendió al hombre, que, al apartarse, casi dejó caer la lámpara. No supo si seguir sosteniendo la lámpara o si dejarla en el suelo y devolver la cosquilla a la mujer; vaciló ante esta inesperada alternativa, que lo pillaba desprevenido. Pero al fin decidió continuar como estaba, sosteniendo la lámpara; no obstante, fijando su rostro con una mueca de risa incipiente, se acercó a la mujer con paso incierto y torpe. Al aproximársele, la sombra de ella se desplegó por casi toda la pared de arena.

—No debe hacer eso —dijo ella con voz entrecortada, todavía dándole la espalda—. Debo transportar otras seis latas antes de que llegue la canasta...

El gesto del hombre se endureció. Tuvo la desagradable sensación de haber sido forzado a ese sentimiento que mantuviera reprimido a fuerza de voluntad. Sin embargo, a pesar de sí mismo, algo empezaba a fluir por sus venas. Como si la arena adherida a su piel penetrara en ellas, y ya dentro, minara su resistencia.

—Bien, ¿quiere que la ayude?

—Oh, no... No hace falta... Además, no estaría bien hacerlo trabajar desde el primer día...

—¿Desde el primer día? Insiste en hablar así... Yo solo me quedaré esta noche, ¿entiende?

—¿Ah, sí?

—Es que yo no soy alguien a quien le sobre el tiempo... A ver, deme esa pala. ¡Vamos, vamos!

—Si quiere su pala, está allí.

En efecto, bajo el alero, cerca de la puerta de la casa, había una pala y dos latas de queroseno vacías y con asas. Debían de ser las cosas que habían dejado caer desde el camino diciendo que eran «para una persona más». Los preparativos estaban tan bien planeados que tuvo la impresión de que ellos habían previsto lo que él iba a hacer. Pero ¿qué era lo que habían previsto, en realidad? No lo comprendía. De todas maneras, no parecían tenerle mayor consideración, y al pensar esto se sobrecogió. El mango de la pala era un palo desigual, nudoso, con un brillo negruzco por el uso. Había perdido ya las ganas de empuñarlo.

—¡Oh, la canasta ya llegó a la casa vecina!

La voz era animada y parecía indiferente al desconcierto en que había caído el hombre.

No solo estaba animada, sino que incluso había en ella una cierta confianza no manifestada hasta entonces. Y, por cierto, el ruido que indicaba la presencia de la gente desde hacía un rato se había aproximado de golpe. Una serie de gritos cortos, rítmicos, se repetía, seguida de un murmullo mezclado con risas contenidas, y luego comenzaban de nuevo los gritos. De pronto sintió un alivio en el ritmo del trabajo. En un mundo rústico como éste, era probablemente muy normal hacer que un visitante nocturno tomara la pala para ayudar a la comunidad. En cambio, cualquier vacilación resultaría inoportuna. Hizo un hoyo en la arena con su tacón y colocó la lámpara en él de modo que no se cayera.

—Supongo que puedo cavar en cualquier parte, ¿no?

—Bueno... no en cualquier parte.

—Entonces, ¿qué tal por aquí?

—Sí, trate de cavar directamente junto a la pared.

—¿En todas las casas sacan la arena a estas horas?

—Sí. Es más fácil trabajar de noche porque la arena está húmeda. Si está seca —dijo, mirando al cielo—, nunca se sabe cuándo y dónde se puede derrumbar.

La cresta de arena colgaba en lo alto como si fuera nieve acumulada en el borde de un risco.

—¡Pero eso es peligroso!

—No se preocupe, no hay peligro —dijo con una voz risueña, animada—. ¡Mire! Empezó a salir la neblina.

—¿Neblina...?

De pronto, el manto de estrellas empezó rápidamente a mancharse y empalidecer. Un velo enmarañado formaba un remolino irregular entre el cielo y el borde del peñasco de arena, moviéndose sin dirección cierta.

—La arena ya ha absorbido una buena cantidad de neblina. Cuando la arena salada se llena de neblina, se endurece como el almidón.

—¡No es posible!

—Pero es cierto; cuando la marea baja, hasta podrían pasar tanques de guerra sobre la playa.

—Hum, puede ser...

—Realmente es así. Por eso, esa parte que sobresale crece más y más durante la noche. En los días en que el viento sopla en mala dirección, empieza a colgar así, como si fuera un hongo. Y por la tarde, cuando se seca, se viene abajo toda de golpe. Si cae en lugares inadecuados, en una columna delgada, por ejemplo, esta desaparece en el acto.

El tema de conversación de la mujer era muy limitado. A pesar de ello, en cuanto entraba en la esfera de su propia vida, adquiría una vivacidad inusitada. También debía ser ese el camino para llegar a sus sentimientos íntimos. No es que estuviera él particularmente interesado en ese «camino», pero las palabras de la mujer eran tan vivaces que hacían adivinar su cuerpo bajo la rústica tela del pantalón de trabajo.

VI

Cuando acababa de transportar su lata por segunda vez, escuchó unas voces, y sobre el camino se vio el oscilar de una lámpara de mano.

La mujer dijo en tono más cortante y áspero:

— ¡Es la canasta! ¡Deje esto ya, ahora, por favor, ayúdeme allí!

Por primera vez comprendió el uso del saco de arena colgado en el extremo superior de la escala; atándole una soga, permitía subir y bajar los cestos para la arena. Al parecer había cuatro personas para manipular cada canasta, y dos o tres de estos grupos en total. En su mayoría eran jóvenes que trabajaban con rapidez y eficacia. Cuando la canasta de un grupo se llenaba, el siguiente ya estaba esperando. En seis tandas desapareció toda la arena acumulada.

— ¡Cómo tiene que trabajar esa gente!, ¿eh?

Habló en tono amistoso, mientras se secaba el sudor con la manga de la camisa. Le había resultado simpático el hecho de que los jóvenes, sin burlarse de él por estar ayudando a la mujer, hubieran cumplido con empeño su tarea.

— Sí. En nuestra aldea tenemos el espíritu de «Ama a tu pueblo».

— ¿Qué clase de espíritu es ese?

— El espíritu de amor a la aldea donde uno vive.

— ¡Qué bien!

El hombre rio, y la mujer lo hizo también. Aunque no parecía comprender del todo el motivo.

Desde lejos llegó el ruido de un motocarro al arrancar.

— Bueno, ahora tomaremos un descanso, ¿no?

— Oh, no, no podemos. Cuando ellos terminen la ronda, volverán otra vez con las canastas.

— ¡Qué importa! El resto podrá esperar hasta mañana, y...

Sin hacerle caso, el hombre se dirigió a la casa, pero no hubo señal de que la mujer lo siguiera.

— ¡No se puede hacer eso! Debemos completar siquiera una vuelta alrededor de la casa.

— ¿Qué quiere decir con «una vuelta alrededor de la casa»?

— Bueno, es que no puedo dejar que la casa sea aplastada, ¿no? La arena puede caer de cualquier lado...

— ¡Pero eso llevará hasta mañana!

La mujer, como ante un desafío, se volvió bruscamente y salió corriendo; aparentemente volvía al pie del risco a continuar su trabajo. Tal como actúan los escarabajos, pensó el hombre.

Ahora que lo había comprendido, no se dejaría arrastrar de nuevo.

— ¡Esto es increíble! ¿Es así todas las noches?

— La arena nunca descansa... Y además, las canastas y el camión no paran en toda la noche.

—Supongo que es así.

Sí, así debía ser. La arena nunca se detiene. El hombre se sentía confundido. Estaba perplejo, como cuando pisamos sin querer la cola de una víbora que creíamos pequeña pero que resulta ser asombrosamente grande, y que, cuando nos damos cuenta, alza su cabeza detrás de nosotros.

—Pero ¿no querrá decir que ustedes viven con el único propósito de sacar la arena?

—Es que, ¿sabe?, tampoco uno puede fugarse de noche.

El hombre se sentía más y más perplejo. No tenía ninguna intención de verse atrapado en ese tipo de vida.

—¡Claro que se puede! Es muy simple... ¡Cualquier cosa que se desea se puede lograr!

—No, no es tan sencillo como parece... —dijo ella de forma casual, mientras ajustaba su respiración al ritmo de sus movimientos con la pala—. Si el pueblo se sostiene mal que bien es porque trabajamos así, sin cesar, sacando la arena. Si dejáramos de hacerlo, en menos de diez días el pueblo quedaría enteramente sepultado... Y después sería el turno de la próxima aldea, la que está detrás de la nuestra, ¿sabe?

—Pues sí que es una historia de lo más edificante. ¡Ah! Por eso los tipos de la canasta trabajaban con tanto entusiasmo, ¿eh?

—Bueno, es que reciben la paga del municipio...

—Si tienen ese dinero, ¿por qué no construyen con árboles una barrera más permanente?

—Dicen que, si se calcula el costo, sale mucho más barato hacerlo de esta manera.

—¿De esta manera? ¿Es realmente esto una «manera»? —Súbitamente se sintió encolerizado. Lo enfadaba aquello que tenía aferrada a la mujer, y también la mujer, que se dejaba maniatar—. ¿Por qué debe estar apegada a una aldea como ésta, obligada a hacer lo que hace? De verdad, no entiendo nada... ¡La arena es un asunto muy serio! Están en un grave error si piensan poder combatirla de esta manera. ¡Tonterías! ¡Esto es absurdo! ¡Yo renuncio! ¡Realmente renuncio! ¡No se puede sentir compasión por esto!

Abandonó la lata, sobre ella tiró la pala y, sin siquiera fijarse en la expresión de la mujer, se dirigió rápidamente a la habitación.

No pudo dormir; pasó una noche penosa, revolviéndose agitado. Escuchó atentamente tratando de percibir la presencia de la mujer. Se sentía algo culpable por tomar semejante actitud, cuando en ella bien podía haber actuado su celo por cuanto rodeaba a la mujer, y acaso el deseo de que hiciera una pausa en su tarea para acostarse con él. En verdad, sus sentimientos no parecían obedecer a un simple enfado ante la estupidez de la mujer. Había algo más profundo. Su colcha seguía humedeciéndose, y la arena se pegaba cada vez más a su piel. Todo era demasiado irrazonable, demasiado fantástico. Pero no se consideraba culpable por haber arrojado la pala y haberse metido en la casa. No tenía por qué sentirse responsable hasta tal punto. Por lo demás, ya era más que suficiente con las obligaciones que debía asumir en su vida. En realidad, el haber ido hasta allí atraído por la arena y los insectos era, en última instancia, una sencilla manera de escapar, aunque fuera por un momento, del fastidio y futilidad de sus obligaciones.

A pesar de su empeño, no consiguió dormir.

El ruido que la mujer hacía al moverse no se interrumpió; tampoco el ruido de la canasta, que se acercaba y se alejaba una y otra vez. Si eso continuaba no estaría en condiciones de trabajar al día siguiente. Decidió que se levantaría al alba y aprovecharía bien el día. Pero cuanto más se esforzaba en dormir, más alerta seguían sus sentidos. Los ojos le empezaron a

arder, las lágrimas y el parpadeo no parecían combatir con eficacia a la arena que caía sin cesar. Desplegó la toalla y se cubrió la cara. Respiraba con dificultad, pero estaba mejor así.

Trató de pensar en algo diferente. Al cerrar los ojos, numerosas líneas, corriendo como suspiros, se acercaron flotando hacia él. Eran las pequeñas olas de arena que se movían sobre las dunas. Quizá le habían quemado la retina, después de verlas continuamente durante casi doce horas. Eran las mismas corrientes de arena que habían devorado y destruido ciudades florecientes y grandes imperios. Si mal no recordaba, había existido la llamada «erosión» del Imperio romano. Y de una aldea cuyo nombre se le escapaba, pero sobre la que escribió Omar Jayam, con sus sastres y carniceros, sus bazares, y sobre todo sus carreteras entrecruzadas como hilos de una red, las que por el cambio de rumbo de cualquiera de ellas originaban luchas y pleitos burocráticos que duraban años enteros... Las ciudades de la antigüedad, consideradas sin duda incólumes... Pero, finalmente, tampoco ellas habían resistido la ley de la fluida arena de 1/8 mm de diámetro.

Arena...

Desde el punto de vista de la arena, las cosas que poseen forma están vacías. Lo único verdadero es la corriente de arena que niega la existencia de todas las formas. Sin embargo, del otro lado de la delgada pared de madera, la mujer continuaba paleando, incansable. ¿Qué esperaba hacer con sus débiles brazos? Era como el intento de construir una casa en el mar vaciando el agua a un lado. Lo que corresponde hacer en esos casos es poner a flotar una embarcación que convenga a la naturaleza del agua.

Este pensamiento lo liberó súbitamente de la compulsiva opresión que extrañamente le produjera el ruido de la mujer, su pala y la arena. Si un barco flotaba en el agua, podría igualmente flotar en la arena. Si esta gente superaba el concepto de la casa inmóvil, no tendría que gastar tantas energías luchando contra la arena. Un barco libre, una casa móvil que flotara sostenida por la arena... Se formarían pueblos y ciudades sin contornos...

Naturalmente no es un elemento líquido, por lo tanto no hay razón para esperar que las cosas floten en ella. Por ejemplo, una cosa con gravedad específica menor que la arena, como un corcho, si se la deja sobre la arena, se hunde en ella. Un barco que flotara en la arena debería tener cualidades muy diferentes. Podría ser, por ejemplo, una casa en forma de barril que pudiera girar sobre sí misma. Dotada de un movimiento perpetuo, despediría la arena que hubiese caído en su interior, y volvería enseguida a la superficie... Claro está, la gente no podría soportar la inestabilidad de una casa que girara constantemente... Habría que buscar el modo de que resultara un barril doble sujeto a un solo eje, para que el fondo del barril interno mantuviera un punto de gravedad fijo. Ese barril interno permanecería inmóvil mientras el de fuera girase. La casa oscilaría como el péndulo de un gran reloj, como una cuna... Una barca en el desierto...

Aldeas y ciudades en perpetuo movimiento, formadas por conjuntos de barcos como ese...

Sin darse cuenta se quedó dormido.

VII

El canto de un gallo, como el chirrido de un columpio herrumbroso, lo despertó. Fue un despertar inquieto, doloroso. Tuvo la sensación de que era apenas el alba, pero su reloj indicaba ya las once y dieciséis: los rayos del sol tenían la intensidad del mediodía. La semioscuridad en que se hallaba la casa se debía seguramente a que el sol no tocaba aún el fondo del pozo.

Se levantó rápidamente. La arena que se había depositado en su cara, en su cabeza, en su pecho, cayó susurrando. Alrededor de los labios y la nariz, se había formado una costra de arena y sudor. Se la quitó con el dorso de la mano y parpadeó con cautela. De sus párpados afiebrados, llenos de arena, las lágrimas se volcaron sin control. Pero no fueron suficientes para lavar los granos alojados en los rincones húmedos de sus ojos.

Fue hacia la tinaja en busca de agua. En eso se oyó la respiración de la mujer que dormía al otro lado del fogón hundido, y la miró. Contuvo el aliento, olvidando del todo sus párpados doloridos.

Estaba completamente desnuda.

Ante sus ojos nublados por las lágrimas, la mujer parecía flotar como una vaga sombra. Yacía boca arriba sobre la estera y, excepto su cabeza, tenía todo el cuerpo descubierto; su mano izquierda descansaba levemente más abajo del vientre suave y tenso. Las partes que usualmente se cubren estaban totalmente desnudas, mientras que la cara, que todo el mundo muestra, se ocultaba bajo una toalla. Obviamente ésta le protegía de la arena los ojos, la nariz y la boca, pero el contraste no dejaba de acentuar su desnudez.

Una capa de fina arena cubría todo su cuerpo, suavizando los detalles y enfatizando las formas femeninas: era como una estatua dorada forjada de arena. Súbitamente una viciada saliva se acumuló bajo su lengua, pero no pudo tragar. La arena que se había introducido entre los labios y dientes le invadía la boca, absorbiendo la secreción. Escupió sobre el suelo de tierra. Pero, por mucho que insistiera, no lograría librarse de ese sabor terroso. A pesar de tener la boca por completo reseca, la arena seguía allí. La sentía como si brotara sin cesar de entre sus dientes.

Por suerte, la tinaja estaba llena hasta el borde de agua fresca. Cuando pudo enjuagarse la boca y lavarse la cara, se sintió renacer. Nunca antes había tenido tan profunda conciencia de la maravilla del agua. Siendo, como la arena, una sustancia inorgánica, una simple y transparente sustancia inorgánica, se adaptaba al cuerpo con más rapidez que cualquier materia viviente. Mientras dejaba que el agua se escurriera lentamente por su garganta, imaginó animales que se alimentan de piedras...

De nuevo se volvió a mirar a la mujer y, sin embargo, no sintió ninguna tentación de acercarse más. Una mujer cubierta de arena podía resultar visualmente atractiva, pero no inspiraba el deseo de tocarla.

A la luz del día, la exasperación y la excitación de la noche parecían cosa de sueño. Sin duda, el asunto podía ser un buen tema de conversación. El hombre miró alrededor una vez más, como tratando de fijar lo que ya pasaba a ser recuerdo, y comenzó a prepararse con

premura. Tenía la camisa y los pantalones llenos de arena, pero no había tiempo para preocuparse por esas cosas, ya que era más difícil sacudirse la arena que quitarse la caspa de la cabeza.

También sus zapatos estaban enterrados en la arena.

¿Debería decir algo a la mujer, antes de partir? Aunque, también, despertarla significaría obligarla a pasar un momento embarazoso. ¿Y cómo hacer para retribuir la amabilidad del hospedaje? Lo mejor sería pasar por la cooperativa del pueblo y dejarle el dinero al viejo que lo había traído el día anterior.

Salió sigilosamente.

El sol ardía como mercurio en el borde del arenoso acantilado y lentamente empezaba a calentar el fondo del pozo. Sorprendido, defendió los ojos de la intensa reverberación, pero al minuto siguiente ya lo había olvidado: simplemente examinaba la superficie de la pared de arena.

No podía creerlo. La escala de cuerda ya no estaba donde la había visto la noche anterior.

Los talegos, aunque medio enterrados en la arena, eran claramente visibles. No podía equivocarse respecto al lugar. ¿O es que la arena, por sí sola, se había tragado la escala? Más que correr, saltó hacia la pared, enterró sus brazos en la arena y la removió, tratando de hallar la escala. La arena se abrió sin oponer resistencia y se esparció. Sin embargo, no buscaba la aguja en el pajar; si no lo había logrado la primera vez, era inútil repetir el intento... Esforzándose en dominar la aprensión que empezaba a ganar, observó nuevamente, confundido, la abrupta cuesta de arena.

¿No habría alguna parte por donde escalar? Dio dos o tres vueltas alrededor de la casa observando con atención. Si subía al techo, la distancia hasta el borde del pozo era más corta por el lado norte, que daba al mar, pero aun así quedaban unos diez metros, y, lo que era peor, la pared caía más abrupta en esa parte. Además, la compacta masa de arena que colgaba de la cima se veía demasiado peligrosa.

La pared oeste, por el contrario, parecía ofrecer un suave declive y una superficie cóncava, como el interior de un cono. Un cálculo optimista permitía suponer una inclinación de cincuenta, o por lo menos cuarenta y cinco grados. Con todo cuidado ensayó el primer paso. Por cada uno que avanzaba, descendía la mitad. Pero, aun así, creyó que lograría su propósito si aplicaba el suficiente empeño.

Las cosas ocurrieron según su cálculo durante los primeros cinco o seis pasos. Luego, sus pies comenzaron a hundirse en la arena. Antes de poder saber si avanzaba o no se encontró enterrado hasta las rodillas, perdida la movilidad de su cuerpo. Entonces intentó, desesperado, arrastrarse sobre manos y pies. La arena ardiente le lastimaba las palmas. Tenía el cuerpo empapado en un sudor que, mezclado con la arena, le impedía abrir los ojos. Pronto se le acalambraaron las piernas y ya no pudo moverse más.

Intentó descansar, tomar aliento, y creyendo haber recorrido un buen trecho, entreabrió los ojos, solo para comprobar con asombro que no había cubierto ni cinco metros. ¿Qué había conseguido con todo ese esfuerzo? No solo le pareció, desde donde estaba, que la cuesta era más empinada que vista desde abajo, sino que parecía mucho peor. Creyendo que estaba trepando, solo había derrochado energías para enterrarse en la arena. El borde que sobresalía, justo arriba de su cabeza, le impedía el paso.

Desesperado, trató de reiniciar la lucha y extendió sus brazos; pero en ese momento desapareció la presión de la arena. Sintió que se soltaba y caía al fondo del pozo. Su hombro

izquierdo sonó como si se hubiera quebrado en astillas, aunque no sintió ningún dolor. Por un instante la arena resbaló suavemente por la superficie del acantilado, como queriendo aliviar la herida que le había producido; luego se detuvo. A pesar de todo, el daño era insignificante.

Aún no era cosa de alarmarse.

Conteniendo el deseo de gritar se aproximó lentamente a la casa, donde la mujer dormía aún, inmóvil. La llamó, suavemente al principio y luego en voz cada vez más alta. Ella, en lugar de contestar, se volvió sobre su costado, molesta.

La arena se escurrió por el cuerpo de la mujer, descubriendo la desnudez de sus brazos y sus hombros, el costado de su vientre y parte de sus caderas. Pero él no podía prestar atención a eso. Se le acercó y le quitó la toalla que cubría su cabeza. Su cara apareció llena de manchas, y, comparada con su cuerpo cubierto de arena, su crudeza tenía algo de horripilante. La extraña blancura de ese rostro que viera a la luz de la lámpara la noche anterior era, sin duda, efecto de algún afeitado. Ahora esa capa blanca se estaba desprendiendo, y creaba zonas que semejaban una carne sin rebozar; era posible que realmente hubiera usado harina de trigo.

Por fin la mujer entreabrió los ojos, deslumbrada por la luz del día. Tomándola por los hombros y sacudiéndola, el hombre barboteó con voz implorante:

—¡Oiga, ya no está la escala! Diga, ¿por dónde se sale de aquí? ¿No comprende que es imposible salir de un lugar como este sin una escala?

Precipitadamente, la mujer recogió la toalla y con inesperada energía se sacudió el rostro dos o tres veces; luego, dándole la espalda, encogió el cuerpo y se quedó mirando al suelo. ¿Un arranque de vergüenza? No era el momento adecuado. Cuando el hombre empezó a gritar fue como si se hubiera roto un dique.

—¡No estoy para bromas! ¡Urge que aparezca la escala! ¡Tengo prisa! ¿Dónde diablos la escondió? Esto es el colmo. ¡Saque la escala! ¡Pronto!

Pero ella no contestó. Permaneció en la misma postura, sacudiendo la cabeza de derecha a izquierda.

El hombre estaba tenso. Se le nubló la vista, casi no podía respirar. En el acto comprendió lo absurdo de su demanda. Es evidente: la escala era de cuerda, y una escala de cuerda no se sostiene sola... Aunque la consiguiera, no podría colocarla desde abajo. Eso significaba que la mujer no la había quitado, sino que se la había llevado alguno de los de allá arriba, en la carretera... Su cara sin afeitado, sucia de arena, se vio de pronto miserable.

Debía entender, pues, que la actitud de la mujer y su silencio tenían un sentido terrible e inesperado. Si bien se negaba a creerlo, en el fondo advertía que sus más grandes temores se volvían realidad. Esto no era otra cosa que la clara confirmación de que, después de todo, la escala había sido retirada con el consentimiento tácito de la mujer. No cabía duda acerca de su complicidad. Era evidente que su postura nada tenía que ver con una supuesta vergüenza; era la postura de un criminal, de una víctima expiatoria dispuesta a recibir cualquier clase de castigo. Y él había caído estúpidamente en una trampa, en un hormiguero. Arrastrado por el escarabajo a un desierto del que no podía escapar, igual que un ratón hambriento...

Se enderezó de un salto, corrió hasta la puerta y miró de nuevo hacia fuera. El viento se había levantado. El sol caía casi a plomo dentro del pozo, y con un brillo de celuloide ascendían las olas de calor desde la arena ardiente. Por encima de él, la pared de arena se alzaba más y más alta, como queriendo indicar, con expresión omnisciente, la absurda

resistencia de sus músculos y sus huesos. El aire caliente penetró su piel. La temperatura, de pronto, empezó a elevarse.

Como enloquecido, el hombre comenzó a gritar. Lanzaba palabras absurdas, porque en realidad no sabía qué decir. Simplemente gritaba, a voz en cuello. Acaso lo hacía como el que intenta despertar de un mal sueño, y espera que este le disculpe de su desatino y lo saque del fondo del pozo. Pero su voz, no acostumbrada a gritar, sonaba pálida y frágil. Además, la arena absorbía sus palabras, el viento las barría y no había manera de saber hasta dónde llegaban.

De repente, lo interrumpió un estruendo. Tal como lo anticipara la mujer, el borde de arena sobre el lado norte, al perder su humedad, se desprendió. Toda la casa pareció exhalar un espantoso chillido, como si la hubieran estrangulado; una sangre gris goteaba susurrante por la nueva grieta abierta en el tejado y la pared. El hombre se puso a temblar y su boca se llenó de saliva, como si todo su cuerpo hubiera sido aplastado...

Pero era imposible que aquello estuviera ocurriendo. Era una pesadilla demasiado fantástica. ¿Cómo era posible que un hombre con papeles de identificación, con un empleo, pagador puntual de sus impuestos y además con un certificado de seguro médico, se viera atrapado como un ratón o un insecto? No podía creerlo. Tal vez se trataba de un error; seguramente era un error. No cabía suponer otra cosa.

En primer lugar, ¿de qué les sirve hacer todo esto? No soy un caballo o una vaca para que me fuercen a hacer este trabajo contra mi voluntad. Y si no les sirvo trabajando, no tiene sentido este encierro. Por otra parte, eso implica que la mujer tiene que hacerse cargo de mí.

Aun así no estaba completamente seguro, no sabía por qué... Ante las paredes de arena que lo rodeaban como para estrangularlo, volvía el recuerdo miserable de su fracaso al querer treparlas. No cabía otra cosa que dar tumbos, manotazos. Una sensación de impotencia lo paralizaba. Esto era un mundo aparte, carcomido por la arena, en donde no contaban las convenciones cotidianas. Puesto a desconfiar, había muchos signos sospechosos. Por ejemplo, si bien era cierto que las latas vacías de queroseno y la pala le habían sido especialmente asignadas, era igualmente cierto que habían quitado la escala sin que él lo supiera; y, más aún, el hecho de que la mujer no diera una sola explicación, y aceptara todo con esa extraña sumisión de víctima expiatoria, ¿no revelaba acaso lo peligroso de la situación? Pensándolo bien, las respuestas de la mujer la noche pasada, como insinuando que su estancia sería larga, no significaban que solo hubiese hablado por hablar.

En ese momento se produjo otra pequeña avalancha.

Regresó a la casa inquieto. Se dirigió directamente a la mujer, que había permanecido encogida; en un gesto impulsivo, levantó la mano derecha a modo de amenaza. Un sentimiento de pudor y de impotencia temblaba en el fondo de sus ojos. Su mano, como si quedara vacía, se detuvo en mitad del gesto y cayó. Tal vez se hubiera sentido mejor de poder golpear a la mujer desnuda. Pero ¿no era esa exactamente la actitud que se esperaba de él? Esa reacción era lo que ella esperaba. En última instancia, el castigo implica reconocimiento del pago de un crimen.

Volvió la espalda a la mujer, se sentó en el declive del montículo del suelo y escondió la cabeza entre las manos. Con voz queda, empezó a gemir. Quiso tragar la saliva que se había acumulado en su boca, pero se le agarró a la garganta y quedó atascada. La mucosa de su garganta se había vuelto hipersensible al gusto y al olor de la arena; nunca se acostumbraría a ellos. Su saliva se había convertido en una espuma parda que empezaba a filtrarse por los

costados de la boca. La aspereza de la arena aumentó cuando terminó de escupir. Trató de expulsarla pasando la punta de la lengua por el interior de la boca y escupiendo, pero aquello era interminable. Su boca estaba seca y le ardía como si estuviera inflamada.

Es inútil, nada puedo hacer. De todas maneras, hablaré con la mujer y trataré de obtener alguna explicación más precisa. Una vez aclarada la situación, pensaré qué medidas tomar. Es imposible que no puedan tomarse medidas. Es imposible que todo sea tan descabellado... Pero ¿qué haré si ella se niega a contestar? Esta sería sin duda la más fatal de las respuestas. Y puede ser la más probable. ¡El terco silencio de esta mujer! Esa forma de presentarse como víctima indefensa, sobre sus rodillas recogidas...

El espectáculo de la espalda desnuda de la mujer era indecente y animal. Tuvo la impresión de que podía dar la vuelta a la mujer tomándola de la matriz. Pero no había terminado de pensar en ello cuando sintió una vergüenza que le detuvo la respiración. Era como verse —tarde o temprano— de pie sobre las nalgas salpicadas de arena de la mujer, convertido en un torturador.

Sí, lo sabía... Eso ocurriría en un momento dado. Y para cuando ese día llegara, habría perdido el derecho de reclamar.

De repente, un dolor agudo le atenazó el vientre. Su vejiga, colmada, a punto de estallar, sonaba hasta el fondo de sus oídos.

VIII

Terminó de orinar, y como privado de sus sentidos, permaneció de pie en medio de la pesada atmósfera. Pero no tenía ninguna esperanza de que el tiempo transcurriera. Y, no obstante, no lograba decidirse a volver a la casa. Cuando no estaba cerca de la mujer, se daba perfecta cuenta de lo peligroso que era estar a su lado. No, el problema no consiste en la mujer misma, sino en su manera de permanecer agachada. Nunca había visto algo tan indecente. No debía volver a su lado por ningún motivo. Esa postura era extremadamente peligrosa.

Existe lo que se llama ataque epiléptico, como cuando ciertas clases de insectos o arañas son atacados por sorpresa y quedan paralizados. Una pintura destruida... Un aeropuerto cuya torre de control es tomada por lunáticos... Deseó creer que su propia inmovilidad había detenido todo el movimiento del mundo, a la manera de la rana que inverna y desconoce el invierno.

Pero para pensar en estas cosas, los rayos del sol eran demasiado intensos. Se encogió bruscamente como queriendo protegerse de las puntiagudas zarzas de luz; agachó la cabeza y tironeó con violencia del cuello de la camisa. Saltaron desprendidos los tres botones superiores. Trató de quitarse la arena de las palmas de las manos y recordó una vez más lo que la mujer dijera la noche anterior, acerca de la arena que nunca se seca y se mantiene lo suficientemente húmeda como para corroer cualquier cosa que alcance a tocar. Una vez sin la camisa, aflojó el cinturón y dejó que el aire circulara dentro de su pantalón. Pero la cosa no era tan grave. La desagradable sensación desapareció tan pronto como lo había asaltado. Al ponerse en contacto con el aire, la humedad de la arena parecía perder su poder mágico.

En ese instante advirtió que había cometido un grave error. Su interpretación de la desnudez de la mujer habría sido demasiado arbitraria. Aunque no podía desechar la idea de una secreta intención de seducirlo, pensó que el desnudarse era un hábito normal en ella, debido al tipo de vida que llevaba. La mujer se había acostado cuando ya amanecía. Cualquiera puede transpirar mientras duerme. Y, en ese caso, era normal que durmiera desnuda, ya que debía hacerlo de día, dentro de un hirviente pote de arena. Si él se encontrara en esa situación, seguramente haría lo mismo.

Este descubrimiento relajó súbitamente su tensión, así como la fresca brisa le había separado el sudor de la arena. No debía dejarse asustar por suposiciones infundadas. Hubo hombres que lograron escapar incluso a través de barras de hierro y varias paredes de hormigón. No había razón para desanimarse viendo la cerradura antes de averiguar si había llave para él. El hombre regresó a la casa lentamente, arrastrando sus pies por la arena. Ahora sí le pediría toda la información necesaria. Era natural que la mujer se quedara muda cuando él, perdido el control, la asaltó a gritos... Además, quién sabe si el silencio no se debía a la vergüenza de que la hubieran sorprendido desnuda mientras dormía.

IX

Para sus ojos, expuestos a la arena candente, el interior de la casa yacía en la penumbra, y al entrar sintió un frío húmedo. Pero pronto se dio cuenta de que era una alucinación. Había un aire caliente, mohoso, distinto al de fuera.

No encontró a la mujer donde la había dejado. Por un momento se alarmó. Estaba cansado de jugar al escondite. Pero no había nada que esconder. La mujer estaba allí. De pie en la cocina, dando la espalda, mirando hacia abajo, frente a la tinaja de agua.

Ya se había vestido. Tenía puesto un kimono y pantalones de trabajo de un verde claro azulado que hacían juego y daban un aire de frescura mentolada: sobre eso no había nada que objetar. En realidad, se había preocupado en exceso. Pero era natural que ese extraño ambiente, aunado a su falta de sueño, produjera visiones o ideas delirantes.

La mujer se apoyó en el borde de la tinaja con una mano, e inclinada sobre ella movía lentamente la superficie del agua con un dedo. El hombre hizo girar violentamente la camisa, pesada por la arena y el sudor, y se la enredó firmemente en su muñeca.

La mujer se volvió, con un gesto de tensa aprensión. Su aire solícito era tan natural que hacía pensar que había vivido siempre con esa misma expresión en su rostro. El hombre decidió actuar con disimulo.

—Hace calor, ¿eh? No puede uno ni ponerse la camisa con este calor.

La mujer no dejaba de mirarlo de reojo, suspicaz y al mismo tiempo anhelante. Soltó una risa tímida, artificial, y dijo inseguramente:

—Sí... es verdad... Si uno transpira con la ropa puesta, enseguida puede tener una erupción de arena...

—¿Erupción de arena?

—Sí... La piel se pudre y, como después de una quemadura, se empieza a pelar.

—Hum... ¿Así que se pela? ¿Quiere decir que la piel se enmohece con la humedad?

—Sí... Es por eso por lo que... —Como si por fin empezara a relajarse, la mujer explicó—: Cuando empezamos a transpirar, tratamos de desnudarnos... Después de todo, por las condiciones de vida en estos agujeros, no necesitamos preocuparnos mucho de que nos vean otras personas.

—Por supuesto... Entonces, ¿me haría el favor de lavar esta camisa?

—Claro que lo haré. Mañana nos traerán el agua en el tambor...

—¿Mañana? No puede ser mañana... —El hombre soltó una risita. Estaba contento de haber podido desviar la conversación hacia el tema deseado—. A propósito, ¿cuándo me dejarán salir de aquí? De verdad voy a tener problemas... Como usted sabe, cuando un empleado como yo interrumpe su actividad, aunque sea por medio día, tiene mucho que perder. No quisiera perder ni un minuto... Los insectos llamados coleópteros, de esos que saltan... de los que hay muchos por esos lugares arenosos... ¿Los conoce? Bien, yo quisiera encontrar especies nuevas en estas vacaciones, sea como sea, ¿entiende?

La mujer apenas movió los labios. Pero no dijo una palabra. Posiblemente intentaba

repetir un nombre como coleóptero, que no le era familiar. Pero el hombre advirtió que de nuevo se encerraba en sí misma. Instintivamente, le habló en tono de ruego.

—Dígame, ¿no hay manera de ponerse en contacto con la gente del pueblo? ¿Y si hiciéramos ruido con una lata de queroseno?

La mujer siguió sin contestar. Se hundía en su silencio pasivo con la rapidez de una piedra que se hunde en el agua.

—¿Qué le pasa? ¿Eh? ¿Por qué se queda callada? —Volvía a estar irascible, pero difícilmente contuvo su deseo de gritar—. ¡No lo entiendo! ¡Si se trata de un error, de acuerdo! De nada sirve hablar de cosas que ya sucedieron. Lo que más me molesta es su silencio. Tengo alumnos que se comportan de ese modo, y yo siempre les digo que la actitud más cobarde es adoptar el mutismo y fingir que se asume la culpa. Si hay algo por lo que disculparse, ¿por qué no soltarlo de una vez?

—Pero... —Los ojos de la mujer se posaron alrededor del codo y luego, con voz sorprendentemente firme, dijo—: Creo que ya comprende, ¿verdad?

—¿Comprender? —No consiguió disimular el golpe.

—Sí, creí que ya había comprendido, a estas alturas de las cosas...

—¡No, no entiendo nada! —gritó finalmente, sin poder contenerse—. ¿Cómo pretende que comprenda? ¡Si no me dice nada!, ¿cómo voy a entender?

—Es que la vida aquí es muy dura para una mujer sola...

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, sí, claro... Lamento haber actuado mal con usted...

—¿Lamentar? ¿Qué? —dijo, impaciente, enredándose en sus propias palabras—. Dicho de otro modo, significa que usted estaba de acuerdo con ellos. ¿Por qué esta conspiración? Pusieron el cebo en la trampa, pensando que si era una mujer, yo saltaría dentro como un perro o un gato.

—Es que se acerca la estación del viento norte y estamos preocupados por las tormentas de arena —contestó ella, echando una ojeada a la puerta de madera, que estaba completamente abierta; había una estúpida confianza en su voz serena y monótona.

—¡Esto es una broma pesada! ¡Hay un límite para lo absurdo! ¡Es lo mismo que una detención ilegal! ¡Es un crimen! No necesitan hacer estas cosas absurdas; debe haber una buena cantidad de desocupados ansiosos de trabajar como jornaleros.

—Puede ser, pero quién sabe, quizá habría problemas si esto se supiese fuera.

—¿Quiere decir que piensan que tratándose de mí están a salvo? ¡Ah, no; están completamente equivocados! Lo lamento, pero no soy un vagabundo. Pago mis impuestos y tengo domicilio registrado. No tardarán en avisar a las autoridades y habrá una investigación. Entonces, ya verán... ¿O es que no lo entienden? ¿Y de qué forma piensan justificarse?... Llame al responsable ahora mismo... ¡Le explicaré detenidamente lo descabellado de todo esto!

La mujer bajó los ojos y suspiró levemente. Luego dejó caer los hombros, y no intentó moverse más. Parecía un desdichado perrito al que amonestaran por algo que no entendía. Pero su actitud solo consiguió aumentar la furia del hombre.

—¿Por qué vacila? Escúcheme, no es un problema que me afecte solo a mí. Usted misma, ¿acaso no es una víctima igual que yo? ¿No es así? ¿No dijo que podía haber problemas si alguien de fuera se entera de lo que pasa aquí? ¡Eso prueba que usted admite lo injusta que es esta vida! ¡Deje de tomar esa actitud de portavoz de ellos cuando a usted misma la tratan

como a una esclava! ¡Nadie tiene derecho a tenerla encerrada aquí! ¡Vaya y llame enseguida a quien sea! ¡Vamos a irnos de aquí! Ah, entiendo... Está asustada, ¿verdad? ¡Pero eso es estúpido! ¿Qué hay que temer? Yo estoy con usted... Incluso tengo algunos amigos periodistas. Hagamos de esto un problema social, ¿eh? ¿Qué le pasa? ¿Por qué calla? ¡Le estoy diciendo que no hay nada que temer!

Pasado un momento la mujer dijo con voz queda, como consolándolo:

—¿Preparo la comida?

X

De reojo, el hombre siguió observando a la mujer que, silenciosa, empezó a pelar las patatas; durante ese tiempo estuvo preguntándose si debería aceptar dócilmente esa comida.

Había llegado el momento de tener calma y serenidad. Ahora que estaba clara la intención de la mujer, era mejor enfrentarse a los hechos y elaborar un plan de fuga en lugar de agitarse. La reclamación por el trato ilegal que le infligían podía esperar. Lo malo era que el hambre debilitaba su voluntad. Tampoco favorecía su concentración mental. Pero si se negaba a reconocer oficialmente el estado de las cosas, probablemente también debería negarse a comer. Sería ridículo comer estando enfadado por tener que hacerlo. Hasta el perro baja la cola en cuanto empieza a comer.

Sin embargo, era mejor no apresurar las conclusiones. A menos que no supiera hasta dónde llegaría la mujer, no tenía por qué permanecer tan pasivo. No es que quisiera las cosas servidas. Él pagaría por la comida. Y si pagaba, no había ninguna razón para sentirse agradecido. Un comentarista de boxeo de la televisión decía siempre que el ataque era la mejor defensa.

Entonces fue como si de repente se le abrieran los ojos y viera las cosas con más claridad; se sentía relajado tras haber encontrado una excusa para no quedarse con hambre. Después de todo el enemigo era la arena. Sí, eso era. No se le estaban imponiendo problemas irracionales, como romper barras de hierro; si le habían quitado la escala de cuerda, bastaba con hacer una de madera; si el declive del muro de arena era demasiado abrupto, bastaba con disminuir su inclinación cavando. Con usar un poco la cabeza las cosas serían más fáciles... El plan parecía demasiado simple, pero si encajaba en su propósito, cuanto más simple, mejor. Como en el caso del huevo de Colón, la mejor solución podía ser increíblemente simple.

Si no le importaban las molestias y si realmente quería luchar, no le dirían que estaba vencido de antemano.

La mujer terminó de pelar patatas, las cortó en trozos y las puso en una gran olla de hierro, añadiendo rebanadas de nabos, con hojas y todo. Con mucho cuidado sacó un fósforo de una bolsita de plástico; después de usarlo, cerró la bolsita y la ató con una goma. Puso arroz en un tamiz y le echó agua. Seguramente eso era para quitarle la arena. La olla empezó a hacer un ruido burbujeante, y un acre olor a nabo invadió el aire.

—Hay un poco de agua allí. ¿Quiere lavarse la cara?

—No, antes de lavarme, quisiera beber un poco...

—Oh, perdón... Tengo aparte el agua para beber —sacó de debajo del fregadero una olla grande envuelta en plástico—. Está tibia, pero es agua hervida, no tiene por qué preocuparse.

—Hablando de agua, supongo que necesita guardar un poco en la tinaja, o después no tendrá para lavar.

—Oh, no. Si se refiere a los platos y utensilios de cocina, solo hay que frotarlos con arena.

Diciendo esto, la mujer recogió un puñado de arena del borde de la ventana, lo echó en una taza que tenía a su lado, y la frotó dándole vueltas, para demostrarle cómo se hacía. Él no creyó que con eso las vajillas quedasen limpias, pero pensó que quizá fuera suficiente. Al menos el papel de la arena en esta operación coincidía con la idea que siempre había tenido de ella.

La comida fue servida de nuevo debajo del paraguas. Verdura cocida y pescado seco ligeramente asado. Ambos con cierto sabor a arena. Pensó que tal vez podrían comer juntos si ella colgara el paraguas del techo, pero no quiso invitarla expresamente. El té ordinario tenía un color oscuro, pero ningún sabor.

Cuando él terminó de comer, la mujer pasó al fregadero y, poniéndose sobre la cabeza un pedazo de plástico, empezó a comer en silencio. Viendo la espalda de la mujer, pensó que parecía un insecto. ¿Es que pensará seguir viviendo siempre de este modo? Visto desde fuera, el lugar parecía solo un pequeño pedazo de tierra, pero desde el fondo del pozo, lo único que se veía era arena y cielo, interminables... Una vida monótona encerrada dentro del ojo... Era probable que allí la mujer jamás hubiera recibido una sola palabra de consuelo. Era probable que la mujer estuviera ahora excitada como una muchacha porque él había sido entregado para que se le entregara... Todo esto era demasiado lamentable...

Estuvo tentado de decir siquiera una palabra a la mujer, pero por lo pronto decidió fumar, y encendió un cigarrillo. Al parecer, el plástico era una cosa necesaria en esa vida, puesto que si bien pudo encender el fósforo, el cigarrillo se había convertido en algo infumable. Empezó a aspirar hasta que el interior de las mejillas se le pegó a las muelas, pero apenas consiguió extraer un poco de humo; para colmo el humo era extremadamente grasiento e irritó su lengua. No servía para nada. Malhumorado, perdió todo deseo de hablarle a la mujer.

Ella apiló los platos y tazas sucias en el suelo de tierra, y lentamente empezó a echarles arena.

—Tengo que sacar ahora mismo la arena del techo —dijo con un titubeo.

—¿Sacar la arena del techo? Ah, está bien —respondió él, indiferente; ¿qué le importaba eso? Le daba igual que se pudrieran las vigas o que el techo se viniera abajo.

—Si la molesto, ¿quiere que me vaya a otra parte?

—Lo siento, pero si no tiene inconveniente...

¡No te hagas la tonta! ¿Por qué no muestras siquiera un poco de lo que realmente piensas? Seguro que en el fondo lo sientes tanto como si hubieras masticado una cebolla podrida. Pero la mujer, con rapidez inexpresiva, cumpliendo un movimiento rutinario, se cubrió la parte inferior de la cara con una toalla doblada que anudó detrás de su cabeza. Llevando bajo el brazo una escoba y un pequeño trozo de madera, trepó a un estante del armario empotrado en la pared que tenía solo una de las dos puertas corredizas.

—¡Francamente, creo que nos sentiríamos mucho mejor si esta casa se cayera en pedazos! —gritó de forma brutal; le sorprendió la violencia de sus propias palabras, mientras la mujer se volvía a mirarlo asustada. Bien, al parecer era del todo un insecto.

»No, no estoy especialmente enojado con usted. Simplemente no me gusta esa idea suya de que pueden encadenar a un hombre. ¿Entiende lo que le digo? Bueno, no importa si no me comprende. Le voy a contar una historia interesante... Una vez, cuando vivía en una pensión, llegué a criar a un perro callejero. Tenía un pelaje tupido que no se le caía ni en verano. Me daba lástima verlo tan sofocado y un día decidí cortarle el pelo... Pero cuando

me disponía a tirar el pelaje, el perro, no sé qué se habría creído, rompió a ladrar en forma lastimera, y tomando un manajo de pelo con la boca se refugió en su casucha. Posiblemente sintió que ese pelo era parte de su propio cuerpo y no quiso separarse de él —El hombre observó furtivamente la expresión de la mujer. Pero ella no hizo el menor intento de moverse y permaneció en la misma posición, nada natural, con el cuerpo torcido y medio sentada sobre el estante del armario—. En fin, no importa... Cada uno tiene su propia razón, coincida o no con la de los otros. Que siga sacando arena con la mano o haciendo cualquier otra cosa, ¿qué importancia tiene? Pero no puedo soportarlo. ¡Estoy harto de todo esto! Saldré de aquí de todos modos... No me subestimen. Puedo salir cuando quiera; es la cosa más fácil del mundo... Además, ocurre que se me terminaron los cigarrillos.

—Si quiere cigarrillos... —dijo ella, con su manera torpe y sumisa—, más tarde, cuando nos traigan el agua...

—¿Cigarrillos? ¿Que le traen cigarrillos? —El hombre soltó una carcajada a su pesar—. El problema no estriba en eso. Le estoy hablando del pelaje. El mechón de pelo... ¿Es que no entiende? Lo que estoy tratando de hacerle comprender es que no vale la pena molestarse en naderías como un mechón de pelo.

La mujer permaneció en silencio. No intentó contestar o disculparse. Esperó un momento, hasta que estuvo segura de que el hombre había terminado de hablar y luego, como si nada hubiera ocurrido, reanudó sin prisa su trabajo. Corrió la cubierta del armario que daba acceso a la parte interior del techo, es decir el espacio entre el techo de dos aguas y el cielo raso, y trabajosamente se introdujo en él. La arena, en forma de delgados hilos, empezó a caer desde varios puntos. El hombre pensó que podía haber muchos insectos extraños en esa parte del techo. Arena y maderas podridas. Pero no, ya basta de cosas extrañas.

Ahora, desde una esquina del techo, la arena caía rápidamente como corrientes de cintas de cambiantes formas. Comparada con la violencia del movimiento, la extraña quietud con que se producía formaba un contraste peculiar. El tamaño y el lugar de las aberturas del techo de madera se fueron dibujando exactamente, en relieve, sobre el suelo de esteras. El olor de la arena asaltó su nariz e irritó sus ojos. Salió de la casa apresuradamente.

De golpe, ante el paisaje que parecía despedir fuego, sintió que se iba derritiendo desde los pies. Pero algo como un palo de hielo que se negaba a fundirse permanecía en el centro de su cuerpo. De algún modo sentía remordimientos. Una mujer que parecía un animal... Una mente que no era más que un punto, sin ayer ni mañana... Un mundo convencido de que puede borrar a un ser humano como se borran las marcas de tiza de una pizarra... No podía creer, ni en sueños, que existiera tal barbarie en ningún rincón del mundo de hoy. De todas maneras, si esto era un signo de que él empezaba a recuperar su compostura y a recobrase del golpe inicial, no tenía por qué reprocharse su remordimiento.

Pero no podía perder tiempo. De ser posible, quería terminar antes de anochecer. Entrecerrando los ojos, midió la altura de la pared de arena que se erguía tras una delgada película de olas de calor que recordaba el vidrio derretido. Cada vez que la miraba, parecía haber crecido en altura. Habría sido difícil obrar contra la naturaleza tratando de volver abrupto un suave declive, pero su única aspiración era hacer más suave una recia pendiente. No había razón para retroceder.

Desde luego, lo más seguro era reducir esa inclinación empezando desde arriba. Pero en vista de que eso no era posible, no le quedaba sino cavar desde abajo. O sea, socavar en la

medida adecuada y esperar el derrumbe; luego, otro poco más, y así sucesivamente... De este modo se elevaría gradualmente la altura del suelo, y en un momento dado alcanzaría el nivel superior. Por supuesto, era posible que durante la tarea fuese arrastrado por la corriente de arena. Pero aun cuando fuera una corriente, no se trataba de una corriente de agua, y nunca había oído de nadie que se hubiese ahogado en arena.

La pala estaba apoyada en la parte exterior de la blanca pared de la casa, junto a la lata de queroseno. La punta oblicua de la pala despedía un brillo blanco, como si fuera un pedazo de porcelana rota.

Durante un rato se concentró en cavar. La arena se mostraba sumamente dócil, y parecía que el trabajo progresaba. El ruido de la pala hendiendo la arena y su propia respiración marcaban el paso del tiempo. Pero pronto sus brazos empezaron a quejarse de cansancio. Pensó que había trabajado durante un tiempo considerable, aunque el resultado era pobre. Solo un poco de arena caía desde lo alto, justo encima de donde estaba cavando. De alguna manera, había un error de cálculo entre lo que ocurría y el proceso geométrico, simplista, que se había trazado mentalmente.

Antes de que lo invadiera una angustia mayor, decidió aprovechar un descanso para construir un modelo del pozo y probar su teoría. Por suerte, había material de sobra. Eligió la sombra del alero, y allí hizo un pozo de unos 50 centímetros de profundidad. Pero, por alguna razón, no lograba el grado de declive deseado. Era a lo sumo de unos 45 grados, como un bol abierto. Al tratar de extraer la arena del fondo, esta caía siguiendo el declive, pero el ángulo en sí no variaba en nada. Era como si la arena observara un ángulo de inclinación determinado. El peso y la resistencia de los grados parecían guardar un balance perfecto. Y si este era el ejemplo, la pared del pozo que pensaba escalar, ¿no tendría el mismo grado de inclinación?

No, no podía ser... Aun tomándolo como una ilusión, eso no podía ser... Cualquier declive, visto desde abajo, obviamente debía de parecer menor de lo que en realidad es.

Entonces, ¿habría que pensar que era una cuestión de volumen? Es decir, al cambiar el volumen, debe de cambiar también la presión. Al variar la presión, tiene que surgir una diferencia en el balance entre peso y resistencia. Era posible que también influyera la naturaleza de los granos de arena. Se dice que entre la arcilla sacada de la tierra y la arcilla almacenada se aprecia una gran diferencia en la resistencia a la presión. Además, era necesario considerar la cuestión humedad... O sea, que en el modelo regían condiciones diferentes a las reales.

A pesar de todo, su experimento no había sido en vano. El mero hecho de haber advertido que la inclinación de la pared del pozo de arena presentaba un estado que él llamaba superestable, era un descubrimiento muy importante. Pensó que en general no era tan difícil hacer de un estado superestable otro normalmente estable.

Con solo agitar una solución supersaturada se produce la cristalización, que se precipita y se mueve hacia un punto de saturación normal.

De repente sintió a alguien cerca de él; al volverse, vio a la mujer que, de pie en la entrada de la casa, lo miraba. Era una situación embarazosa; dio un paso hacia atrás, confundido, y miró a su alrededor como buscando ayuda. Levantó los ojos, y en su línea de visión entraron las cabezas alineadas de tres hombres, en la cima de la ladera oeste, que lo estaban observando. Los hombres tenían la cabeza envuelta en toallas, oculta la parte inferior del rostro; no estaba seguro, pero parecían ser los viejos del día anterior. De inmediato, el

hombre tomó una actitud defensiva, pero enseguida cambió de parecer y decidió continuar su trabajo, ignorándolos. El saberse observado lo impulsaba a trabajar con más empeño.

El sudor entró en sus ojos, empezaba a gotear desde la punta de su nariz. Al no poder detenerse a enjuagarlo, cerró los ojos y siguió trabajando. No debía descansar en ninguna circunstancia. Viendo que trabajaba a paso firme, por más estúpidos que fuesen, tomarían conciencia de lo despreciables que eran.

Miró el reloj. Lo frotó contra su pantalón para sacarle la arena: eran solo las dos y diez. La misma hora que cuando lo viera hace un momento. En ese instante perdió la confianza en su noción del tiempo. Desde el punto de vista de un caracol, posiblemente el sol se mueve a la velocidad de una pelota de béisbol. Empuñó otra vez la pala y, volviéndose hacia la pared de arena, prosiguió frenéticamente su tarea.

De golpe, la corriente de arena creció de forma violenta. Hubo un ruido sordo, como de goma, que hizo presión en su pecho. Trató de mirar hacia arriba para averiguar lo que pasaba, pero había perdido el sentido de la orientación. Advirtió vagamente que una clara luz lechosa corría sobre él mientras se tumbaba doblado en dos sobre una oscura mancha de vómito.

Segunda parte

XI

Zyabu, zyabu, zyabu, zyabu
¿Qué ruido es ese?
Una campanilla.

Zyabu, zyabu, zyabu, zyabu
¿Qué ruido es ese?
Un demonio.

La mujer cantaba como en un murmullo; repetía incansablemente la misma cantilena mientras limpiaba la tinaja.

Al terminar la canción, se la oyó lavar el arroz. El hombre, tendido, suspiró débilmente y cambió de postura: esperaba, expectante, con su cuerpo rígido. Probablemente dentro de poco la mujer vendría, con la palangana llena de agua, a limpiarle el cuerpo. Su piel, hinchada por la arena y el sudor, estaba a punto de inflamarse. Inmóvil, esperaba temeroso la toalla mojada y fría.

Guardaba cama desde que fuera derribado por la arena y perdiera el conocimiento. Los dos primeros días sufrió una fiebre de casi 39 grados con un persistente vómito. Pero al día siguiente le había bajado la fiebre y hasta llegó a sentir algo de apetito. La causa principal de su enfermedad había sido, más que el golpe recibido por el derrumbe de la arena, el hecho de haberse expuesto durante largo tiempo al sol, haciendo un trabajo no acostumbrado. De todas maneras, no era gran cosa.

Esa fue la causa probable de su pronta recuperación. Al cuarto día, ya no sentía ningún dolor en las piernas ni en la cadera. Al quinto día, aparte de cierta languidez, no tenía ya ningún síntoma aparente. Y sin embargo, el permanecer en cama, aparentando encontrarse seriamente enfermo, obedecía a determinados motivos y cálculos. Pero, en el fondo, no había abandonado ni un momento sus proyectos de fuga.

—¿Está despierto?

La voz de la mujer interrogaba tímidamente. Observándole con el rabillo de los ojos entrecerrados las curvas de las rodillas, que se traslucían a través del pantalón de trabajo, el hombre contestó con un gruñido inarticulado. Ella, mientras exprimía la toalla en la abollada palangana de latón, preguntó:

—¿Cómo se siente?

—Bueno... un poco mejor...

—Le limpiaré la espalda...

No le intimidaba abandonar su cuerpo en manos de la mujer, ya que tenía la excusa de que estaba enfermo. Recordó vagamente haber leído un poema acerca de un niño con fiebre que se soñó envuelto en un frío papel metálico. Su piel cubierta y asfixiada por la arena y el sudor rápidamente se volvió fresca y liberada. El olor de la mujer recorría esa piel renovada produciendo un estímulo sutil.

Pero ni aun así podía perdonar por completo a la mujer. Este sentimiento hacia ella era una cosa, y lo que ella le había hecho otra muy distinta. Ya los tres días de vacaciones habían pasado por completo: de nada le serviría preocuparse por eso. Su primer plan de nivelar el declive provocando el derrumbe de la arena había fallado, pero en realidad no se le podía llamar fracaso, sino más bien insuficiencia en los preparativos. De no ser por la insolación —algo que no había calculado—, habría resultado. Pero la tarea de palear la arena había sido mucho más pesada de lo imaginable, y ahora tendría que encontrar otro medio mejor. Se le había ocurrido, por lo tanto, esta táctica de fingirse gravemente enfermo.

Al recobrase del desmayo, le enojó verse encamado en la casa de la mujer. Por lo visto, los aldeanos no tenían ninguna intención de demostrarle simpatía o compasión. Enterado de esto, sabía a qué atenerse. Habían subestimado su condición al no llamar al médico; por lo tanto, se le ocurrió usar una táctica que los haría arrepentirse. Dormiría profundamente durante la noche, mientras la mujer trabajaba, y durante el día, cuando ella debiera descansar, importunaría su sueño con exageradas quejas de dolor.

—¿Le duele?

—Por supuesto, me duele... Debo tener dislocado algún hueso de la columna...

—¿Quiere que le dé un masaje?

—¡No, ni pensarlo! ¡Cómo me iba a dejar tocar por alguien que no sabe de eso! Los nervios de la espina son vitales. ¿Qué haría si me muriese? Los que se verían en aprietos serían ustedes, ¿no? Llame a un doctor. ¡A un doctor! ¡Me duele! ¡No puedo aguantar este dolor! ¡Si no llama pronto a un médico, será tarde!

La mujer no resistiría la gravedad de la situación; quedaría exhausta. Seguramente reduciría su capacidad de trabajo y así la seguridad de su casa estaría amenazada. Lo que significaría un grave problema para toda la aldea. Lejos de ganar una mano de obra, lo que habrían conseguido sería un buen dolor de cabeza. Y si no lo liberaban de inmediato, perderían el control de la situación.

Pero tampoco este plan fue tan eficaz como supuso. Aquí la noche era más activa que el día. El ruido de la pala... La respiración de la mujer... Las maldiciones y los gritos de los hombres que llevaban las cestas... El runruneo del motocarro, amortiguado por el viento... El lejano ladrido de los perros... Todo penetraba a través de la pared, y cuanto más trataba de dormir, más nervioso se ponía, y así se desvelaba por completo.

Al no poder dormir suficientemente de noche, era inevitable que durmiera de día. Pero lo peor era que, aunque terminara todo en fracaso, el saber que debía existir alguna vía de escape corroía su paciencia. Ya había pasado una semana, justo el tiempo en que se habría pedido una investigación para encontrarlo. Los primeros tres días correspondían a sus vacaciones; pero después estaba incurriendo en ausencia sin aviso. Sus colegas, que usualmente eran muy sensibles a la conducta de los demás, no podrían ignorar esa situación. Seguramente esa misma noche algún entrometido habría aparecido por la prisión. La desnuda habitación, calentada por el sol de la tarde, olería a cerrado, delatando la ausencia de su ocupante. Posiblemente el visitante sintiera celos instintivos por el afortunado que había escapado de ese cerrado agujero. Al día siguiente, correría un rumor malicioso, acompañado de ceños fruncidos e irónicos ademanes. Sería natural... Incluso él mismo habría tomado este excéntrico asueto, calculando, en el fondo, el efecto producido entre sus colegas. Y por cierto, es difícil encontrar personas más celosas que los profesores. Año tras año los estudiantes pasan como el agua del río, y al irse dejan a los profesores detrás, en el

lecho de la corriente, como una pesada piedra. La esperanza es algo de lo que el profesor puede hablar a los otros pero en lo que él mismo no sueña. Los maestros piensan que ellos no valen nada y caen en una soledad masoquista o, convertidos en santos suspicaces, se dedican a denunciar la libre acción de los demás. A fuerza de añorar un acto libre y despreocupado, odian a todos los que lo realizan. ¿Su desaparición fue un accidente? No, de haber sido un accidente, se tendría alguna clase de noticia. Entonces, ¿suicidio? En ese caso, tiene que ver con la policía. Pero, por favor, no sobreestimen a ese necio... Sí, en realidad desapareció porque le dio la gana, y no es para molestarse por ello. Pero hará casi una semana... ¡Pues sí que causa inquietud a la gente! No sé realmente en qué está pensando...

Cabría preguntarse si en realidad les preocupaba; por lo menos la impertinente curiosidad de sus colegas le parecía, desde cualquier punto de vista, innegable. Por consiguiente, el próximo paso sería la visita del vicerrector del colegio a la policía, solicitando que se investigara su desaparición; detrás de su rostro circunspecto estaría disimulando un placer incontenible.

Nombre completo: Niki Jumpei*

Edad: 31 años.

Altura: 1,58 metros.

Peso: 54 kilos.

Cabello: No abundante; peinado hacia atrás; no usa fijador.

Vista: ojo derecho, 0,8; izquierdo, 1,0.

Color de la piel: moreno.

Otras características: cara alargada; ojos bastante juntos; nariz chata; mandíbula cuadrada, y salvo un lunar prominente debajo de la oreja izquierda, ninguna otra seña especial.

Tipo de sangre: AB.

Habla con lentitud y pesadez. Introverso, obstinado, pero sociable. Posiblemente vestido como un entomólogo que sale a su trabajo en el campo.

La foto aquí adjunta fue tomada hace dos meses.

Sin duda, los aldeanos debieron tomar medidas para lanzarse a esta loca aventura. Sería fácil sobornar a los dos o tres policías rurales. Tomarían precauciones para evitar que los otros se acercaran por estos rumbos. Pero esta clase de cortina era necesaria y efectiva solo mientras él estuviera sano y pudiera trabajar en la arena. No se arriesgarían a tener prisionero a un enfermo grave encamado casi una semana. Al ver que no podía servirles de nada, lo aconsejable para ellos sería deshacerse de él antes de que se convirtiera en un problema. A estas alturas, todavía podían inventar una excusa. Podrían argüir que fue presa de extrañas alucinaciones a causa del golpe recibido al caer en el pozo de arena, y esta explicación sería mucho más aceptable que su fantástica acusación de secuestro e incomunicación.

En algún lugar cantó un gallo, y sonó como un mugido a través de una flauta metálica en su garganta. Solo que dentro del pozo no existía ni distancia ni dirección. Sin embargo, fuera de allí estaba el mundo normal, donde no era extraño que los niños jugaran pateando las piedras del camino y el canto del gallo anunciara el amanecer. También el olor del arroz cocido se teñía del color del alba.

El colmo era la manera escrupulosa con que la mujer le limpiaba el cuerpo. Al terminar de pasarle la toalla mojada, se dedicaba a frotarlo como si estuviera limpiando un vidrio, con

una toalla duramente exprimida que parecía un trozo de madera. Aparte de la indicación de la llegada del día, el estímulo del rítmico frotar de la mujer le inducía a un sueño irresistible.

—Esto... —dijo, tratando de disimular el bostezo que parecía tener prensado en sus entrañas—. ¿Qué opina usted? Es que hace tiempo que no veo un diario... ¿Cree que se podría conseguir uno?

—Bueno... Les preguntaré, más tarde.

Notó que la mujer trataba de mostrar su buena voluntad, y que la deferencia con que se expresaba obedecía a la preocupación de no herir sus sentimientos. Pero eso aumentaba también su irritación. ¿Qué les va a preguntar? ¿Es que acaso no tengo derecho a leer un diario sin el permiso de ellos? La increpó quitándole las manos de su cuerpo, con ganas de volcar la palangana junto con el contenido.

Pero enfurecerse ahora sería echarlo todo a perder. No era normal que un enfermo grave se excitara así por un periódico. Por supuesto, tenía ganas de leer un diario; cuando no se tiene un paisaje natural, es lógico desear ver un paisaje pintado. Recordaba haber leído que debido a eso la pintura de paisaje se había desarrollado en lugares donde la naturaleza es cerrada, así como el periodismo había tomado impulso en las zonas industriales donde la comunicación humana se había reducido. Más que nada, contaba con la posible suerte de encontrar los avisos de personas extraviadas, o, más aún, un artículo sobre su desaparición adornando una esquina de la página de sucesos. Pero era obvio que los aldeanos no le entregarían un diario que tuviera semejante artículo. De cualquier forma, lo más importante en ese momento era tener paciencia.

Ciertamente, el hacerse pasar por enfermo no era una tarea grata. Era como sostenerse aferrado a una cuerda a punto de romperse. No podía seguir aguantando una situación semejante. Era peligroso dejar que las cosas siguieran su propio curso; debía convertirse en una carga pesada para ellos. A partir de este día trataría, a toda costa, de que la mujer no pudiera dormir un solo instante.

(No duermas... ¡No debes dormir!).

El hombre se retorció y soltó un largo y exagerado alarido.

XII

Bajo el paraguas que le tendió la mujer, el hombre tomó la sopa de algas marinas, que le quemaba la lengua. En el fondo de la taza había un poco de arena.

Su memoria se detenía allí. Luego se había sumergido en un largo, pesado sueño. En el sueño volaba sobre una ciudad desconocida, montado sobre unos palillos viejos y usados. No estaba mal ir montado en los palillos, que funcionaban como una motocicleta, pero al menor descuido perdía repentinamente su fuerza de flotar. La ciudad era color ladrillo cerca de él, y a lo lejos se esfumaba en verde. Había algo inquietante en la combinación de esos colores.

Por fin llegó a un edificio de madera semejante a una barraca militar. Flotaba un olor a jabón barato. Subió la escalera sujetando el pantalón que se le caía, y entró en una habitación donde solo había una mesa larga y angosta. Alrededor de ella se hallaban sentadas unas diez personas, entre hombres y mujeres, al parecer entregadas con entusiasmo a algún juego. El jugador del centro estaba repartiendo cartas de un mazo; cuando terminaba de hacerlo, de forma sorpresiva le dio a él la última carta, y gritó. Involuntariamente la recibió, pero no era una carta de juego sino epistolar. La *carta* tenía un tacto blando, extraño, y al presionarla con sus dedos, vio brotar sangre de ella. Dio un alarido y despertó.

Su visión estaba obstruida por una especie de niebla sucia. Cuando movió su cuerpo, se oyó el crujir de un papel seco. Tenía el rostro cubierto con un diario abierto. ¡Maldición, se había dormido de nuevo! Al apartar el diario, una película de arena resbaló por el papel. A juzgar por la cantidad de arena, había dormido bastante. El sol que entraba por las aberturas de la pared indicaba que era cerca de mediodía. Pero ¿qué era ese olor? ¿Tinta fresca? No creyéndolo posible, se fijó en la fecha. Miércoles, 16... ¡Era realmente el diario de ese día! Era increíble pero cierto. ¿Significaba eso que la mujer lo había escuchado?

Se incorporó sobre un codo en el colchón húmedo y pegajoso de sudor; de pronto los pensamientos giraron en su mente como en un remolino, y en su intento de leer el esperado periódico, solo logró pasar la vista por las letras impresas.

¿Aumentarán los temas de discusión en el comité conjunto japonés-norteamericano?

¿Cómo habría obtenido ese diario la mujer? ¿Acaso los aldeanos empezaban a sentir algún remordimiento?... Con todo, según lo acostumbrado hasta ese momento, el contacto con el mundo exterior cesaba después del desayuno. ¿Tendría la mujer alguna manera especial de comunicarse con el exterior que él desconocía aún? ¿O habría ido ella misma a comprar el diario? Tenía que haber una de las dos posibilidades.

¡Medidas drásticas para resolver los atascos de tráfico!

Pero, un momento... En el caso de que fuera la mujer la que salió... Es de suponer que lo hizo con una escala de sogas. No sabía de qué manera lo había logrado, lo cierto era que se

había usado la escala. Lo había supuesto, aunque vagamente. Puesto que no se trataba de un prisionero que sueña todo el tiempo con escapar, sino de la mujer, una habitante de la aldea, no toleraba, por inconcebible, que se resignara a perder su libertad de movimiento... O sea, el hecho de que hubieran quitado esa escala indicaba la intención de tenerlo cautivo. Eso significaba que, de poder mantenerlos distraídos, algún día tendría la misma oportunidad.

Se descubre qué componente de la cebolla es efectivo para el tratamiento de lesiones radiactivas.

La comedia de fingir la enfermedad parecía haber dado un fruto inesperado. «Las cosas se deben esperar durmiendo»; los antiguos estaban en lo cierto... Pero ¿por qué no me siento con ánimos? Hay algo que no me acaba de convencer. ¿Tendrá que ver con aquella extraña y terrible pesadilla? Ciertamente me preocupa aquella carta, que no sé por qué intuyo peligrosa. ¿Qué pretendía decirme?

Pero de nada servía preocuparse por cosas semejantes; lo principal era llevar adelante lo que había iniciado.

La mujer dormía en el umbral sobre la parte elevada del suelo, cerca del fogón; respiraba suavemente, acurrucada como una pelota, abrazándose las rodillas y cubierta con una arrugada bata de verano. Después del primer día se cuidaba de no mostrarse desnuda ante él, aunque lo más probable era que debajo de esa bata no llevase puesto nada.

Echó una rápida ojeada a los sucesos y a la información de las provincias. Desde luego, no encontró un solo artículo sobre fugas o desapariciones, ni avisos de personas extraviadas. Ya lo había previsto y no se desanimó. Se levantó sin ruido y bajó al suelo de tierra. Llevaba solamente unos calzoncillos de seda sintética sueltos y un poco largos. Así se estaba más cómodo. Se había juntado arena alrededor de su cintura; la parte donde ataba el cordón del calzoncillo estaba inflamada y le picaba.

Se detuvo en la entrada de la casa y miró la pared de arena. La luz irritó sus ojos, todo a su alrededor empezó a arder en amarillo. No había nadie, ni estaba la soga: era natural, solo había querido comprobarlo para estar seguro. Ni siquiera signos de que la escala hubiese sido colgada. Aunque con ese viento no tomaría ni cinco minutos la desaparición de las marcas. Fuera de la puerta, la superficie de la arena mostraba el movimiento incesante que semejaba una corriente.

Regresó a acostarse de nuevo. Volaba una mosca de color rosa claro; algo se estaría pudriendo en algún lugar. Tomó agua de la olla cubierta con el plástico, que tenía junto a su almohada, y se dirigió a la mujer.

—¿Quiere levantarse, por favor?

Ella se levantó de pronto, temblorosa. La bata se deslizó descubriendo su pecho. En los senos se transparentaban venas azules, y aunque algo caídos, estaban todavía redondos. Se cubrió con la bata, turbada; su mirada flotaba en el vacío, señal de que no estaba del todo despierta.

El hombre vaciló. ¿Debía aprovechar la ocasión para gritarle y exigirle una explicación sobre la escala? ¿O debería tomar una actitud más moderada, preguntárselo de forma tranquila, agradecerle el diario? Si su objetivo era perturbar el sueño de la mujer, se imponía una actitud agresiva, ya que sobraban motivos para asustarla, pero chocaba con su propósito de seguir simulando la enfermedad, puesto que tal conducta estaba lejos de

corresponder a un paciente con un hueso dislocado en la columna vertebral. Lo indicado en ese momento era tratar de que ellos reconocieran su inutilidad como mano de obra, y esperar un descuido en la vigilancia. Debía reducir a cero la resistencia de los lugareños, que ya había cedido hasta el punto de proporcionarle un diario.

Sus esperanzas se esfumaron pronto:

—No, claro que no he salido. Los hombres de la cooperativa me trajeron unos antisépticos que les había encargado, y aproveché para pedirles el diario. En la aldea solo cuatro o cinco casas lo reciben. Así que tuvieron que ir hasta la ciudad a comprarlo.

No era imposible la coincidencia. Era como estar en una celda con cerradura, pero sin la llave correspondiente. Si hasta los mismos habitantes de la aldea debían soportar el cautiverio, entonces el precipicio de arena adquiriría un nuevo, terrible significado. El hombre empezó a desesperarse, se puso insistente.

—Pero ¿cómo puede pasar eso? Usted es la dueña de esta casa, ¿verdad? Es decir, no es un perro... Entonces, ¿cómo no puede salir y entrar libremente? ¿O es que ha hecho algo malo y no se atreve a mostrar la cara a los aldeanos?

Los ojos soñolientos de la mujer se abrieron con asombro. Se veían congestionados, rojos y brillantes.

—¡Claro que no! ¿Cómo puede pensar que no me atrevo a dar la cara?

—Bien, en ese caso no hay razón para ser tan pusilánime.

—¡Pero no hay motivo para salir!

—¡Puede salir a caminar, al menos!

—¿Caminar?

—Sí, dar un paseo. ¿No es motivo suficiente? Quiero decir, antes de que yo llegara, ¿no salía a caminar por simples ganas de hacerlo?

—Sí, pero lo único que se consigue saliendo a caminar sin propósito es cansarse...

—¡No estoy bromeando! Pregúntese a usted misma. No es posible que no lo entienda... ¡Hasta un perro enloquece si lo dejan encerrado en una jaula!

—Sí, he caminado... —empezó a hablar con una voz monótona, apagada—. Ya lo creo que me hicieron caminar... Hasta que vine aquí. Solía andar mucho tiempo con el niño a cuestas. Me cansé a morir de caminar...

El hombre se sorprendió. ¡Qué manera de hablar más extraña! No supo qué contestar.

Recordaba cómo unos diez años antes, cuando solo quedaban ruinas de la guerra, todos anhelaban la libertad de no seguir caminando. Y ahora, pensó, ¿será que nos hemos cansado de la libertad de dejar de caminar? ¿Acaso él mismo no se había dejado seducir por esta arena, cansado ya de juegos caprichosos? Arena... La continua corriente granulada de 1/8 mm. Era un autorretrato al revés, como en negativo, atado a esa libertad de no tener que caminar más. También los niños que ansían salir a pasear gritan desesperados cuando se extravían.

La mujer cambió súbitamente de tono y preguntó:

—¿Se siente mejor?

¡Deja de mirarme con esa cara estúpida! El hombre se puso furioso y deseó forzarla a admitir su culpa aunque fuera usando la violencia. De solo pensarlo se le erizaba el pelo, y su piel parecía researse como un pedazo de papel. La palabra «forzar» se asociaba a la idea de «piel». De repente, la mujer era una silueta recortada y aislada en el espacio. A los veinte

años un hombre se excita sexualmente con un solo pensamiento; a los cuarenta, con el tacto de la piel; pero para un hombre de treinta, lo más peligroso es la silueta recortada de una mujer... Podía abrazar a la mujer tan fácilmente como se abrazaba a sí mismo. Pero detrás de ella había miles de ojos que lo observaban... La mujer no era más que una marioneta manejada por los hilos de esos ojos. Si abrazaba a la mujer, lo manejarían a él también... Y la gran mentira de la vértebra dislocada se descubriría de golpe. No podía admitir que su vida cesara y menos en un lugar como este.

La mujer se le acercó, lenta y apremiante, y sus rodillas le presionaron las caderas. El olor a agua estancada y calentada por el sol que ella despedía por la boca, la nariz, las orejas, las axilas y por todos los huecos de su cuerpo lo impregnaba todo. Tímidamente, con ardientes dedos empezó a recorrer su columna, de arriba abajo. El cuerpo del hombre se endureció.

De repente, los dedos rozaron sus costados. El hombre gritó.

— ¡Me está haciendo cosquillas!

La mujer rio; se diría que estaba bromeando, o que sentía vergüenza. Por inesperada, la cosa era inexplicable. ¿Cuál era el propósito? ¿Lo haría adrede o por descuido? El hombre no podía dejar de pensar en que minutos antes la mujer trataba de abrir los ojos y despertarse. Recordó que también la primera noche había reído con esa voz extraña cuando, al cruzarse con él, le tocó el costado... Se preguntó si la mujer le daría un sentido especial a tales actos.

Quizá ella no creía en su falsa enfermedad, y trataba de confirmar sus sospechas. Era una posibilidad... No podía descuidarse. La seducción de la mujer era como una planta carnívora, provista del dulce olor de la miel para atrapar a sus víctimas. Primero, la mujer sembraría la semilla del escándalo, tentándolo a que él la violara; luego, él se vería atado de pies y manos por las cadenas de la extorsión.

XIII

Se derretía como cera. El sudor le tapaba los poros. Con el reloj parado, no podía tener la certeza de la hora, pero era posible que allí afuera, sobre el agujero, estuvieran aún en pleno día, aunque ahí al fondo, veinte metros abajo, fuese ya el atardecer.

La mujer seguía durmiendo profundamente; debía estar soñando, a juzgar por los breves movimientos nerviosos de sus manos y sus pies. No había motivo para sobresaltar su sueño ahora; él mismo había dormido lo suficiente.

Se puso de pie y dejó que su piel se ventilara. La toalla que cubría su rostro debió haber caído mientras dormía, pues tenía una cantidad considerable de arena detrás de las orejas, alrededor de la nariz y en las comisuras de los labios. Se puso unas gotas en los ojos; cada vez que lo hacía los cubría con la toalla; tras repetir la operación varias veces estuvo en condiciones de abrirlos normalmente. Pero las gotas se acabarían en dos o tres días. Era otra razón para decidirse a poner fin rápidamente a esta situación. Sentía el cuerpo pesado, como si estuviera en un lecho imantado y vestido con un traje de hierro. Se esforzó por fijar la vista y, a la débil luz que entraba por la puerta, apenas distinguió los caracteres impresos en el diario, como patas de moscas muertas.

En realidad, debía haber pedido a la mujer que le leyera el diario durante el día, así mataba dos pájaros de un tiro, ya que también le habría impedido el sueño. Pero por desgracia, él se había dormido antes. ¡Qué fracaso el suyo, después de tanto esfuerzo!

Esa noche tendría que volver a fingir un irremediable insomnio. Trató de contar desde cien hacia atrás, siguiendo el ritmo de su respiración. Pacientemente rehízo el camino que acostumbraba a andar desde su pensión a la escuela; trató de enumerar todos los insectos que conocía, agrupándolos en familias y clases. Pero todo esto lo ponía más nervioso porque sabía de antemano que era inútil. Podía oír el susurro del viento que barría el borde del pozo de arena... El ruido de la pala que cortaba una sección de la húmeda arena... El lejano ladrar de los perros... El susurrar de las voces lejanas, trémulas como la llama de una vela... La lima de arena que lija sin cesar las puntas de los nervios... Y a pesar de todo, debía resistir pacientemente.

Es decir, suponiendo que de alguna manera pudiera soportarlo. Apenas la helada luz azul se divisaba desde el borde del pozo, todas las cosas se volvían al revés, y empezaba la lucha contra ese sueño que lo absorbía igual que una esponja absorbe el agua. Mientras este círculo vicioso no se rompiera por alguna parte, no solo su reloj sino el tiempo mismo sería inmovilizado por los granos de arena.

El diario decía las mismas cosas de siempre. No era posible encontrar indicios de que se hubiera producido en su vida una semana en blanco. Si el diario era la ventana del mundo exterior, debía de tener el vidrio ahumado.

«Soborno en los impuestos cooperativos: alcanza a los funcionarios municipales»... «Piden que se instalen ciudades escolares en los centros industriales»... «El Gremio Central de los Trabajadores pronto dará a conocer su opinión sobre las huelgas»... «Madre estrangula a sus dos niños y luego se envenena»...

«Alarmante aumento de robos de automóviles: ¿Trae el nuevo modo de vida un nuevo tipo de crimen?»... «Niña desconocida lleva flores a una comisaría durante tres años»... «Dificultades en el presupuesto de las Olimpiadas de Tokio»... «Asesino fantasma suelto: mató hoy a dos niñas»... «Jóvenes estudiantes envenenados con píldoras somníferas»... «Síntoma de baja en la Bolsa»... «Blues Jackson, famoso saxo tenor, llega a Japón»... «Nuevo tumulto en Sudáfrica: 280 muertos y heridos»... «Escuela de ladrones para hombres y mujeres: no se paga colegiatura y se recibe diploma al pasar la prueba final».

Ningún asunto importante. Una torre de quimera construida con ladrillos ilusorios y llenos de agujeros. Pero si la vida estuviera hecha solo de cosas importantes, sería una frágil caja de cristal, que no se podría siquiera tocar al descuido. Pero la vida cotidiana es exactamente como los titulares de los diarios... Por eso mismo es por lo que todos, conociendo la insignificancia de la vida, establecen como centro del compás su propia casa.

De repente, se detuvo en un artículo inesperado.

Alrededor de las ocho de la mañana del día 14 del corriente, en el lugar donde se construyen los multifamiliares de Tōa Yokokawa-chō n.º 30, que levanta actualmente la Compañía Constructora Tōa, el Sr. Tsutomu Tashiro, veintiocho años, conductor de volquete de la Cía. Hinohara, resultó gravemente herido al ser aplastado por una avalancha de arena; fue conducido a un hospital cercano, donde falleció poco después. De acuerdo con las investigaciones del departamento de policía de la sección de Yokokawa, el accidente se habría producido al retirar una cantidad excesiva de arena de la base de una montaña de unos 10 metros de altura.

¡Ajá! ¡Conque este artículo era su mira! Los aldeanos no habían respondido desinteresadamente a su solicitud; bastaba con ver el trazo de tinta roja que enmarcaba el artículo. Recordó un arma peligrosa que llaman «cachiporra». Consiste en una bolsa de cuero rellena de arena, y dicen que su golpe tiene un poder comparable al de una barra de hierro o de plomo. Aunque la arena fluya, no deja de ser diferente al agua... En el agua se puede nadar, pero la arena es capaz de envolver a un hombre y aplastarlo hasta darle muerte.

XIV

Decidir la nueva estrategia le costó no pocos titubeos y un cierto lapso de tiempo. Habían pasado unas cuatro horas desde que la mujer saliera a bregar con la arena; en ese momento el segundo grupo de portadores de canastas terminaba su trabajo y se dirigía al camión. Escuchó vigilante, y, cuando estuvo seguro de que no volverían, se levantó sigilosamente y se vistió; la mujer se había llevado la lámpara, y tuvo que hacerlo en la oscuridad. Los zapatos estaban llenos de arena. Se enfundó los extremos del pantalón en los calcetines y colocó el equipo de cazar insectos donde lo encontrara fácilmente. Una vez en el suelo de tierra no tuvo que preocuparse por el ruido de sus pasos, ya que la arena hacía de alfombra.

La mujer estaba entregada a su trabajo. Sus movimientos eran ligeros al hundir con habilidad la pala. Su respiración, fuerte y acompasada... La sombra alargada bailaba proyectada por la lámpara que tenía a sus pies. El hombre se ocultó en una esquina de la casa y trató de calmarse, conteniendo la respiración. Tomó en cada mano un extremo de la toalla y la estiró con fuerza; al contar hasta diez, se abalanzaría... Tenía que atacar por sorpresa en el preciso instante en que ella se inclinara para palear la arena.

Obviamente, no se podía decir que no habría peligro. Tampoco que dentro de treinta minutos la actitud de los aldeanos pudiera cambiar de forma radical. Por ejemplo, estaba el asunto del funcionario provincial. Al principio, el viejo de la aldea lo había tomado por un burócrata del gobierno local, y había mostrado una extrema cautela. Seguro que esperaban una inspección inminente. En ese caso, podrían haber surgido discrepancias de opinión a su respecto; no podrían seguir teniéndolo oculto y deberían prescindir de él. Pero tampoco había una garantía de que esa media hora no se alargase a seis meses, un año, o aún más. Al hombre ya no le era posible apostar, en las mismas condiciones, la media hora por un año.

Si pensaba en lo hipotético de una ayuda exterior, aún le convenía hacerse pasar por enfermo. Este era, sin embargo, el punto que lo tenía perplejo. Él vivía en un país con un gobierno constitucional, y por lo tanto lo natural era que esperase ayuda. Las personas que desaparecen tras la niebla del misterio y permanecen perdidas lo hacen en su mayoría por propia voluntad, y, en tanto el caso no tenga carácter criminal, interesa a las autoridades civiles antes que a las penales, de manera que la policía no interviene en ello. Pero su caso era totalmente distinto, y él clamaba desesperadamente por ayuda. Sin necesidad de oírlo ni verlo directamente, cualquiera que viera su habitación vacía podía entender de inmediato lo que había pasado. El libro abierto en la página donde quedó su lectura... Las monedas en el bolsillo de su traje de diario... Su libreta de ahorros que, a pesar de su bajo monto, no registraba ningún reintegro reciente de dinero... Su caja de insectos secos, aún sin clasificar... El sobre con la orden de compra de una nueva botella para guardar insectos, timbrado y listo para ser mandado... Todo señalaba una resistencia a la discontinuidad, un propósito de seguir viviendo normalmente. Cualquier visitante escucharía su llamada de auxilio flotando en la habitación.

Sí, en verdad... De no haber sido por aquella carta... Si no hubiera existido aquella estúpida carta... Pero de qué servía decirlo, esa carta había existido. Hasta en el sueño había

sido sincero, de nada valía ahora tratar de justificarse ante sí mismo. Estaba harto de dar excusas, las cosas perdidas no existen más; hacía tiempo que se había cortado él mismo la cabeza.

Había tomado una actitud de injustificado misterio respecto a sus vacaciones, sin mencionar a ninguno de sus colegas adónde pensaba ir. Y no solo había partido sin decir nada, sino que de forma deliberada lo había convertido en un misterio; nada mejor que irritar a sus colegas, que viven una existencia gris, y grises son hasta sus pieles. La raza gris sufre una autoaversión insoportable con solo imaginar que otros pueden poseer un color distinto, sea rojo, azul o verde.

Los veranos intensos inundados de sol solo se encuentran en las novelas o en el cine. Lo que existe en realidad son los modestos domingos del ciudadano común, ese que pasa su siesta sobre la sección política de los diarios, envuelto en el olor del humo de los cañones... Termos con tapas magnéticas y latas de zumo de frutas... Botes de alquiler a 150 yenes la hora, al final de una larga cola, y las burbujas color plomo traídas a la orilla por los peces muertos. Y luego, para acabar, los trenes atestados que se desintegran de cansancio... Todos conocen esta realidad, pero rehúsan ser catalogados como tontos y se dedican a pintar pacientemente ese festival ficticio en la tela gris de sus vidas. Padres infelices, sin afeitarse, sacudiendo a sus quejosos niños y tratando de hacerles decir que fue un domingo maravilloso: pequeñas escenas que todos han visto en un rincón del tren... Los patéticos celos y la impaciencia de algunos ante la felicidad de los otros.

Pero si eso fuera todo, no habría por qué tomar las cosas tan en serio. Si aquel hombre no hubiera tenido la misma reacción que los demás colegas, quizá él no se habría obstinado tanto.

Ese hombre en principio le inspiraba confianza. Estaba entusiasmado con el movimiento gremial, y se caracterizaba por sus ojos hinchados y su aspecto de tener la cara recién lavada. Incluso una vez ensayó confiarle sus pensamientos íntimos, cosa que no acostumbraba hacer con otros.

—Tengo serias dudas acerca del sistema de educación que intenta darle sentido a la vida. ¿Cuál es su opinión?

—¿Qué quiere decir con «darle sentido a la vida»?

—Dicho de otro modo, una educación ilusoria que conduce a la creencia de que uno es algo, cuando en realidad no es nada. Por eso, en estos momentos estoy interesado en la arena, por ejemplo, porque, aunque es sólida, tiene propiedades definitivamente hidrodinámicas.

El otro, perplejo, se encorvó hacia delante, arqueando aún más su espalda felina. Pero su expresión, como antes, permanecía abierta; no parecía estar disgustado. Alguien había dicho de él que se parecía a una cinta de Möbius. Una cinta de Möbius es una cinta de papel retorcida y unida en círculo que representa una superficie sin anverso ni reverso. ¿Querrían decir que la vida gremial y la privada de este hombre formaban un círculo de Möbius? Recordaba que el apodo contenía una ironía y al mismo tiempo cierta admiración hacia ese hombre.

—¿Quiere decir una educación realista?

—No; si puse el ejemplo de la arena es porque, en última instancia, pienso que el mundo es como la arena. No se puede conocer su verdadera naturaleza mientras se la considere un

cuerpo estático... No es que la arena fluya; el fluir mismo es la arena... Lo siento, no lo puedo explicar mejor...

—Entiendo lo que quiere decir. En una educación práctica, no se pueden evitar los elementos relativos, ¿no es así?

—No, no es eso. Uno mismo se convierte en arena... Ve con los ojos de la arena... Es decir, es lo mismo que cuando uno muere; entonces no surge la necesidad de dar vueltas a la idea de que uno va a morir.

—Usted debe de ser un idealista. Yo creo que debe de temer a los estudiantes, ¿no es verdad?

—Y bien, sí, porque pienso que los estudiantes también son como la arena...

El hombre rio afablemente mostrando sus dientes blancos, sin la menor señal de disgusto por la divergencia; sus ojos hinchados se hundían entre los pliegues de la piel. No pudo por menos de devolver una vaga sonrisa a ese que no era más que un círculo de Möbius. Realmente lo era, en el sentido bueno y en el malo. Y el lado bueno era suficientemente respetable.

Pero aun Círculo de Möbius mostró una franca envidia, la misma envidia gris que sus colegas con respecto a las vacaciones que iba a tomar. Era una desilusión, pero al mismo tiempo se alegró. Cualquiera tiende a tratar con malicia a la virtud, y entendiéndolo, empezó a sentir un placer que crecía con el fastidio del otro.

Luego, vino el asunto de la carta... El naipe irrecuperable, ya servido. Su obsesión en el sueño de la noche anterior tenía sus buenas razones.

Sería mentira decir que no había existido amor entre él y aquella mujer. Solo que la de ellos había sido una relación un tanto ambigua, en la cual, por la displicencia con que se trataban, nunca pudo estar seguro de ella.

Por ejemplo, si él decía que el matrimonio era en definitiva como cultivar una tierra virgen, ella replicaba airada, sin motivo, que sería como agrandar una casa que se había vuelto incómoda. Posiblemente, si él hubiera afirmado lo contrario, ella habría respondido también lo opuesto. Era un juego de columpio que venían repitiendo incansablemente hacía ya dos años y cuatro meses. Tal vez correspondiera decir que, más que perder la pasión, la habían congelado de tanto idealizarla.

Precisamente por eso decidió repentinamente mandar una carta para hacerle saber que saldría solo por un tiempo, sin indicar, a propósito, hacia dónde. El misterio de sus vacaciones, tan efectivo para sus colegas, no podía fallarle con ella. Pero a pesar de haber escrito la dirección en el sobre y haberle puesto el sello, en el momento de enviarla encontró estúpido hacerlo y la dejó abandonada sobre su escritorio.

Resultaba que ese acto inocente había cumplido la función de una cerradura automática, a prueba de ladrones, que solo su dueño puede abrir. No podía ser que la carta no hubiera llamado la atención de nadie; era como haber dejado una declaración de que desaparecería por su propia voluntad. Se veía como un torpe criminal que, después de ser visto en el lugar del crimen, estúpidamente se pone a borrar las huellas digitales, probando con ello ser culpable.

Su oportunidad de escapar se había esfumado. Y aunque incluso ahora tratara de aferrarse a la posibilidad de un rescate, sus esperanzas agonizarían envenenadas por la duda. En estos momentos no quedaba sino forzar la puerta sin esperar a que se la abrieran. No se justificaba seguir vacilando.

Apoyó todo el peso del cuerpo sobre la punta de los pies, que se hundieron en la arena hasta lastimarlo, y se preparó para saltar cuando hubiera contado hasta diez. Pero después de contar hasta trece, todavía vacilaba; por fin, respiró profundamente cuatro veces y se lanzó.

XV

A pesar del impulso inicial, los movimientos del hombre fueron lentos, como si la arena tragara sus fuerzas. La mujer ya se había dado la vuelta, y sosteniendo la pala en diagonal, lo miraba perpleja.

Si ella se hubiera propuesto oponerse, el resultado habría sido muy diferente. Pero su estrategia de obrar por sorpresa había resultado: su impetuosa impaciencia tenía paralizada a la mujer, que ni siquiera atinaba a ofrecer resistencia con la pala que tenía en sus manos.

—No grite... No le haré daño; pero quédese quieta...

Le susurró con voz tensa, tapándole la boca con la toalla. Ella no se resistió, y se dejó manejar por el hombre, a pesar de lo torpe y rudo de sus gestos.

Cuando observó la pasividad de la mujer, logró controlarse de nuevo. Le extrajo de la boca la toalla, que ya había introducido hasta la mitad, y la amordazó con ella. Luego le ató las manos a la espalda, apretando con fuerza.

—¡Bueno, ahora a la casa!

La mujer parecía despojada de toda resistencia, y se mostraba pasiva y obediente no solo a sus actos sino también a sus palabras. No había en ella signo de hostilidad o de protesta; estaba como hipnotizada. Él no había tenido la sensación de que hubiera salido especialmente bien, y eso mismo explicaría su inesperada violencia, que había provocado la renuncia a cualquier resistencia por parte de la mujer.

La forzó a entrar en la sala, y allí le ató los tobillos; como lo hacía a oscuras, por precaución, la ató más de lo necesario.

—¡Escúcheme; no se mueva! Si obedece, nada le pasará. Pero recuerde que estoy desesperado...

Tratando de mantener la vista en dirección a donde oía respirar a la mujer, fue retrocediendo hasta la puerta; desde allí corrió a tomar la lámpara y la pala, y volvió a entrar en la casa. La mujer yacía de costado y movía reiteradamente su mandíbula cada vez que respiraba. Tal vez levantase la mandíbula al aspirar, para no inhalar la arena del suelo, y al exhalar la bajara, tratando de soplar con la nariz la arena que había a su alrededor.

—Bueno, deberá tener paciencia durante un rato, hasta que regresen los tipos de las canastas. No puede quejarse, después de todas las calamidades que aguanté. Aparte, le pagaré la estancia... Se entiende, solo los gastos reales que he calculado... No le importa, ¿verdad? Bueno, ¡es cosa suya! Realmente mi estancia debería ser gratuita, pero no soporto cancelar una deuda de esa manera, y por eso le voy a pagar.

Nervioso y agitado, por un momento estuvo atento al movimiento de fuera mientras, levantando el cuello de la camisa, se ventilaba el torso. Sí, era mejor apagar la lámpara; levantó el tubo e iba a soplar; pero no, mejor echaría un vistazo antes a la mujer. Los lazos de las piernas estaban fuertemente anudados: no había espacio ni para meter los dedos. Las muñecas estaban ya rojinegras y las cortas uñas, del color de una vieja mancha de tinta.

La mordaza también era perfecta, tan apretada que los labios de la mujer estaban descoloridos, casi habían perdido la sangre; vistos aisladamente, tenían una apariencia

fantasmal. La saliva que se escurría por la comisura de su boca teñía de negro la estera debajo de su mejilla. A la luz ondulante de la lámpara, le pareció escuchar el silencioso grito de la mujer.

—Tiene que resignarse. Usted misma empezó todo esto —habló con rapidez, sin pensar—. Hemos tratado de engañarnos mutuamente, ¿verdad? Yo también soy humano, y usted no puede amarrarme como a un perro... Se mire por donde se mire, esto es defensa propia.

De repente la mujer torció el cuello y trató de mirarlo con el rabillo de sus ojos entrecerrados.

—¿Qué le pasa? ¿Quiere decirme algo?

La mujer movió la cabeza con dificultad; parecía estar asintiendo, o tal vez negando. Acercó la lámpara para leer en sus ojos, y no pudo creer, al instante, lo que estaba viendo: esos ojos estaban llenos de una tristeza suplicante, y no había en ellos ni asomo de resentimiento o de odio.

«No puede ser. Es mi imaginación... La expresión de los ojos es solo una frase figurada; no puede haber expresión en los ojos, si no tienen músculos.» Eso pensó el hombre, y no obstante vaciló; alargó las manos para aflojar la mordaza, pero las retiró enseguida y apagó la luz a toda prisa. Había oído las voces de los portadores. Precavido, colocó la lámpara sobre el borde del suelo elevado próximo a la entrada, bebió agua directamente de la olla que estaba debajo del fregadero, tomó la pala y se escondió tras la puerta. Sudaba copiosamente. Faltaba poco... Solo aguantar unos cinco o diez minutos más... Aferró con una mano la caja de insectos.

XVI

— ¡Eh!

Sonó una voz ronca.

— ¿Qué pasa ahí?

Siguió otra voz, muy joven y vibrante.

Dentro del pozo, la oscuridad era tan grande que se la podía palpar; pero fuera seguramente había luna, pues se veían siluetas difusas de los hombres, formando una línea en el límite entre la arena y el cielo.

El hombre se arrastró en el fondo del pozo llevando la pala en una mano.

Una risa obscena llegó de la cima del acantilado. Una sogá con un gancho para las latas de queroseno vacías era bajada a mano.

— ¡Vamos, señora, pronto, a trabajar!

En ese instante, el hombre saltó hacia la sogá como un resorte.

— ¡Eh, levanten la sogá! — gritó con toda su fuerza y agarró la sogá, como quien fuera a hundir sus dedos dentro de una roca—. ¡Levanten! ¡Levanten! ¡No la soltaré hasta que lo hagan! ¡La mujer está maniatada dentro de la casa! ¡Si la quieren ayudar, tienen que subir esta sogá! ¡O no permitiré que se acerquen a ella! ¡Y si se atreven a bajar, les romperé el cráneo con esta pala! ¡Y si me llevan a juicio, ya verán cómo les gano! ¿Acaso creen que me voy a echar atrás? Bueno, ¿qué esperan? ¡Si me suben ahora, no los acusaré, olvidaré todo lo que ha pasado! El secuestro no es un crimen que se pueda pasar por alto. ¿Qué les pasa? ¡Muévanse, y súbame pronto!

Un chorro de arena cayó sobre su cara. Una sensación fría y húmeda corrió rápidamente desde su cuello hasta dentro de la camisa; la presión aumentó. Su propio aliento le quemó los labios.

Aparentemente, arriba había comenzado una especie de discusión. De repente hubo un fuerte tirón, y la sogá empezó a subir. Una presión imprevista, mucho mayor de lo imaginable, le arrancaba la sogá de los dedos. El hombre duplicó sus fuerzas al sujetarse. Un violento espasmo, como el de una carcajada, convulsionaba su estómago. Sentía que la pesadilla de una semana se rompía esparciéndose en pedazos... Bien... Bien... ¡Se había salvado!

Repentinamente perdió su peso y quedó suspendido en el aire. Una sensación de mareo traspasó todo su cuerpo, y la sogá que hasta ese momento se le oponía, de pronto quedó inerte entre sus manos.

¡Habían soltado la sogá! Dio una media vuelta y cayó sobre la arena. La caja de insectos produjo un ruido desagradable debajo de su cuerpo. Algo le rozó la mejilla; debía de ser el gancho en el extremo de la sogá. ¡Estos bastardos! Por suerte no estaba herido; salvo el dolor en el costado que había pegado con la caja, nada le había pasado. Se levantó de un salto y buscó la sogá. Ya la habían subido.

— ¡Imbéciles!

Gritó con voz trémula:

—¡Imbéciles! ¡Se arrepentirán de esto!

Ninguna respuesta; solo un apagado murmullo flotaba como el humo. Su irritación crecía al no saber si ese murmullo era de franca hostilidad o simplemente de risas contenidas.

La ira y la humillación, como una médula de hierro, horadaron su cuerpo. Continuó gritando con las uñas clavadas en sus palmas sudorosas.

—¡¿Todavía no me entienden?! ¡Como no son capaces de razonar con palabras, hice esto para que comprendieran! ¿No les dije que tengo a la mujer amordazada? ¡Súbanme ahora mismo, o pónganme la escala de sogas, o lo que sea! ¡De lo contrario la mujer seguirá tal como está ahora! ¡Ya no habrá nadie que palee la arena! ¿Es eso lo que quieren? ¡Piénsenlo bien! Si esto queda sepultado en la arena, los perjudicados serán ustedes. ¡A partir de aquí la arena invadirá toda la aldea! ¿Qué les pasa? ¿Por qué no contestan?

En lugar de responder, se retiraron sin hacerle caso, dejando tras ellos el ruido de las canastas que arrastraban.

—¿Por qué? ¿Por qué se van así, sin decir nada?

Era ya un gemido débil, que solo él podía oír. Temblando, el hombre se agachó, y en la oscuridad empezó a recoger el contenido de su caja de insectos. El recipiente de alcohol se habría roto por alguna parte, pues en el instante en que lo tocó, sintió esa frescura derramarse entre los dedos. Silenciosamente, el hombre lloró. No se sentía triste; era como si otro fuera el que lloraba.

Esa arena que se adhiere como un animal traicionero. Avanzando trabajosamente alcanzó por fin la puerta, siempre en la oscuridad. Dejó con cuidado su caja —ahora con la tapa suelta— cerca del fogón. El ruido del viento llenaba el aire. Sacó de la lata uno de los fósforos envueltos en plástico y prendió la lámpara.

La posición de la mujer no había cambiado, a no ser por una ligera variación de ángulo. Tenía la cara vuelta hacia la puerta, quizá para saber qué es lo que ocurría fuera. Parpadeó por un instante ante la luz, pero enseguida cerró los ojos. El hombre se preguntó cómo habría recibido ella el duro trato que le acababan de infligir los aldeanos... Si quieres llorar, llora, si quieres reír, ríe, pero no se ha dicho aún la última palabra. De todas formas, quien tiene la clave de la bomba de tiempo soy yo.

El hombre se arrodilló detrás de la mujer; vaciló al principio, pero acabó quitándole violentamente la mordaza. Lejos estaba de sentir remordimiento o compasión.

Simplemente estaba muy cansado; no podía soportar más tensiones. Y, pensándolo bien, no había ninguna necesidad de amordazarla. Si durante el incidente con los hombres ella hubiera gritado pidiendo ayuda, tal vez en la confusión las cosas se habrían definido favorablemente.

La mujer adelantó la mandíbula, jadeando. La toalla pesaba como una rata muerta, impregnada de la saliva y del olor de su boca; había dejado en su cara manchas que no parecían prontas a desaparecer. La mujer movió la mandíbula para relajar sus mejillas, rígidas bajo una piel de pescado seco.

—Enseguida estará bien —le dijo él al arrojar la toalla que tenía entre sus dedos—. Ya deben haber sacado alguna conclusión. Seguro que vendrán volando a traer la escala. Al dejar las cosas como están, se exponen a tener dificultades. ¿No es así? De otro modo, no se habrían tomado la molestia de tenerme aquí encerrado.

La mujer tragó saliva y se humedeció los labios.

—Pero... —La lengua de la mujer parecía no haberse recuperado; su voz apagada sonaba

como si tuviera un huevo dentro de la boca—. ¿Salieron las estrellas?

—¿Las estrellas? ¿Qué pasa con las estrellas?

—Es que, si no han salido...

—Si no han salido, ¿qué?

La mujer, agotada, dejó de hablar.

—¿Qué le pasa? ¡Acabe de decirlo! ¿O es que va a decirme mi horóscopo? ¿O se trata de una superstición local, como no poder bajar la escala de sogas en una noche sin estrellas? ¿Es eso? ¿Eh? ¡No podré saberlo si sigue callada! Si quiere esperar la salida de las estrellas, es problema suyo... Pero ¿qué hará si mientras tanto se levanta un ventarrón? ¡Es algo peor que las estrellas!

—Si las estrellas —ahora ella hablaba con una voz que parecía salir de un tubo vacío—, si las estrellas no aparecen todavía, no va a soplar ningún viento fuerte...

—¿Por qué?

—Si no se ven las estrellas, a causa de la neblina...

—Pero si en este momento está soplando un viento fuerte.

—No, es solo el ruido que levanta el viento allá arriba...

Si ella lo decía, era posible que así fuera. El hecho de que las estrellas estuvieran ocultas indicaba que, después de todo, el viento no tenía la fuerza suficiente para barrer el vapor de la atmósfera. Probablemente esa noche no habría viento fuerte. Y eso quería decir que los aldeanos no tenían que apresurarse a encontrar una solución. Lo que había considerado una estupidez sin sentido resultaba ser una respuesta bastante lógica.

—Ya lo entiendo... Pero eso no me preocupa en absoluto. Si ellos tienen esa idea, esto va a ser una guerra de nervios. Da lo mismo una semana, que diez días, o quince...

La mujer encogió con fuerza los dedos de sus pies, que imitaron la ventosa de una rémora. El hombre rio, y en ese momento, mientras reía, sintió náuseas.

¿Por qué diablos estaba tan ansioso y tenso? ¿No se volvía vulnerable el enemigo ante él? ¿Por qué no podía estar en la posición de un tranquilo observador? En fin, si regresaba sano y salvo, valdría la pena escribir estas experiencias.

Bien, maestro, esto sí que es una sorpresa. Conque finalmente se decidió a escribir. La experiencia lo ha formado a usted. Dicen que si no se estimula la piel, ni una lombriz llega a desarrollarse. Gracias; en efecto, hasta he pensado en el título... ¿Ah, sí? ¿Y qué título? *El demonio de las dunas* o *El infierno aterrador de las hormigas*... ¿No le parecen de un tono demasiado grotesco? Me temo que daría una impresión poco seria... ¿Cree usted? Por intensa que haya sido la experiencia, no tiene sentido tratarla solo en superficie. Los héroes de esta tragedia son los aldeanos y si no indica una pauta para la solución del conflicto, de nada le habrá servido su valiosa experiencia... ¡Maldición! ¿Qué le pasa? ¿Estarían limpiando alguna cloaca? ¿O será alguna reacción química especial entre el desinfectante usado en los pasillos y su aliento a ajo? ¿Qué dice? No, no se preocupe. Por más que me empeñe en escribir, nunca seré un escritor... Semejante humildad está fuera de lugar. No hay necesidad de pensar que los escritores son algo especial. El que escribe es un escritor, ¿o no? Bueno, no sé; en general se considera que cuando los maestros de escuela escriben son propensos a hacerlo indiscriminadamente. Eso se debe a que por su profesión se encuentran muy cerca de los escritores... ¿Es eso que llaman educación creativa? Aunque ellos jamás hayan hecho ni una caja de tizas con sus propias manos... ¿Caja de tizas? ¡Qué ocurrencia! ¿No es una buena creación el descubrir qué clase de persona es uno mismo? Gracias a esta

educación, puede tener una nueva sensación, ser capaz de apreciar un nuevo dolor... ¡Pero existe la esperanza! Claro que uno no es responsable de la materialización de la esperanza. A partir de ahí, cada uno tiene que confiar en sus propias fuerzas... Bien, dejemos de lado la autodecepción; de todos modos es un vicio prohibitivo para los maestros... ¿Vicio? Me refiero a los escritores. El decir que uno quiere convertirse en escritor no significa más que el egoísmo de querer diferenciarse de los demás, que son títeres, convirtiéndose en titiritero. No existe ninguna diferencia con el tocado de las mujeres... Eso es severo. Pero si usted usa el término «escritor» en ese sentido debe ser capaz de distinguir hasta cierto punto entre «escritor» y «el que escribe»... ¿Lo ve? Por eso quería convertirme en escritor, porque si uno no logra convertirse en escritor, quiere decir que no tiene necesidad de escribir... Pero ¿cuál es la expresión de un chico que ha perdido la oportunidad de recibir una propina?

XVII

En la parte baja del acantilado se oyó como un ruido de alas. Cogió la lámpara y corrió a ver. Un bulto envuelto en estera había caído sobre la arena; no había señal de que alguien anduviera por ahí. Gritó enseguida, sin recibir respuesta. Desató el paquete. Un paquete cuyo contenido se ignora es como una bomba, y el detonador se llama curiosidad. Solo podía suponer que serían aperos para escalar el acantilado; pensó que los aldeanos, por no atreverse a mostrar la cara, los habían arrojado allí y se habían retirado.

Pero el contenido se reducía a un pequeño paquete envuelto en papel de diario y una botella con tapón de madera; dentro del paquete había tres cajetillas de veinte cigarrillos; aparte de eso, aunque era difícil creerlo, no había nada más. Tomó una punta de la estera y la sacudió con fuerza, pero no cayó más que arena. Esperaba encontrar cuando menos algún mensaje. Nada de eso. En la botella había un sake barato que olía a podrido.

Pero ¿cuál será la intención de esta gente? ¿Será un pacto? Oí que los indios americanos se intercambiaban la pipa en señal de amistad. Y en Japón, el sake forma parte de las celebraciones. ¿Entonces debo tomar esto como una especie de adelanto de su voluntad de llegar a un acuerdo? Por lo general, la gente del campo tiende a ser reservada en cuanto a expresar sus sentimientos en palabras, y en ese sentido, demuestran ser más honestos.

Quedó provisionalmente convencido por sus propios argumentos; los cigarrillos eran lo importante. ¿Cómo había podido pasar una semana sin fumar? Con un gesto habitual abrió la cajetilla, sintiendo la suavidad de un papel como de cera. Un golpe en la cajetilla para expulsar un cigarro. Le tiemblan los dedos que lo toman, lo enciende en la llama de la lámpara; lenta y profundamente aspira, y esa fragancia de hojas caídas inunda todos los rincones de su cuerpo, penetrando en su sangre. Siente los labios entumecidos, y en el fondo de sus ojos cae una pesada cortina de terciopelo. Un mareo lo oprime y lo invade un escalofrío.

Con la botella bajo el brazo, se sostuvo a duras penas sobre sus piernas, que sentía lejanas como si no le pertenecieran, y tambaleándose, regresó a la casa. Su cabeza permanecía sumergida en un aro de vértigo. Trató de ver a la mujer, pero a pesar de su esfuerzo no pudo mirarla de frente; su rostro, que enfocaba oblicuamente con el rabillo del ojo, se le aparecía terriblemente pequeño.

—Es un regalo; mírelo... —Levantó la botella y se la mostró rápidamente—. ¿Qué considerados son! Es para que tomemos una copa anticipando la celebración. ¿No se lo decía? Lo supe desde un principio... Bueno, lo hecho, hecho está... ¿Qué le parece una copa? ¿Me acompaña?

Ella, en lugar de contestar, cerró los ojos. ¿Estaba malhumorada porque no la había desatado del todo? ¡Estúpida mujer! Si me contestara de buen grado aunque fuera una sola vez, la desataría de inmediato. ¿O estaría deprimida por no poder retener al hombre que atrapara con tanto esfuerzo y al que ahora no tenía más remedio que dejar partir? Podría ser... Después de todo, la mujer no tiene más de treinta años y, además, es viuda.

Entre el empeine y la planta del pie de la mujer, se notaba una arruga desagradable. Otra

vez, una risa insensata se apoderó del hombre. ¿Qué tenía de gracioso el pie de la mujer?

—Si tiene ganas de fumar, le puedo prender uno; ¿quiere?

—No, el cigarrillo me seca la garganta —dijo débilmente, sacudiendo la cabeza.

—Entonces le doy agua.

—No, todavía no.

—No tiene que esforzarse en ser discreta. Aunque le haga pasar este mal rato, no tengo nada personal contra usted. Entenderá que esto obedece a un principio de estrategia. Creo que esto me ha servido para que comiencen a ceder un poco...

—Pero de todos modos una vez a la semana reparten sake y cigarrillos por las casas donde hay hombres.

—¿Reparten? —El hombre parecía una de esas moscas grandes y negras que creen estar volando y solo consiguen chocar contra el vidrio. Su nombre científico es *Muscina stabulans*. No ven bien, a pesar de sus ojos enormes. Sin disimular su consternación, exclamó en tono agudo—: ¡Pero no tienen por qué molestarse tanto por nosotros! ¿Acaso no puede cada uno ir a comprarlos?

—El trabajo es bastante fatigoso, y en realidad no deja tiempo para salir de compras... Aparte, como trabajamos por el bienestar de la aldea, la cooperativa del pueblo se ocupa de esos gastos.

¡No se trataba, pues, de un compromiso, sino tal vez de una advertencia para que se rindiera! «No, podía ser algo peor», pensó. Sin duda ya había sido registrado como un componente más del engranaje que mueve la vida cotidiana.

—Le pregunto solo para estar seguro, pero quisiera saber si soy el primero que se encuentra en estas condiciones...

—No... Usted ya sabe que aquí hace falta mano de obra. Los que pueden tener un empleo decente, ricos o pobres, se marchan de aquí, uno tras otro... Después de todo, esta es una aldea pobre llena de arena.

—Entonces, ¿cómo decirle? —dijo en tono defensivo—. ¿Quiere decir que también hay otros atrapados como yo?

—Sí, los hay. Debí de ser el otoño pasado... Un vendedor de tarjetas postales.

—¿Vendedor de tarjetas postales?

—Sí, de una compañía que fabrica tarjetas para turistas; vino a visitar al jefe del gremio local. Nos dijo que si hacíamos propaganda de bellos paisajes para la gente de las ciudades...

—¿Lo cogieron?

—En ese momento la casa vecina estaba en dificultades por no conseguir mano de obra.

—¿Qué pasó entonces?

—Me dijeron que murió al poco tiempo. Tengo entendido que de todos modos no era un hombre fuerte. Y como era época de tifones, el trabajo era más duro aún, por eso...

—¿Y por qué no escapó enseguida?

La mujer no contestó. Tal vez era tan obvio que no merecía respuesta. No escapó porque no pudo. Probablemente eso fue todo.

—¿Algún otro, además de ese?

—Sí... Creo que, a comienzos de año, hubo un estudiante que vino a vender libros.

—¿Un vendedor ambulante?

—Eran como panfletos, a unos diez yenes, con escritos en contra de algo...

—Ah, un miembro del movimiento Devolución al País... Ya sabe, los de la campaña

antinorteamericana... ¿Lo agarraron también?

—Debe estar todavía en el vecindario, tres casas más adelante.

—Por supuesto, le quitarían la escala de sogas.

—Es que los jóvenes no quieren quedarse aquí. Supongo que en las ciudades la paga es mejor, y además hay cines, restaurantes y tiendas abiertos todos los días.

—Pero, entonces, ¿nadie ha logrado escapar de aquí?

—Bueno, sí. Hubo un joven que se fue a la ciudad, incitado por amigos de dudosa conducta. Allí tuvo problemas, hasta que hizo relucir su cuchillo y apareció en los diarios. Después de cumplir condena lo trajeron de vuelta, y ahora vive tranquilo junto con sus padres.

—¿No es de esas personas de las que quiero saber! ¡Le estoy preguntando por los que huyeron de aquí y nunca más volvieron!

—Eso fue hace tiempo; recuerdo que toda una familia se las arregló para escapar de noche. La casa estuvo vacía durante un tiempo, luego empezó a peligrar y ya no fue posible repararla... Realmente es muy peligroso... Una vez que empieza a desmoronarse, es como si se hubiera agrietado un dique.

—¿Y después de eso, no hubo nadie?

—No. Creo que ninguno.

—¿Es absurdo! —las venas de sus orejas empezaron a inflamarse, se le cerraba la garganta. De repente la mujer se dobló como una abeja en desove.

—¿Qué le ocurre? ¿Le duele?

—Sí, esto duele...

Le tocó la mano, que había cambiado de color; luego corrió sus dedos hasta la muñeca y le tomó el pulso.

—Lo siente, ¿verdad? Su pulso es fuerte. No creo que sea nada serio. Lo lamento, pero querría que usted se quejara a los de la aldea, que son los responsables de esto.

—Perdone, ¿no quiere rascarme el cuello, aquí, detrás de la oreja?

Tomado por sorpresa, no pudo negarse. Había una gruesa capa de sudor, como manteca derretida, entre la piel y la costra de arena que la cubría. Tuvo la sensación de haber clavado sus uñas en un melocotón.

—Lo siento, pero, honestamente, no ha habido una sola persona que haya logrado escapar.

Inesperadamente, el vano de la puerta se mostró en líneas pálidas, incoloras, como flotantes: había salido la luna. Era un fragmento de luz, pálida como las alas de una hormiga. A medida que sus ojos se habituaban, todo el fondo del pozo de arena fue adquiriendo una textura aceitosa, brillante como la de un nuevo follaje.

—¡Está bien! ¡Yo seré el primer prófugo!

XVIII

La espera fue dura. El tiempo parecía condensarse en la profundidad de un fuelle interminable. Sin pasar por cada uno de esos pliegues, no podía seguir adelante. Más aún, cada uno de ellos ocultaba una amenaza. Seguir adelante requería un esfuerzo enorme, ya que debía luchar contra esos peligros o evitarlos de alguna manera.

Esperó toda la noche sin que pasara nada y finalmente vio amanecer. La mañana, con su cara aplastada contra el vidrio de la ventana como el vientre de una culebra, parecía reírse de él.

—Perdone, ¿puede darme un poco de agua?

Al parecer se había dormido, aunque brevemente. Su camisa y su pantalón estaban empapados de sudor. Como había olvidado cubrirse la cara, su nariz y su boca estaban áridas como un campo en invierno.

—Perdone, pero, por favor... ¿Puedo?

La mujer también tenía el cuerpo untado en arena, y temblaba con un ruido seco, como si tuviera fiebre. El sufrimiento de la mujer se le transmitía directamente, como si estuvieran conectados por un cable eléctrico. Quitó el plástico que cubría el recipiente del agua y se agarró a él. Quiso enjuagar la boca con el primer sorbo, pero era imposible: lo que escupió fue una pasta de arena. Luego, ya sin importarle mucho, bebió el agua junto con la arena; tenía la sensación de estar tragando piedras. El líquido se transformaba inmediatamente en sudor. La piel de su pecho, costados y espalda, empezó a arderle como si lo estuvieran despellejando.

Después de beber, casi con un sentimiento de culpa, le ofreció agua a la mujer que, sin siquiera enjuagarse la boca, se aferró al pico del recipiente y bebió como una paloma. De tres grandes tragos, se acabó el agua. Por primera vez sus ojos reflejaron un enérgico reproche, cuando lo miró fijamente con las mejillas hinchadas. El recipiente vacío era ligero, como hecho de papel.

Para librarse de la desagradable e incómoda situación, el hombre descendió al suelo de tierra a sacudirse la arena. ¿Intentaría limpiar la cara de la mujer con una toalla húmeda? Sería más razonable que esperar a que la arena fuera arrastrada por el sudor. Dicen que el grado de civilización es proporcional al grado de limpieza de la epidermis. Si el hombre posee alma, esta debe de residir en la piel. Solo recordar el agua le hizo pensar que la piel sucia debía tener miles y miles de ventosas. El vendaje del alma, frío y transparente, pero blando como las plumas de un ave... Un minuto más, y la piel de todo su cuerpo se hubiera podrido y desprendido miserablemente.

Al mirar el interior del recipiente, el hombre lanzó un grito de desesperación.

—¡Pero si está vacío! ¡Completamente vacío!

Introdujo en él la mano y lo revolvió: solo consiguió que la negra arena adherida al fondo le ensuciara las yemas de los dedos. Bajo su piel desilusionada, miles de ciempiés heridos pugnaban por salir.

—¡Esos bastardos olvidaron traernos agua! ¿O es que pensarán traérnosla ahora?

Sabía que hablaba solo para consolarse. Siempre era casi de madrugada cuando el camión de tres ruedas se alejaba, una vez terminado el trabajo. Alcanzaba a ver el propósito de esa gente. Seguramente lo querían poner entre la espada y la pared, cortándole el suministro de agua. Pensándolo bien, ni siquiera les había importado dejar que cavara la arena desde el fondo del pozo, sabiendo perfectamente el peligro que eso representaba para ellos mismos. No podían tenerle la menor consideración. Seguro que no dejarían salir viva a una persona que supiera demasiado; no les quedaba más remedio que llegar hasta el final.

Se detuvo en la entrada de la casa y miró al cielo. Podía apenas distinguir el tinte rojo del sol matutino. Nubes desperdigadas como hilos de algodón... Nada que anunciara una lluvia. Sentía que en cada exhalación su cuerpo perdía humedad.

—¿Qué diablos intentarán hacer? ¿Querrán matarme?

La mujer no cesaba de temblar, quizá porque estaba al tanto de lo que sucedía. Después de todo era una cómplice jugando a ser víctima. ¡Que sufra! Es lo que se merece...

Pero de nada servía si los aldeanos no se enteraban de que ella estaba sufriendo, y no había seguridad alguna de que llegaran a saberlo. Había fundadas razones para pensar que, de ser necesario, no vacilarían en sacrificar a la mujer; tal vez por eso ella estaba asustada. Se sentía como el animal que se lanza hacia un agujero de la cerca queriendo escapar y descubre que es la misma entrada de la jaula... O como el pez que tras golpearse la nariz incontables veces halla que el cristal de la pecera es una pared infranqueable. Por segunda vez estaba desarmado; eran los otros quienes tenían las armas.

Pero hay que conservar la calma. Dicen que los náufragos sucumben al hambre y la sed no tanto por razones fisiológicas como por miedo. La derrota viene solo cuando uno cree que está perdido. Las gotas de sudor le empaparon el rostro. Preocuparse por los centímetros cúbicos de humedad que perdía a causa del sudor indicaba que ya había caído en la trampa del enemigo. No dejaba de ser interesante calcular cuánto tardaría el agua de una copa en evaporarse. No había que hacer que el tiempo corriese más rápido de lo que ya lo hacía.

—¿Quiere que la desate?

La mujer contuvo el aliento, con desconfianza.

—A mí me es igual, pero si quiere la desataré. Con una condición: sin mi permiso, bajo ninguna circunstancia deberá usar la pala. ¿Qué dice? ¿Puede prometerlo?

—¡Por favor! —La mujer, que hasta entonces había mostrado la paciencia de un perro, empezó a rogarle; era como un paraguas volteado por un viento repentino—. Le prometo cualquier cosa. Pero ¡por favor! ¡Por favor!

La cuerda le había dejado marcas violáceas. Permaneció tendida boca arriba, y su primer movimiento fue frotar uno contra el otro sus tobillos. Luego, tomándose las muñecas, continuó desatándose lentamente. Mantuvo las mandíbulas apretadas para no gritar. El sudor brotó copiosamente de su rostro. Gradualmente giró su cuerpo y, levantando las nalgas, quedó a gatas. Por último, con mucho esfuerzo, levantó la cabeza. Por un momento balanceó su cuerpo, siempre en la misma posición.

El hombre permaneció tranquilamente sentado sobre la rampa contigua al suelo elevado. Exprimió la saliva de su boca, y tragó. Trató de repetir la acción, y la saliva tomó la consistencia de una pasta que bloqueó su garganta. No tenía sueño pero sus sentidos, fatigados, parecían papel mojado. Entrecerró los ojos, y el paisaje flotó frente a él en forma de manchas y líneas sucias. Semejante a un paisaje de rompecabezas: había una mujer...

Arena... Un jarrón vacío... Un loco hambriento... Un sol... Y en algún lugar, no sabía en cuál, debía existir también un núcleo de tormenta y líneas discontinuas. ¿Por dónde, en nombre del cielo, empezaría a resolver esta ecuación plagada de elementos desconocidos?

La mujer se levantó y empezó a caminar, tambaleante, hacia la puerta.

—¿Adónde va?

La mujer murmuró algo que el hombre no comprendió. Pero adivinó su pudor. Se escuchaba el suave murmullo de la orina al otro lado de la pared de madera. De algún modo, le pareció que todo era inútil.

XIX

Es muy cierto que el tiempo no puede galopar como un caballo. Pero tampoco puede ir más lento que un carrito empujado a mano. Rápidamente, la temperatura de la mañana llegó a su previsible intensidad, haciendo hervir los sesos, los globos de los ojos, tostando los intestinos y quemando los pulmones.

La humedad que la arena absorbiera por la noche se convertía en vapor y era exhalada de nuevo hacia la atmósfera. La refracción de la luz solar daba a la arena un brillo semejante al del asfalto mojado. Sin embargo, la arena sigue siendo esencialmente la misma inalterada partícula de $1/8$ mm, más seca que la harina tostada en hojalata.

Pronto se produjo el primer derrumbe de arena. Era un ruido al que se había acostumbrado y formaba parte de su rutina diaria, y sin embargo, instintivamente, cruzó una mirada con la mujer. ¿Qué consecuencia traería el no haber sacado la arena durante todo el día? Aunque pensaba que no ocurriría nada serio, no podía dejar de preocuparse. La mujer desvió la mirada en silencio. Daba la impresión de estar enfadada, como queriéndole decir que se preocupara cuanto quisiera, pero por su cuenta. Interrogándola no conseguiría más que fastidiarse a sí mismo. Cuando parecía que el alud de arena iba a acabar en un delgado hilo, de nuevo se extendía en una ancha franja; así se repitió el proceso, hasta detenerse del todo.

En realidad, no era para preocuparse tanto; se sintió aliviado. Pero le asaltó una fuerte palpitación en la cara, seguida de ardor. La idea del sake barato, en el que había tratado de no pensar, súbitamente concentró sus nervios en un solo punto, como una luz flotando en la oscuridad. Cualquiera cosa era buena para humedecer su garganta; de dejar las cosas tal como estaban, podía acabar por consumir la sangre de su cuerpo. Sembraba semillas de sufrimiento, lo sabía, y luego se arrepentiría de ello, pero no podía seguir resistiendo. Destapó la botella, y apoyándola contra sus dientes empezó a beber. Sin embargo su lengua, como un fiel perro guardián, fue sorprendida por el inesperado intruso, y aulló. Estaba sofocado, era como rociar alcohol sobre una herida; pero no resistió el deseo de seguir hasta el tercer trago. ¡Horrible brindis!

Recordando a la mujer, la invitó a beber. Naturalmente ella se negó, con un rechazo exagerado, como si la estuviera forzando a tomar veneno.

Tal como lo temiera, el alcohol en el estómago saltó hasta sus oídos como una pelota de ping-pong, con el zumbido de una abeja. La piel se le endurecía como el cuero de un cerdo. ¡Su sangre se estaba pudriendo! ¡Su sangre perecía!

—¿No puede hacer algo? ¡Tiene que ser horrible también para usted! ¡La he desatado, haga algo!

—Sí, sí... Pero si no consigo que alguien del pueblo nos traiga agua...

—¿Por qué no lo pide entonces?

—Está bien, pero con la condición de que empecemos a trabajar.

—¡No bromea! ¿Dónde les dieron a esos tipos el derecho de hacer este absurdo regateo? ¡Dígalos! No puede, ¿verdad? ¡No tienen ningún derecho, y usted lo sabe!

La mujer bajó la vista, sin despegar los labios. ¡Qué situación! El cielo, apenas visible desde la puerta, había perdido su color azul, y refulgía como el blanco de la base de una concha. Suponiendo que la obligación fuera el pasaporte del hombre, ¿por qué demonios tenía que obtener el visado de los aldeanos? La vida humana no deben de ser esos papeles sueltos. Es como un diario cerrado, y es suficiente una página para ser la primera página de cualquier libro... No, no es necesario cumplir con la obligación de una página que no continúa a la anterior. Uno no puede sentirse involucrado cada vez que alguien está muriéndose de hambre... ¡Al diablo con todo! Lo que quería era agua... Pero aunque tuviera el agua, con eso no poseería suficientes cuerpos para asistir a los servicios funerarios de todas las personas que son ajenas a uno.

Empezó otro derrumbe de arena.

La mujer se puso de pie y descolgó una escoba de la pared.

— ¡No puede trabajar! Lo había prometido, ¿no es cierto?

— Es por el colchón...

— Es que si no duerme un poco...

— ¿El colchón?

— ¡Cuando tenga sueño, ya sabré qué hacer!

Sintió que la tierra temblaba y se puso tieso. Por un momento todo a su alrededor quedó nublado por la arena que caía del techo. Por fin aparecieron las consecuencias de no haber cavado el día anterior; perdida su vía de escape, la arena se desmoronaba. Las juntas de vigas y columnas gemían agónicamente; pero a la mujer, con la vista fija en el umbral, no se la veía especialmente preocupada. Todo indicaba que la arena presionaba solo los cimientos de la casa.

— ¡Malditos! ¿De veras pensarán seguir así?

¡Su temerario corazón! Dando saltos como una liebre asustada que no puede estarse quieta en su cueva, dispuesto a meterse en cualquier parte, no importaba dónde, en su boca, en sus orejas, hasta en su trasero. La saliva se le hacía más pastosa. Pero su garganta seguía tan reseca como antes; quizá la sed había sido neutralizada con la ebriedad causada por el sake barato. No bien cesaran los efectos del alcohol, todo él estallarían de nuevo en llamas y quedaría reducido a cenizas.

— Deben de sentirse orgullosos... Hacer estas cosas... Hasta un ratón tiene más sesos... ¿Qué harán si llego a morir?

La mujer levantó la cara como si fuera a decir algo, pero volvió a su silencio. No había creído necesario contestar.

— Está bien... Pero si no hay más que un solo fin inevitable, me dedicaré a intentarlo todo.

Tomó otro trago de la botella, y arrebatado corrió fuera de la casa. Retrocedió tambaleante, como si hubiera recibido un balazo en los ojos. La arena, que se volcaba en las huellas dejadas por sus pies, empezó a arremolinarse. Allí debe de ser donde anoche atacó y maniató a la mujer. También la pala debió quedar hundida en ese lugar, pensó. El desliz había cesado por un momento, pero, en la pared del lado del mar, la arena continuaba su pequeño aunque incesante fluir; de vez en cuando, con el viento, una capa se desprendía de la pared como un jirón de tela. Teniendo cuidado de no provocar un derrumbe, empezó a tantear la arena con la punta de los pies.

Hurgó a bastante profundidad, sin encontrar ninguna resistencia; tal vez era a causa del

derrumbe. Los rayos directos del sol pronto se volvieron intolerables. Las pupilas se le estrujaron. Su estómago empezó a bailar como una medusa. Un dolor violento taladraba su frente... No, ya no debía transpirar más... Había llegado al límite. ¿Dónde habré dejado la pala? La llevé pensando defenderme con ella... Sí, entonces, debe de estar allí. Siguiendo el ras del suelo, vio de pronto una zona con la forma de una pala.

Iba a escupir, pero se contuvo a tiempo. Debía retener cualquier cosa que encerrara algo de humedad; separó la arena mezclada en la saliva poniéndola entre los dientes y los labios, y con las puntas de los dedos sacó solo esa porción atascada entre los dientes.

La mujer, en una esquina de la habitación, mirando hacia el lado opuesto, se dedicaba a hacer algo con la parte delantera de su kimono; tal vez aflojaba el cordón de la cintura para desalojar la arena acumulada. El hombre empuñó la pala por la mitad del mango, y llevándola a la altura de sus hombros, apuntó a la pared donde estaba la entrada de la casa.

La mujer gritó detrás, pero el hombre hundió la pala, con toda su fuerza; la pared cedió con suma facilidad, como si fuera un pastel. Lavada por la arena, tenía aspecto de nueva, pero era evidente que se estaba pudriendo.

—¿Qué se propone?

—Sacar algunas tablas para hacer una escalera.

Lo intentó de nuevo en otro lugar. Era lo mismo; parecía tener razón la mujer cuando decía que la arena podía pudrir la madera. Si así estaba la pared más expuesta al sol, podía imaginarse cómo estaría el resto. Era extraordinario que una cosa tan blanda pudiera mantenerse en pie; inclinada y torcida como estaba, se diría que paralizada de un lado. Aunque podía suceder que estructuras endebles como estas fueran dinámicamente posibles, desde el momento en que se habla en estos días de casas de plástico y papel, pero...

Si las tablas de la pared no sirven, se dijo, probaría con los travesaños.

—¡Por favor, eso no, no puede hacerlo! ¡No lo haga!

—Pero si de todos modos vamos a acabar sepultados en la arena.

Sin hacerle caso, levantó el brazo para dar el golpe, pero la mujer, gritando, se arrojó violentamente sobre él. El hombre lanzó codazos y retorció su cuerpo, intentando quitársela de encima, pero de alguna manera lo había calculado mal, ya que fue él quien resultó sacudido.

Quiso contraatacar, pero la mujer no se despegó de la pala, como si estuviera encadenada a ella. No alcanzaba a comprender lo que pasaba. Por lo menos no podía ser vencido por la fuerza. Después de rodar juntos dos o tres veces por el suelo, pensó que podía dominar a la mujer sujetándola por la espalda, pero ella, usando el mango de la pala como escudo, fácilmente invirtió la situación. Algo le fallaba; tal vez fuera el alcohol... Ya había olvidado que su contrincante era una mujer, e instintivamente, lanzó un golpe con la rodilla flexionada.

La mujer gritó, y súbitamente aflojó su fuerza. Aprovechando el momento, el hombre se levantó y se colocó encima de ella. Los senos de la mujer quedaron al descubierto, y sobre la piel sudorosa y cubierta de arena se deslizaron las manos del hombre.

De repente, como cuando se atasca un proyector de cine, ambos quedaron inmóviles: un instante petrificado que podía durar indefinidamente si uno de los dos no hacía algo. El hombre sintió la consistencia de sus senos debajo de su estómago; su sexo, como si fuera algo vivo e independiente, aguardó expectante. Dependiendo de un pequeño movimiento, la lucha por la pala podía convertirse en otra cosa totalmente distinta.

La garganta de la mujer se hinchó al tratar de tragar saliva. El sexo del hombre sintió que esa era la señal para actuar, pero la voz ronca de la mujer lo interrumpió.

—Las mujeres de la ciudad... son bonitas, ¿verdad?

«¿Las mujeres de la ciudad?». Súbitamente, se avergonzó. La fiebre de su miembro erecto se fue aplacando. Parecía que el peligro había desaparecido sin mayores problemas. No sabía que la influencia del melodrama pudiera sobrevenir aun en este páramo arenoso. En su mayoría, las mujeres parecen estar convencidas de que, cada vez que abren los muslos, tienen que usar el marco del melodrama para lograr que el hombre reconozca su valor. Pero en realidad, esta patética e inocente ilusión convierte a las mujeres en víctimas de la violación espiritual, unilateral.

Con *aquella* otra mujer, siempre había usado preservativo, pues no estaba seguro de haberse curado completamente de su enfermedad venérea; aunque los resultados de los exámenes resultaban invariablemente negativos, después de orinar sentía un dolor repentino en la uretra, y en el tubo de ensayo aparecían ocasionalmente las temidas partículas flotantes, como hilillos blancos. El doctor había diagnosticado trastornos nerviosos, pero él no se libraba de la sospecha de que seguía con el mismo problema.

—Bueno, el instrumento está hecho a nuestra medida, ¿no crees? —Ella era de mandíbula y labios pequeños, de piel transparente, como trasluciendo la sangre. Calculando el efecto, agregó con cierta malicia—: Nuestras relaciones parecen un intercambio de muestras comerciales, ¿no? Si no te gusta, lo devuelves en cualquier momento; o bien te decides por una mercancía envuelta en plástico, sin abrirla. Dudas de lo que hay dentro, no sabes si merece confianza; te preguntas si no te arrepentirás después de comprarlo.

Pero a decir verdad, ella no podía estar satisfecha con ese tipo de relación. Él recordaba el olor a desinfectante del burdel, mientras con injustificado apremio se abotonaba el pantalón, y ella quedaba todavía tendida en la cama, desnuda, con la toalla entre los muslos...

—¿No estaría bien que de vez en cuando te sintieras como alguien que trata de vender a la fuerza?

—No, no me gusta vender a la fuerza...

—Pero ya te has curado, ¿no es cierto?

—Si realmente lo crees así, ¿por qué no optamos por hacerlo sin protección?

—¿Por qué te empeñas en tomar responsabilidades?

—¿No te dije ya que no quiero vender a la fuerza?

—Es extraño... ¿Qué tengo que ver yo con tu enfermedad?

—Podrías tenerla tú...

—¡No digas tonterías!

—Bueno, bueno; de todas maneras, me resisto a vender a la fuerza.

—Entonces, ¿quieres decir que no piensas sacarte el sombrero en toda tu vida?

—¿Por qué no cooperas un poco más? Si nos acostamos juntos, lo natural es que seas cariñosa conmigo, ¿no te parece?

—En otras palabras, eres un enfermo venéreo imaginario... Hablando de otra cosa, puede que mañana tenga que trabajar fuera de mis horas...

Conque enfermo venéreo imaginario, pensó en medio de un bostezo... Para provenir de ella, es algo acertado. Pero nunca sabrá cuánto me ha lastimado esa expresión... Para empezar, una enfermedad venérea es lo exactamente opuesto al melodrama. Es incluso la

prueba más contundente y desesperada de que el melodrama no existe en este mundo. La enfermedad venérea, sigilosamente importada en las carabelas de Colón a los pequeños puertos, se extendió con diligencia por todo el mundo, llegando con cada uno de los tripulantes... Tal vez la única igualdad posible entre los hombres sea la que imponen la muerte y la enfermedad venérea... Esta última es una responsabilidad colectiva de la humanidad. Y sin embargo, ella se resiste totalmente a admitirlo. Se encierra en su mundo de fábulas del otro lado del espejo, donde es protagonista... Y yo me quedo en este lado, solo, a merced de mi enfermedad venérea imaginaria. Por eso mi miembro al descubierto se desinfla y se da por vencido. Ella, al reflejarme, me hace impotente... La inocencia de la mujer se vuelve un enemigo del hombre.

XX

Su rostro estaba tieso, como almidonado; su respiración era un huracán, y su saliva tenía un gusto seco, a azúcar quemado... ¡Qué pérdida de energía! Todo un vaso de agua se le había evaporado en sudor. La mujer se levantó lentamente, inclinando el rostro; tenía la cabeza cubierta de arena a la altura de los ojos del hombre. Se sonó la nariz con los dedos, y, a cambio de papel, recogió un poco de arena para frotar sus manos. El pantalón fue resbalando desde su cadera encorvada.

El hombre apartó la vista, molesto. Aunque no sería correcto decir que solo estaba fastidiado; una rara sensación, diferente a la sequedad, permanecía en la punta de su lengua. Había sentido el vigor en su miembro aunque fuera por un instante y sin el artefacto de goma, antes de que lo frustraran las estúpidas palabras de la mujer. Aún guardaba algo de ese calor. Llamar a esto una revelación podía ser exagerado, pero merecía su atención por el momento.

No se consideraba un degenerado, pero no estaba dispuesto a conformarse con la sola violación espiritual. Era igual que comer tapioca sin sal. La violación espiritual encierra la imposibilidad de herir a la mujer sin herirse a sí mismo. Y por si eso no bastara, ¿por qué demonios tenía que contraer una imaginaria enfermedad venérea? Eso era como llover sobre mojado, ser insultado tras ser golpeado. ¿Será cierto que las glándulas de una mujer son tan débiles que sangran solo con que un hombre la mire?

Presentía vagamente que había dos clases de deseo sexual. Por ejemplo, según Círculo de Möbius, cuando se trata de cortejar a una mujer, siempre se empieza con lecciones sobre el gusto y la nutrición... Esto es, antes de tratar directamente el sexo. La comida existe en términos generales para un hambriento, y allí no cuenta el gusto de la carne de Kobe o de las ostras de Hiroshima; solo después de llenar el estómago, uno empieza a discernir sobre las diferencias en los sabores particulares de cada una de las cosas. Lo mismo ocurre con el deseo sexual, que aparece primero como un deseo sexual y luego da lugar a los gustos sexuales particularizados. Tampoco se puede discutir el sexo en términos generales; depende del momento y del lugar. A veces se necesita una dosis de vitaminas... A veces un bol de arroz con anguila. Era una teoría muy bien sistematizada, pero desgraciadamente ninguna de sus amigas había mostrado disposición para experimentar con el deseo sexual generalizado o algún otro en particular. Y era natural; ningún hombre o mujer puede ser seducido solo por una teoría. Hasta el ingenuo Círculo de Möbius, a pesar de saberlo, seguramente seguía tocando timbres de casas vacías, solo porque no deseaba cometer la violación espiritual.

Obviamente, él tampoco era tan romántico como para soñar con relaciones sexuales puras. Eso se puede hacer cuando uno está ante la muerte... Así como el bambú produce semillas cuando está a punto de secarse. O el ratón hambriento va de un lugar a otro copulando frenéticamente. Como los reyes o gobernantes que viven en una torre y se dedican a crear su propio harén. Como los soldados que esperan el ataque del enemigo y se masturban aprovechando los pocos y preciosos minutos que les quedan...

Pero, por fortuna, el hombre no está expuesto continuamente al peligro de muerte. Ya ni en invierno tiene el hombre qué temer; ha logrado superar la incitación al sexo que era producto de las estaciones. Sin embargo, toda vez que la lucha termina, las armas se convierten en estorbos. Surgido el orden, el hombre ha adquirido el derecho de controlar el sexo y la fuerza bruta, sustituyendo a la naturaleza. De esta manera, la relación sexual se vuelve algo parecido a un billete de tren, que ha de picarse cada vez que se usa. Desde luego, es preciso comprobar la autenticidad del billete, pero tal comprobación resulta de un complicado proceso que se maneja a base de engorrosos certificados: contratos, licencias, tarjetas de identificación, certificados de títulos, autorizaciones, registros, pasaportes, certificados de asociación, cartas de recomendación, vales, escrituras de arrendamiento, permisos temporales, consentimientos, declaraciones de rédito, certificados de depósito y hasta testimonio de linaje... De lo que se trata es de movilizar cualquier tipo imaginable de papel.

Gracias a esto, el sexo queda sepultado bajo un manto de certificados, igual que la carcoma. Si esto bastara no habría problemas, pero es dudoso que ello anule la necesidad de certificados. ¿O es que todavía hay algo que hemos olvidado declarar? Hombres y mujeres son presa de celos opresivos, sospechando constantemente alguna omisión intencional por parte del otro. Para probar la honestidad, se llega al extremo de inventar un nuevo certificado. Nadie sabe dónde termina la cosa... En definitiva, debemos creer que los certificados son infinitos.

(*Ella* me acusó de ser demasiado argumentador, pero no soy el argumentador, sino los hechos mismos.)

—Pero ¿no es eso lo que llaman un deber del amor?

—¡Qué disparate! Es lo que queda después de hacer desaparecer las restricciones por un proceso de eliminación. Si eres tan escéptica, lo mejor es no confiar desde el comienzo.

No hay obligación de seguir hasta el punto —por otra parte de mal gusto— de ofrecer el sexo envuelto como un regalo. Planchémoslo también todas las mañanas... Cuando uno pasa el brazo por la manga, el sexo ya es cosa vieja, por lo tanto hay que ensalivar las arrugas, y entonces el sexo aparentaría ser algo nuevo, para volver a envejecer de inmediato. ¿Hay acaso obligación de escuchar tales indecencias?

Por supuesto, si uno creyera que este reglamento y este orden ofrecen alguna garantía para la vida, aún se podría pensar en algo para llegar a un compromiso. Pero ¿cómo es la realidad? Desde el cielo caen astillas de muerte, y sobre la tierra las formas de la muerte abundan a nuestro paso. También en lo sexual uno siente una vaga premonición, una sensación de haberse quedado con un cheque falso; y uno empieza a falsificar pases y billetes, porque se siente sexualmente insatisfecho. Vaya un buen negocio; o uno admite la violación espiritual como un mal necesario, o la mayoría de los matrimonios deja de funcionar. Los que están de acuerdo con la libertad del sexo tampoco se diferencian gran cosa; lo único que hacen es dar una justificación racional a las violaciones recíprocas. Aceptando este punto de vista, se podría llegar también al goce; pero la libertad ligada a una constante preocupación —como una cortina que no cierra bien— puede producir un psicópata sexual, y ya no queda para su órgano ni la oportunidad de quitarse el sombrero y descansar.

Al parecer, la mujer percibió el estado emocional del hombre. Dejó de ajustarse el pantalón, y el extremo del cordel que había desatado cayó blandamente entre sus manos. Lo

miró desde abajo con ojos de liebre; el parecido estaba no solo en el modo de mirar, sino también en los párpados enrojecidos. El hombre le devolvió una mirada en la que el tiempo se había detenido. Un olor punzante, como de ternilla hervida, rodeó a la mujer.

Sujetando siempre el cordel, la mujer pasó de soslayo hacia la habitación, y empezó a quitarse el pantalón, naturalmente, con movimientos que parecían continuar una acción anterior. «Este es un verdadero tipo de mujer», piensa el hombre, frotándose las manos mentalmente. Pero una rápida reflexión lo alertó: «¡Estúpido! En momentos como este no se pierde el tiempo, si no se quiere arruinarlo todo». Apresuradamente se llevó las manos al cinturón.

Si esto hubiera sucedido ayer, habría pensado que se trataba de una comedia, como los hoyuelos y las risas contenidas; y puede que en efecto esa sea la verdad. Pero el hombre no quiso pensar de esa manera. En realidad, la etapa de negociar con el cuerpo de la mujer había pasado hacía tiempo; ahora, la fuerza bruta y no una forma de conciliación decidiría las situaciones. Habría razones suficientes para pensar que las relaciones entre ambos podían ser de tácito acuerdo, sin regateos.

Junto con sus pantalones, un puñado de arena cayó de la base del pene a lo largo de sus muslos. Subió un tufo como de calcetines mohosos. Lenta y firmemente su miembro empezó a llenarse, con la sensación del agua que sale de una cañería después de estar obstruida. Sin cobertura, su miembro apuntó, desplegó sus alas y se adhirió al dorso de la mujer, que ya estaba desnuda.

¿Se goza? ¡Por supuesto que sí! Todo parece encajar a la perfección, como dibujado sobre un papel cuadriculado: la respiración, el tiempo, la habitación, la mujer..., todo. ¿Sería esto lo que Círculo de Möbius llamaba deseo sexual general? Podría ser; pero ¡qué nalgas redondas y firmes! Ni comparar con las de aquellas pobres frustradas que uno levanta en la calle...

La mujer se apoyó en una rodilla y empezó a quitarse la arena a partir del cuello, con una toalla que había enrollado como una pelota. De repente, hubo una nueva avalancha de arena, estremeciendo con su rugido toda la casa. ¡Qué interferencia más inoportuna! Ante sus ojos, una nube de arena blanqueó la cabeza de la mujer, cubriendo también sus hombros y sus brazos. No tuvieron más remedio que esperar, abrazados.

El sudor empapó esa arena, y nuevamente otra capa de arena lo iba cubriendo. Temblaron los hombros de la mujer, y él sintió un tremendo calor, como agua hirviente a punto de volcarse. No podía entender esa terrible atracción de los muslos de la mujer... Quería arrancarse los nervios de su cuerpo, y uno por uno enroscarlos en esos muslos... Pensó que así sería el apetito de los animales carnívoros: vil, voraz, como un resorte listo para saltar. Se trataba de algo que no había experimentado con *aquella*. Sobre aquella cama, con la otra, se sentían un hombre y una mujer... Un hombre y una mujer que están viendo; un hombre mirándose a sí mismo en el momento de la experiencia y una mujer mirándose a sí misma en el momento de la experiencia... Una mujer viendo a un hombre que se mira a sí mismo y un hombre que mira a una mujer que también se observa a sí misma... Todo esto reflejado en espejos encontrados... La conciencia infinita del acto sexual... Afortunadamente el deseo sexual, con su historia de cientos de millones de años a partir de la ameba, no se va a extinguir tan fácilmente. Pero lo que necesitaba ahora, se dijo, era una pasión feroz, una excitación que hiciera clavar sus nervios entre los muslos de la mujer.

La avalancha cesó; y como si hubieran esperado esa señal, el hombre ayudó a la mujer a

quitarse la arena del cuerpo. Ella lanzó una risa ronca. A medida que las manos del hombre iban pasando de los senos a las axilas, y de ahí hacia la cadera, para continuar más allá, los gestos se hacían más intensos y prolijos; los dedos de la mujer, en torno al cuello del hombre, se fueron crispando, hasta que ella lanzó un gemido de sorpresa.

Cuando fue el turno de la mujer, el hombre cerró los ojos y esperó, pasando su mano sobre el duro y áspero cabello femenino.

Un espasmo, luego otro, la misma, invariable repetición, a la que se había consagrado soñando con otra cosa, comer, caminar, dormir, tener hipo, gritar: copular...

XXI

Las convulsiones de la humanidad siguen acumulando capas interminables de fósiles. Ni los dientes de los dinosaurios ni los glaciares tenían el poder de contener el impulso reproductor con sus gritos y sus éxtasis. Finalmente, una blanca luz de bengala estremeció su agitado cuerpo. Un enjambre de meteoros se esparció, penetrando en la oscuridad sin límites... Estrellas herrumbrosas de color naranja... Un coro alcalino...

El resplandor se arrastró y por fin desapareció. Las manos de la mujer, palmeándole las nalgas para excitarlo, de nada servían ya. Sus nervios, que se habían desplazado al encuentro de la ingle de la mujer, se habían consumido como un rábano congelado por la escarcha, paralizando su miembro aprisionado. Ella siguió presionando con sus caderas tratando de aferrar al hombre, hasta que también acabó exhausta, satisfecha, sin aliento.

Un trapo viejo que se pudría tristemente detrás de una cómoda, una avenida frente al velódromo, por donde solía regresar cubierto con el polvo del arrepentimiento...

Después de todo, nada había comenzado, nada había terminado. Como si no fuera él quien había satisfecho sus deseos, sino alguien totalmente ajeno que había tomado prestado su cuerpo; el sexo, por su naturaleza, no se definía en cada cuerpo sino según las especies. El individuo, terminada su tarea, debe volver de inmediato a su situación anterior. Solo los fieles regresan a la satisfacción. Los tristes vuelven a la desesperación. Los que estaban muriendo, a su lecho de muerte... En realidad, no entendía cómo una farsa semejante llegaba a considerarse amor desenfrenado. ¿Y en esta gran pasión habría algo mejor que la comunicación de los sexos? Si así fuera, más valdría ser un asceta de vidrio.

Se había adormecido brevemente, rodando sobre el sudor y las secreciones que olían a aceite de pescado rancio. Había soñado: era acerca de un vaso roto, un pasillo cuyo suelo de madera empezaba a combarse, un baño público con el excusado desbordando heces, un lavabo que no lograba localizar, aun cuando alcanzaba a oír el ruido del agua. Había un hombre que corría llevando una cantimplora; cuando él le pidió un solo trago de agua, aquel, con un gesto de langosta, se alejó corriendo.

Cuando despertó, una sustancia caliente y pegajosa se derretía bajo su lengua; la sed había vuelto con más intensidad... ¡Quería agua! Agua cristalina, brillante, con sus plateadas espuelas de aire subiendo desde el fondo del vaso. Él era una cañería de agua vacía boqueando como un pez en una casa abandonada cubierta de polvo y de telas de araña.

Al levantarse sintió sus pies y sus manos como pesadas bolas de agua. Recogió la tetera que estaba volcada en el suelo de tierra y la inclinó hacia su boca. Más de treinta segundos pasaron, y por fin solo dos o tres gotas de agua cayeron para humedecer la punta de la lengua, que estaba tan seca como un papel secante; la garganta, que aguardaba ansiosa y esperanzada, se convulsionó como enloquecida.

Frenético, el hombre exploró los rincones de la cocina alrededor del lavadero, buscando cualquier cosa que pudiera proporcionarle agua. Agua, la más simple de todas las combinaciones químicas; no sería imposible encontrar un poco de ella en alguna parte, como una moneda olvidada en un cajón del escritorio. ¡Hela aquí! Olor a agua,

atropelladamente arañó un poco de arena húmeda que quedaba en el fondo del jarrón, y se llenó la boca de ella. La náusea lo dominó. Con el estómago revuelto, su cuerpo se dobló, mientras entre lágrimas vomitaba un líquido amarillo.

El dolor de cabeza se extendió sobre sus ojos como un alero de plomo. Por lo visto, la pasión había preparado el camino al colapso. Inmediatamente el hombre se apoyó sobre sus manos y rodillas y comenzó a cavar como un perro en la arena del suelo. Cuando la profundidad alcanzó a sus codos, encontró una arena oscura y húmeda; hundió en ella la cara y apoyó su frente febril, aspirando profundamente. Le asaltó la idea de que tal vez en su vientre el oxígeno y el hidrógeno se podían combinar químicamente.

—¡Maldita sea! ¡Han usado un sucio truco! —barboteó con las uñas clavadas en sus palmas, y se volvió hacia la mujer—. ¿Qué diablos piensas hacer? ¿De verdad ya no hay agua en ninguna parte?

La mujer habló como susurrando, volviendo el torso mientras cubría sus muslos con el kimono.

—No, no hay.

—¿Que no hay? ¿Crees que las cosas se arreglan así? Esto ya es cuestión de vida o muerte... ¡Mierda! ¡Haz algo y pronto! ¡Por favor! ¡Te lo estoy suplicando!

—Es que, si reanudáramos el trabajo... Enseguida podrían ellos...

—Está bien, tú ganas... No hay remedio, me rindo... —No quería morir así; después de todo no era una sardina seca. Sinceramente, en realidad no se había rendido, pero estaba dispuesto a cualquier farsa con tal de conseguir el agua—. De veras, me rindo. Pero no admito esperar hasta la hora del reparto regular. En primer lugar, ¿quién puede trabajar en estas condiciones? Comunícate con ellos, pronto, por favor. ¿Acaso no tienes sed tú también?

—En cuanto empecemos a trabajar, ellos sabrán comunicarse con nosotros... Siempre hay un vigía con binoculares en la torre de incendios.

—¿La torre de incendios?

Dicen que más que las puertas de hierro, más que las paredes, es la mirilla lo que hace sentir su encierro al prisionero. Turbado, el hombre echó una rápida ojeada a sus recuerdos de la aldea.

Recordaba el horizonte de cielo y arena; no había allí ningún sitio para una torre de incendios. No podía creer que él y la mujer pudieran ser observados desde fuera, cuando ellos no podían ver a nadie desde donde estaban.

—Lo reconocería de inmediato si echara una mirada desde el borde del acantilado de atrás.

El hombre se inclinó dócilmente y recogió la pala. Convertirlo en una cuestión de dignidad después de todo lo que había pasado era lo mismo que planchar una camisa sucia. Salió como si alguien lo estuviera persiguiendo.

La arena ardía como una olla vacía puesta al fuego; su resplandor lo dejó sin aliento. El aire que le llenaba las narices olía a jabón, pero cada paso que daba se acercaba más al agua. Cuando estuvo bajo el acantilado que daba al mar, miró hacia arriba y pudo distinguir la punta negra de una torre, casi tan grande como el extremo de su dedo meñique. Aquella especie de espina sobresaliente era sin duda un vigía. ¿Lo habría visto ya? Seguramente esperaría este momento con anticipado regocijo.

Dirigiéndose a la «espina», el hombre blandió la pala por encima de su cabeza, agitándola

enérgicamente. Colocó la hoja de la pala en un ángulo calculado para que se reflejara en los ojos del vigía. Una película de mercurio se extendió por el fondo de sus ojos... ¿Qué estará haciendo la mujer? Ya podría venir a ayudarme...

De pronto, una sombra fresca cayó sobre él como un pañuelo mojado; era una nube que cruzaba, no más que una hoja empujada por el viento hacia una esquina del cielo. ¡Maldición! Si por lo menos lloviera, no las vería tan duras. Extendería sus manos y las llenaría de agua... Franjas de agua sobre los vidrios de las ventanas... Pilares de agua saltando en los canales de los aleros... La lluvia que salta sobre el asfalto...

No supo si estaba soñando o era su pensamiento vuelto realidad, pero de pronto sintió una conmoción a su alrededor. Cuando alcanzó a razonar, comprendió que estaba en medio de un derrumbe de arena. Buscando protección bajo el alero de la casa, se apoyó en la pared. Sentía sus huesos molidos, como las espinas de algunos pescados enlatados. La sed estalló en sus sienes, dejando fragmentos dispersos, como un punteado en relieve en la superficie de su conciencia. Apretó los dientes, se sostuvo el estómago con las manos y logró por fin dominar la náusea.

Oyó la voz de la mujer gritando a alguien frente al acantilado. Alcanzó a mirar hacia arriba por entre los pesados párpados. El mismo viejo que lo trajera a él cuando llegó a la aldea bajaba ahora un balde en la punta de una cuerda. ¡Agua! ¡Por fin había llegado! El balde se inclinó, golpeó ligeramente en el acantilado y formó una mancha sobre la arena. Era agua, sin duda, agua verdadera... Con un grito el hombre corrió —casi suspendido en el aire— a alcanzarlo.

Cuando estuvo cerca, empujó a la mujer, le puso un pie encima y detuvo el balde firmemente con ambas manos. Apenas pudo desatar la cuerda antes de hundir, impaciente, la cara en el líquido, mientras su cuerpo se sacudía como una bomba de agua. Levantó la cara para tomar aliento. Cuando levantó la cara por tercera vez, con el agua brotándole literalmente de la nariz y de las comisuras de la boca, tosió dolorosamente. Se le doblaron las rodillas y cerró los ojos. Llegado su turno, la mujer no se quedó atrás y, como si todo su cuerpo fuera un émbolo de goma, en un instante bebió la mitad del contenido.

Cuando la mujer volvía a la casa, llevando el balde, el anciano empezó a recoger la cuerda. En ese instante el hombre dio un salto y la sujetó.

—¡Espere! —le rogó—. Un momento; quiero que me escuche. Espere, por favor; solo quiero que me escuche.

El viejo entendió, y sus manos se detuvieron. Pestañeó con cierto aire de confusión, pero permaneció casi inexpresivo.

—Puesto que me han dado el agua, haré lo que se espera de mí. Quiero que me escuche partiendo de esta promesa. Lo cierto es que ustedes se han equivocado de cabo a rabo. No olviden que soy un maestro. Mis colegas y el sindicato me esperan, así como el Consejo de Educación y la Asociación de Padres de Alumnos. ¿Suponen ustedes que la gente aceptará mi desaparición sin hacer nada?

El viejo se pasó la lengua por los labios y gesticuló con indiferencia; aunque, en realidad, tal vez no se trataba de una mueca ni de una sonrisa, sino simplemente de arrugas que se formaban alrededor de sus ojos para defenderlos de la arena que volaba con el viento. Pero al hombre desesperado ni una sola arruga le pasaba inadvertida.

—¿Qué? ¡Qué pasa! No puedo creer que no entienda que están cometiendo casi un asesinato.

—¿Por qué? Han pasado ya diez días, y no hay noticias de la policía local —dijo el viejo articulando minuciosamente cada palabra—. Y si pasaron diez días y no hay noticias, entonces podemos considerar que...

—No han pasado diez días, ¡solo una semana!

El viejo calló. En realidad, un diálogo en estas condiciones no podía servir de nada. El hombre contuvo su impaciencia y dijo, controlando su voz:

—Bueno, es cosa de poca importancia... ¿No querría bajar para poder conversar con más comodidad? No haré nada incorrecto, se lo prometo. Aunque quisiera, no podría; estoy indefenso ante ustedes, ¿no es así?

El viejo seguía callado; el hombre se empezó a inquietar.

—No es que no comprenda lo importante que es para la aldea el trabajo de quitar la arena. Ya sé que es cuestión de vida o muerte. Es un asunto muy serio. De veras lo comprendo. Si no me hubieran forzado, incluso hubiera cooperado voluntariamente... ¡Es la verdad! Es humano cooperar cuando se ve que las cosas están como están, ¿no es cierto? Pero, a pesar de eso, ¿realmente creen que es esta la única forma en que puedo colaborar con ustedes? No lo creo... ¿No han pensado en algo más efectivo? ¿Acaso no se dice: «el hombre adecuado en el lugar adecuado»? Si a un hombre no lo ponen en el lugar que le corresponde, destruyen su voluntad de colaboración... ¿No es cierto? ¿No habría mejor manera de usarme, sin que corrieran este riesgo?

No se sabía si el viejo lo había oído; volvió la cabeza distraídamente e hizo un movimiento como de sacudirse un gatito juguetero. ¿O estaría nervioso quizá a causa del vigía de la torre? ¿O es que le incomodaba la idea de que los vieran conversando? Lo dudaba.

—Óigame bien: estoy de acuerdo en que es importante limpiar la arena. Pero eso es un medio, no un fin. El propósito de ustedes es saber cómo contener la amenaza de la arena. ¿Eh? Es eso, ¿verdad? Afortunadamente, hice algunos estudios sobre la arena; tengo mucho interés en el tema, por eso he venido a un sitio como este. Bien, podríamos decir que actualmente la arena ejerce una extraña fascinación sobre la gente. Habría modos de aprovechar eso. Podría convertirse el lugar en un centro turístico... En pocas palabras, es necesario que cambien por completo su forma de pensar.

El viejo abrió los ojos y contestó con desgana:

—Un lugar turístico debe tener baños termales. Además, todos saben que los únicos que sacan provecho de los turistas son los comerciantes y los forasteros.

Quizá fuera su imaginación, pero sintió que el viejo se estaba burlando de él. De repente recordó la historia del vendedor de tarjetas postales, que había enfermado y muerto allí mismo.

—Está bien; por supuesto, solo quise darles un ejemplo de lo que pueden hacer. También se puede pensar en ciertas cosechas adecuadas a las propiedades específicas de la arena... En resumen, lo que quiero decir es que no tienen por qué apegarse forzosamente a esta vieja forma de vida.

—Hicimos toda clase de estudios. Tratamos de cultivar cacahuete, bulbos y cosas por el estilo. Incluso tulipanes, que hasta me gustaría mostrarle para que vea cómo crecen aquí.

—¿Y qué han pensado de una barrera que los proteja de la arena? Hablo de una barrera duradera auténtica... ¿Sabe? Tengo una amiga periodista. Se podría usar la prensa para mover la opinión pública en favor de ustedes.

—No importa cuánta simpatía obtengamos del resto del mundo; nada cambiará si no conseguimos ayuda monetaria.

—Por eso le estoy diciendo que es necesario promover una campaña.

—Puede ser; pero según los reglamentos burocráticos, el daño causado por las tormentas de arena no está incluido en el presupuesto de ayuda por desastres.

—¡Pues deben hacer que lo reconozcan!

—¿Qué puede hacer una prefectura tan pobre como esta? Estamos muy disgustados. En todo caso, este es el método más barato. Si esperamos a que las oficinas del gobierno sigan sus trámites, no habrá ni rastro de nosotros cuando terminen el presupuesto.

—¡Pero yo tengo que pensar en mi propia situación! — gritó el hombre forzando sus pulmones—. Ustedes tienen hijos, ¿no es así? ¡Entonces deben conocer el deber de los maestros!

En ese momento el viejo recogió la cuerda, y, pese a su sorpresa, el hombre la soltó. ¡Qué impertinencia! Quería decir que el viejo había fingido escucharlo, esperando solo el momento de alzar la cuerda. Atónito, movió sus manos extendidas en el vacío.

—Se portan ustedes como locos. Han perdido la razón. Hasta un mono podría sacar la arena con un poco de práctica. Yo puedo hacer algo mucho mejor... El hombre tiene la obligación de utilizar al máximo sus posibilidades.

—Bueno, tal vez, pero... —El viejo habló de forma casual, como si pusiera fin a una conversación mundana—. De todos modos, le ruego que haga todo lo posible; por nuestra parte, también haremos todo lo que podamos por usted.

—¡Espere! ¡No bromeé! ¡Oiga! ¡Le digo que espere! ¡Se arrepentirán! ¡Usted no comprende nada, nada en absoluto! ¡Se lo ruego! ¡Espere, por favor!

Pero el viejo no se volvió. Se puso de pie y, con los hombros encogidos como bajo una pesada carga, se marchó. A los tres pasos se eclipsaron sus hombros, y al cuarto paso ya no se le vio.

El hombre, extenuado, se apoyó en la pared de arena, hundiendo en ella los brazos y la cabeza; la arena que se escurrió por su cuello pronto se depositó entre la camisa y el pantalón, formando una especie de almohada. De repente, una transpiración copiosa le mojó el pecho, el cuello, la frente, los muslos. ¡Era el agua que acababa de beber! Mezclada con la arena fue una cataplasma de mostaza escociendo su piel, que al hincharse se transformaba en un impermeable de goma.

La mujer había empezado a trabajar. El hombre tuvo la súbita sospecha de que había consumido el resto del agua, y precipitadamente se dirigió a la casa.

Allí estaba el agua. Volvió a tomar tres o cuatro tragos largos, y de nuevo lo sorprendió el sabor del transparente mineral; no obstante, no podía ocultar su creciente preocupación. Esta agua no durará hasta la tarde, y desde luego, no llegará ni para preparar la cena. Esos tipos de la aldea lo tienen todo calculado; son hábiles, tratan de dominarme por el miedo a la sed.

Calándose el sombrero de paja hasta los ojos, salió a toda prisa. Su capacidad de pensar y su juicio no eran más que un copo de nieve en su frente febril ante la amenaza de la sed. Diez baldes de agua hubieran sido una golosina, pero uno era solo un agujijón.

—¿Dónde está la pala?

La mujer sonrió con desmayo señalando el lugar bajo el alero, mientras con la manga se enjugaba el sudor de la frente. Aun habiendo sido dominada, no parecía olvidar ni por un

instante el cuidado de las herramientas. Debía ser una actitud mental que poseían por naturaleza los que vivían en la arena.

Cuando tuvo la pala en sus manos, el hombre sintió que sus acabados huesos se doblaban como un trípode portátil; en realidad, no había dormido nada desde la noche anterior. De todos modos, creía necesario consultar con la mujer acerca del mínimo trabajo requerido, pero estaba demasiado cansado para hablar de eso. Sus cuerdas vocales estaban deshechas como lonchas de calamar seco, tal vez por la fatiga de haber hablado a gritos con el viejo. Mecánicamente ocupó su puesto junto a la mujer y empezó a cavar.

Como encadenados, continuaron paleando entre el acantilado y la casa. La pared de madera se hallaba en tal estado que parecía una torta de arroz medio seca; también podría semejar un almácigo de hongos. Después de un tiempo, llegaron a formar una montaña de arena; luego la pusieron en las latas y las transportaron a un claro. Terminada la operación, recomenzaron.

Los movimientos del hombre eran maquinales, como reflejos nerviosos. Su boca se llenó de una saliva espumosa que sabía a clara de huevo. Le corrió por el mentón y se deslizó por el pecho, pero ya no hizo caso.

—¿Sabe? Es mejor sostener la pala con la mano izquierda, así, más abajo... —aconsejó ella discretamente—. Si deja de mover la mano izquierda y usa la derecha como una palanca, no se cansará tanto.

Un cuervo graznó. De repente, la luz amarilla se volvió azul. Su tristeza, exageradamente extendida, impregnó suavemente el panorama circundante. Cuatro cuervos se deslizaron en un vuelo muy bajo, paralelos a la costa. Las puntas de sus alas desplegadas brillaron en verde oscuro y, por alguna razón, el hombre las asoció con el cianuro de potasio de los frascos de insectos. ¡Oh, sí! Antes de que me olvide, debo pasarlos a otros frascos y envolverlos en plástico, si no quiero que se conviertan en una masa informe en cuanto la humedad los penetre...

—¿Qué le parece? ¿Lo daremos por terminado con esto? —preguntó la mujer, y miró hacia lo alto del acantilado. Su cara estaba también reseca, y aun con la capa de arena cubriéndole el rostro, era evidente su palidez. En un instante todo se hizo oscuridad, se llenó de un color herrumbroso; a tientas por el túnel de su conciencia nebulosa consiguió apenas alcanzar la cama, impregnada de un olor aceitoso, como intestino de pescado. No recordaba en qué momento había vuelto a la casa la mujer.

Posiblemente se sentiría exactamente igual si hubiera puesto yeso entre sus músculos. Si tenía los ojos completamente abiertos, ¿por qué todo estaba tan oscuro? En algún lugar un ratón parecía estar ocupado en hacer su agujero. Le ardía la garganta como si se la hubieran lijado. Los gases ascendían en eructos desde sus intestinos como desde un pozo negro. Tenía ganas de fumar... No, antes que eso quería un poco de agua. ¡Agua! De un golpe volvió a la realidad. El ruido no lo producía un ratón, sino la mujer que había comenzado a trabajar... ¿Cuánto tiempo había dormido? Trató de levantarse; pero un peso terrible lo tendió de nuevo sobre las mantas... Entonces recordó, y se arrancó la toalla que le cubría la cara; por la puerta abierta penetraba la luz fría de la luna, macilenta y gelatinosa. Antes de advertirlo, era de noche otra vez.

Al lado de su almohada encontró un recipiente de metal para hervir agua, una lámpara y una botella de sake ordinario. Apoyado en un hombro se enjuagó la boca, y escupió el agua en dirección al fogón. De nuevo humedeció lentamente su garganta, paladeando el líquido.

Alargó la mano rodeando la lámpara y tocó un paquete blando, además de los cigarrillos y fósforos. Encendió la lámpara y acercó un cigarrillo a la llama; luego, cautelosamente, tomó un pequeño trago de sake. Su conciencia dispersa comenzó a articularse.

En el paquete había una caja con el almuerzo, que consistía en tres bolas de arroz con trigo, todavía calientes, dos lomos de sardinas secas, algunos rábanos encurtidos, viejos y rancios, y verduras hervidas, amargas, que parecían hojas secas de rábano. Solo logró comer un lomo de sardina junto con una bola de arroz. Su estómago estaba frío como un guante de goma.

Cuando se levantó, chirriaron sus articulaciones como un techo de zinc castigado por el viento. Miró con aprensión dentro de la tinaja. La habían vuelto a llenar hasta el borde. Humedeció la toalla y se limpió la cara. Un estremecimiento como una luz fosforescente le recorrió el cuerpo. Se lavó el cuello y el torso y se quitó la arena que tenía entre los dedos. Quizá debía sentirse satisfecho con las comodidades del momento y olvidarse del resto.

—¿Le preparo una taza de té? —La mujer estaba en la puerta.

—No, gracias, tengo el estómago lleno de agua.

—¿Durmió bien?

—Debí despertarme cuando te levantaste.

La mujer inclinó la cabeza, sonriendo como si tuviera cosquillas.

—En realidad me levanté tres veces durante la noche, y le acomodé la toalla sobre la cara.

Mostraba la coquetería de una niña de tres años que acababa de aprender a reír como los adultos, pero en su vacilación y torpeza se veía que no encontraba la manera de expresar su alegría. El hombre se sintió deprimido, y desvió la vista.

—¿Te ayudo cavando, o es mejor que yo acarree?

—Bueno... Es casi la hora en que llega la canasta de carga.

Empezó a trabajar, resistiéndose menos de lo que había creído. ¿Cuál sería la causa de este cambio? ¿Temor de que le cortaran el suministro de agua? ¿Porque se sentía en deuda con la mujer? ¿O se debía a la naturaleza misma del trabajo? Por lo visto, el trabajo resulta esencial para el hombre, algo que le permite soportar la huida sin fijarse en el tiempo.

En una ocasión, Círculo de Möbius lo había llevado a una conferencia. El lugar estaba totalmente rodeado por una cerca de hierro, baja y herrumbrosa, y dentro de ella casi no se distinguía el suelo cubierto de papeles, cajas vacías y toda clase de residuos. Podía uno preguntarse cuál había sido la intención del proyectista al instalar allí semejante valla. En ese momento, como materializando su idea, apareció un hombre vistiendo un traje gastado que se apoyó en el cerco de hierro y se dedicó concienzudamente a rascarlo con los dedos; el amigo Möbius le dijo que era un policía vestido de civil. En el techo de la sala había una mancha color café, producida por la humedad, tan enorme como no había visto otra en su vida. Y a todo esto, el conferenciante decía: «La única forma de superar el trabajo es a través del trabajo mismo. No significa esto que el trabajo en sí sea valioso, sino que superamos el trabajo con el trabajo mismo, cuyo verdadero valor radica en su fuerza de autonegación».

Se oyó a alguien silbar ayudándose con los dedos. Luego exclamaciones despreocupadas, animadas, de gente que corría arrastrando cestos de arena. Como siempre, callaban al acercarse y bajaban en silencio las canastas; sentía que estaba estrechamente vigilado, pero ya no había razón para gritar a los de arriba del acantilado. Cuando la cantidad especificada de arena quedó trasladada sin incidente alguno, desapareció también la tensión, y hasta

sintió que el tacto del aire había cambiado. Nadie dijo nada, y sin embargo, parecía que por el momento habían llegado a un tácito acuerdo.

También pudo observar un cambio definitivo en la actitud de la mujer.

—Descansemos un momento. Voy a traerle el té...

En su voz y en sus movimientos, más vivaces, había muestras de un incontenible entusiasmo. El hombre se sintió empalagado, como si hubiera comido demasiado azúcar, a pesar de lo cual, cuando ella pasó a su lado, él no dejó de palmearle las nalgas. Por supuesto, si sube demasiado el voltaje, hay peligro de que los filamentos se quemen; pero no intentaba engañarla de esa manera. Algún día le contaría la historia del guardián del castillo ilusorio.

Había un castillo. No, no era exactamente un castillo, podía haber sido cualquier otra cosa: una fábrica, un banco, una casa de juego, eso no importaba. De la misma manera, el guardián podía haber sido un cuidador o un guardaespaldas. Bien, lo cierto es que ese guardia jamás descuidó la vigilancia, siempre estaba listo para el ataque enemigo. Un día el esperado enemigo llegó. Ese era el momento, e hizo sonar la alarma. Sin embargo, extrañamente, ninguno de la tropa acudió; de más está decir que el guardia resultó derrotado fácilmente en el primer embate. A través de su conciencia que se apagaba, el guardia vio al enemigo pasar como el viento a través de los portales, las paredes, los edificios, sin que nadie lo detuviera. No, no el enemigo, sino todo el castillo era de viento. El guardia, él solo, como un árbol seco en medio del campo abierto y desolado, había estado cuidando una ilusión.

Se sentó sobre la pala a encender un cigarrillo; lo consiguió con el tercer fósforo. Su fatiga, como tinta china vertida en el agua, se derramó en círculo, se convirtió en una medusa, en una bolsa de brocado con incienso, en el diagrama de un núcleo atómico. Un pájaro nocturno parecía haber encontrado un ratón: llamaba a sus compañeros con un grito curioso. Un perro inquieto ladraba lúgubrementemente, como si estuviera vomitando. Arriba, en el cielo oscuro, se oía correr un viento continuo y discordante. En la tierra, el viento era una navaja cortando constantemente delgadas capas de arena. Se enjugó el sudor, se sonó la nariz con los dedos y se sacudió la arena de la cabeza; a sus pies, las ondas de arena se le aparecían como inmóviles crestas de olas marinas.

Si fueran ondas de sonido, ¿qué clase de música producirían? Tal vez hasta un ser humano podría entonarla, si se le introdujeran tenacillas de hierro en las narices, y con su propia sangre viscosa se le taparan los oídos; si le rompieran los dientes, uno por uno, a golpes de martillo, introduciendo las astillas en su vejiga, y si cortaran una vulva y se la cosieran a sus párpados... Todo esto parece cruel, y sin embargo había una pequeña diferencia... De repente, sintió como si sus ojos se elevaran tan alto como un pájaro y observaran fijamente a la pareja. Ciertamente debía ser el más extraño de los seres, él, que estaba en un lugar semejante pensando esas cosas extrañas.

XXII

Got a one-way ticket to the blues, woo, woo...
(Compra un billete de ida al *blues*...).

Si quieres cantarla, cántala; nadie te lo impide. Aunque en realidad la gente atada a sus billetes de ida nunca la canta así. Las suelas de aquellos que solo tienen billete de ida están tan delgadas que arrancan chillidos al pisar el menor guijarro. Ya están hartos de que los hagan caminar, lo que quieren cantar es «El blues del billete de ida y vuelta». Un billete de «ida» solamente es una porción de una vida desarticulada, que ha perdido los eslabones entre ayer y hoy, hoy y mañana. Solo el que aferra en sus manos el billete de ida y vuelta puede permitirse la lastimosa canción del billete de ida. Por eso tratan denodadamente de conservar su billete de vuelta, comprando acciones, pagando seguros de vida y transigiendo con sus compañeros del sindicato y con sus jefes. También por eso ponen la televisión a todo volumen o canturrean sin cesar «El blues del billete de ida», procurando apagar los lamentos de aquellos que solo tienen billete de ida, esas llamadas de socorro, voces que surgen del drenaje de los baños o de las cañerías del lavabo. No es extraño que «El blues del billete de ida y vuelta» sea la canción de los hombres cautivos.

En sus ratos libres, en secreto, el hombre empezó a fabricar una soga. Reduciendo a tiras los restos de sus camisas, los retorció en un cabo y los unió a una faja de kimono que había pertenecido al difunto marido de la mujer. Tenía ahora una soga de cinco metros de largo. Llegado el momento, le ataría a un extremo un par de tijeras oxidadas que mantendría abiertas con un pedazo de madera. Desde luego, la soga no era suficientemente larga aún. Calculó que podría alcanzar la longitud necesaria si se le agregaba la cuerda de paja tendida en el suelo de tierra, en donde la mujer había puesto a secar algunos pescados y maíz, y le unía el hilo de cáñamo para colgar la ropa.

Había sido una idea repentina, pero nadie puede garantizar que un plan elaborado es el único que da buenos resultados. En realidad, esta inspiración súbita tenía bases suficientes, aunque el proceso proviniera del inconsciente. Las oportunidades de triunfar se daban mejor en circunstancias espontáneas que confiando en planes minuciosos.

El problema inmediato era cuándo iniciar la acción. Era evidente que el mejor momento para escapar sería durante el día, mientras la mujer dormía. Pero cruzar la aldea sería peligroso, a menos que lo hiciera de noche. Actuaría de acuerdo con un plan sistemático: abandonaría el pozo de arena minutos antes de que la mujer despertara y se ocultaría en un lugar adecuado hasta la puesta de sol. Luego aprovecharía la oscuridad antes de que saliera la luna, y probablemente no le sería difícil llegar a la carretera principal, por donde pasan los autobuses.

Mientras tanto, el hombre trató por todos los medios de que la mujer lo informara acerca de las características topográficas y de la distribución de la aldea. Por ejemplo, ¿cuáles podían ser las condiciones económicas del lugar, cuando no tenía un solo barco pesquero, a

pesar de que estaba frente al mar? ¿Desde cuándo estaba la aldea en estas condiciones? ¿Qué población tenía? ¿Quién cultivaba los tulipanes, y dónde? ¿Cómo hacían los niños para ir a la escuela? Si lograba unir estos datos indirectos con el vago recuerdo que guardaba del día de su llegada, podría trazar un mapa más o menos exacto del lugar.

En condiciones ideales, escaparía bordeando la aldea, sin tener que cruzarla para nada, pero en el lado oeste se alzaba un promontorio muy empinado que, aunque no muy alto, parecía un acantilado liso intensamente erosionado por las olas. A pesar de que debería haber espacio suficiente para apoyar los pies, ya que los aldeanos pasaban por allí a recoger leña, estaba cubierto por matorrales y era difícil de localizar; por lo demás, sería poco inteligente despertar sospechas de la mujer con demasiadas preguntas. Sobre el lado opuesto, hacia el este, había una ensenada angosta rodeada totalmente de dunas deshabitadas que se extendían, ondulantes, a lo largo de más de diez kilómetros, las cuales, en última instancia, conducían de vuelta a la entrada de la aldea. En otras palabras, la aldea era un montón de arena aprisionado entre la ensenada y el acantilado. Pensó que habría un mayor margen de seguridad escapando por el centro de la aldea, en vez de perder preciosos minutos desviándose y dando tiempo a los aldeanos a recobrase y atraparlo.

Pero esto no significaba que tuviera los problemas resueltos. Estaba, por ejemplo, el vigía de la torre de observación. Le preocupaba también que la mujer, al notar su desaparición, diera la alarma y bloquearan las entradas a la aldea antes de que lograra salir. Sin embargo, era posible condensar estos dos problemas en uno. La primera cuadrilla de canastas llegaba con el agua y el abastecimiento regular mucho después de la puesta de sol. Si la mujer quería informar de su desaparición antes de ese momento, solo lo podría hacer a través del guardia de la torre. El problema se reducía a decidir qué haría con el guardia.

Afortunadamente, los cambios bruscos de temperatura producían una niebla que cubría el lugar una media hora o una hora antes de la puesta del sol. Al parecer, la causa estaba en el ácido silícico de la arena, que, al tener poca capacidad para retener el calor, soltaba de repente todo el que había absorbido durante el día. Desde la torre, toda el área se encontraba precisamente en el ángulo de reflexión de la luz, o sea, a contraluz, y aun la niebla tenue se convertía en una cortina espesa y lechosa que restaba visibilidad. El día anterior se había asegurado de esto solo para estar más cubierto. Al pie de la pared de arena que miraba al mar, había tratado de enviar una señal agitando varias veces la toalla, pero, tal como lo previera, no tuvo ninguna respuesta de la torre.

Llevó a cabo el plan al cuarto día de haberlo concebido. Decidió que sería el sábado por la tarde, día en que por lo común traían el agua para el baño. Simulando estar resfriado, permaneció en cama toda la noche anterior; por precaución insistió en que la mujer consiguiera aspirinas. Las tabletas descoloridas denunciaban su larga permanencia en algún perdido estante al fondo de la tienda de la aldea. Tomó dos de ellas con un poco de sake y el resultado fue inmediato. Se quedó tan dormido que hasta el regreso de la mujer solo en una ocasión oyó el ruido de las canastas que subían y bajaban.

La mujer, que no había trabajado sola desde hacía un tiempo, mostraba signos evidentes de fatiga. Mientras ella se ocupaba de la comida, él habló distraídamente de varias cosas como la necesidad de reparar el lavabo que durante tanto tiempo había estado en malas condiciones. Se notaba que ella tenía prisa por terminar los preparativos de la comida, pero, pensando que el egoísmo del hombre era tal vez una señal de arraigo, no se atrevía a mostrar impaciencia por miedo a que cambiase de humor. Ahora, después de trabajar, a cualquiera le

daría placer tomar un baño; con la arena pegada a la piel, la transpiración de la noche resultaba especialmente molesta. No solo era el día en que traían el agua para el baño; en el fondo a la mujer le encantaba bañarlo, y él no opondría ninguna objeción.

Mientras ella lo enjabonaba, él fingió sentirse excitado y le arrancó el kimono; quería hacerle saber que luego la bañaría. Atrapada entre la confusión y la expectación, hizo un gesto de resistencia, aunque tímido. Rápidamente echó el hombre un balde de agua tibia sobre el cuerpo desnudo de la mujer, y comenzó a pasar sus manos enjabonadas directamente sobre su piel. Primero el lóbulo de la oreja, luego la barbilla y cuando acariciaba sus hombros, extendió una mano para atrapar un seno. Ella gritó y se deslizó por el pecho del hombre, para quedar encogida a la altura de su estómago. La postura era indicio de que algo esperaba, pero el hombre no tenía prisa. Lentamente, midiendo el ritmo, sus manos continuaron el masaje esmerado de un lado a otro del cuerpo femenino.

La excitación de la mujer lo contagió, pero con una tristeza indefinible, diferente a la común. La mujer ardía desde dentro, como lavada por una ola de luciérnagas. Desilusionarla ahora sería lo mismo que dispararle por la espalda a un condenado a muerte que se ha dejado escapar. Por lo tanto reaccionó más frenéticamente espoleando sus sentidos que se iban apaciguando.

Pero también hay un límite para la pasión pervertida. La mujer, que estuviera solícita al principio, empezaba a asustarse por el ardor del hombre. Él, por otra parte, se sintió dominado por un sentimiento de postración, como si hubiera pasado el deseo. Una vez más dio alas a su valor, empeñándose en una serie de desordenadas fantasías lujuriosas; encendía su deseo mordiéndole los pezones y haciendo chocar sus cuerpos, en los que el jabón, el sudor y la arena se sentían como aceite de máquina con viruta de metal. Tenía la intención de hacer durar este juego unas dos horas, por lo menos. Pero finalmente la mujer empezó a quejarse de dolor, y a castañetear los dientes, hasta quedar postrada. El hombre la montó por detrás, como un conejo, y terminó en escasos segundos. Luego le quitó el jabón con agua y la obligó a tomar una taza de sake junto con tres aspirinas. Dormiría profundamente hasta la noche, y si todo resultaba bien, despertaría a los gritos de la cuadrilla de las canastas.

Dormida, la mujer respiraba como si tuviera la nariz tapada con papel. Su respiración era larga y profunda; le tocó suavemente el talón con el pie, pero no demostró ningún cambio. Era como un tubo al que se le hubiera extraído todo deseo sexual. Le acomodó la toalla que se había resbalado de su cara y le estiró hasta las rodillas el kimono, que se le había enrollado como una cuerda en la cintura. Afortunadamente el estar tan ocupado con los últimos arreglos de su plan no le dejaba tiempo para sentimentalismos. Cuando terminó de trabajar en el aparato que construyera con las tijeras viejas, era ya casi el momento fijado. Como lo previera, sintió una profunda pena cuando miró por última vez a la mujer dormida.

Una débil claridad circular flotaba a un metro del borde superior del agujero. Serían como las seis y media, o siete menos veinte: la hora ideal. Estiró los brazos hacia atrás con fuerza e hizo girar el cuello hacia ambos lados para desentumecer los músculos de los hombros.

Primero tenía que subir al techo. Cuando se tira un garfio, el riesgo de fallar disminuye a medida que el ángulo de elevación se acerca a los cuarenta y cinco grados. Le hubiera gustado trepar al techo usando la cuerda, para probarla, pero temía que el ruido de las

tijeras al golpear el alero pudiera despertar a la mujer. Decidió omitir la prueba; rodearía la casa y treparía apoyándose en los restos de un refugio contra la lluvia que parecía haber servido una vez como tendedero. Las vigas cuadradas, delgadas y medio podridas, le preocupaban; pero no podía compararse con lo que vino después. La arena mezclada en el viento le había dado un pulido blanco y parejo a la madera, de tal modo que parecía nueva. Pero, al trepar sobre ella, encontró que estaba blanda como una galleta mojada. Si se le hundía allí el pie, se vería en un grave apuro. Distribuyó el peso de su cuerpo deslizándose lentamente hacia delante, hasta alcanzar finalmente la parhilara; entonces montó a horcajadas y se sostuvo con las rodillas. El techo estaba ya en sombras, y el gránulo de color miel en el borde oeste del pozo indicaba que la niebla estaba llegando. Podía dejar de preocuparse por el vigía de la torre.

Enrolló la cuerda, sosteniéndola de modo que las tijeras colgaran un metro más abajo, para hacerla girar en círculos sobre su cabeza como cuando se tira un lazo. Su blanco era una de las bolsas de arena usadas como poleas para subir las canastas. Puesto que era capaz de sostener la escala de sogas debía estar firmemente fijada en la arena. Aumentó gradualmente la velocidad del movimiento giratorio, apuntó y arrojó la cuerda. Pero esta tomó una dirección totalmente errónea; su idea del «lanzamiento» estaba equivocada. Las tijeras deberían volar como una tangente con respecto a la circunferencia del pozo de arena, y ser simplemente soltadas en el instante en que la cuerda se encontraba en ángulo recto con el blanco, o quizá un momento antes. ¡Sí, eso era, exactamente! Pero la segunda vez, por desgracia, las tijeras golpearon en la mitad del acantilado, y cayeron al suelo. Supuso que la velocidad de las revoluciones y el ángulo de elevación en que sostenía la cuerda no eran suficientes.

Después de varios intentos, llegó a regular con bastante exactitud tanto el ángulo como la distancia, si bien distaba mucho de alcanzar el blanco. Se hubiera sentido feliz ante cualquier señal de progreso, pero nada demostraba que decreciera el margen de error; por el contrario, la fatiga y la impaciencia volvían el blanco más inaccesible. Quizá había subestimado el problema. Se sintió irrazonablemente furioso y casi al borde de las lágrimas, como si alguien lo hubiera engañado.

Sin embargo, parecía haber algo de verdad en la ley de probabilidades, según la cual el éxito está en proporción directa con la cantidad de intentos. Lo había intentado más de diez veces y cuando, desesperado, creía haber perdido toda esperanza, la cuerda voló directamente por encima de las bolsas de arena. Sintió un repentino entumecimiento en la boca, inundada de saliva. Pero todavía era demasiado pronto para cantar victoria. Solo había conseguido el dinero para comprar el billete de lotería... Tendría que ver ahora si había ganado o perdido. Concentró todos sus nervios en la cuerda, mientras tiraba de ella suavemente, como queriendo atraer las estrellas con una hebra de telaraña.

Resistía. No podía creerlo al principio, pero, en efecto, la cuerda no cedía. Probó otra vez, tirando más fuerte... Tenso, esperaba el desengaño... ¿Sería ahora?... ¿O ahora?... Pero no había más razón para dudar. El arpón improvisado con tijeras había prendido en las bolsas con firmeza. ¡Vaya suerte! ¡Vaya increíble suerte! ¡Sí así empezaban las cosas, todo marcharía bien en adelante!

Aliviado y contento, bajó a buscar el extremo de la cuerda que colgaba recta ahora y se mecía suavemente sobre el acantilado de arena. Allí arriba estaba la superficie de la tierra, tan cerca que apenas podía creerlo... Su rostro se paralizó, le temblaron los labios. El huevo

de Colón debía estar hervido. Aunque si dejaba calentar las cosas, era posible que todo se arruinara.

Agarrado a la cuerda, empezó a izarse lentamente; de pronto la cuerda se estiró, como si fuera de goma. El susto le arrancó un sudor abundante por todos los poros; pero, para su suerte, la cuerda no cedió más de treinta centímetros. Trató de aplicar todo su peso y esta vez pareció que podía dejar de preocuparse. Se escupió las manos, ajustó la cuerda a sus pies y empezó a trepar, poco a poco, usando la técnica del mono de juguete que va trepando por su árbol. El sudor de su frente le resultaba extrañamente frío, debido quizá a la excitación. Esforzándose por eludir la arena, procuró no golpear contra ella, sirviéndose únicamente de la cuerda; por lo mismo, no podía evitar que su cuerpo diera vueltas, y esto le puso nervioso. El peso muerto de su cuerpo era mayor que el calculado, y lo obligaba a avanzar con lentitud. Además, ¿de dónde venía ese temblor? Los brazos empezaban a sacudírsele, a su pesar, y los sentía restallar como un látigo. Podría ser una reacción natural, teniendo en cuenta aquellos cuarenta y seis días terribles que pasara en el pozo de arena. Cuando hubo avanzado un metro, le pareció que el pozo quedaba cien metros más abajo; dos metros, doscientos metros de profundidad... Al ir aumentando la distancia empezó a sentirse mal. Estaba demasiado cansado... ¡No debía mirar hacia abajo! ¡Allí! ¡Allí estaba la superficie!... Una vez arriba, podría andar en cualquier dirección, hasta el mismo fin del mundo, libremente. Cuando llegara a la superficie, este momento interminable se compararía con una flor minúscula aprisionada entre las páginas de su diario... Fueran hierbas venenosas o plantas carnívoras, quedarían reducidas a un pedacito de papel transparente, e instalado en su casa, tomando té en la sala, las sostendría a la luz y se complacería en contarles esta aventura a sus amigos.

Sin embargo, no guardaba la menor intención de acusar a la mujer. Estaba en condiciones de afirmar categóricamente que, aunque no se trataba exactamente de una dama, tampoco se la podía considerar una zorra. Si le exigían certificarlo, con gusto firmaría cuantas veces fuera necesario. La única verdad era que no dejaba de ser una estúpida mujer que se aferraba, como él, al billete de ida y vuelta. Pero aun en posesión del billete, al diferir los puntos de partida, obviamente cambiaban sus destinos. No era descabellado suponer que su billete de vuelta pudiera ser el mismo que ella tenía de ida.

En el caso de que estuviera equivocada, el problema era que, después de todo, un error es siempre un error...

¡No mires hacia abajo! ¡No debes mirar hacia abajo!

Como le sucede al alpinista, al que limpia las ventanas en los rascacielos, al electricista en la punta de una torre de televisión, al trapealista en un circo, o al deshollinador en la chimenea de una fábrica, el momento de su perdición es aquel en que mira hacia abajo.

XXIII

¡Lo había logrado!

Sus uñas se incrustaron en los sacos de arena y, sin importarle si sus manos se quedaban sin piel, se encaramó violentamente. ¡Por fin! ¡Estaba arriba! Ya no tenía que temer el resbalar aunque se soltara. Sin embargo, le resultó imposible aflojar los brazos, y, durante unos minutos, se quedó tal como estaba, fuertemente abrazado a los sacos de arena.

Aquel día de liberación, que seguía a los cuarenta y seis días pasados en el pozo, bramaba un fortísimo viento. Cuando empezó a arrastrarse, dardos de arena vinieron a golpear su cara y su cuello. No había esperado encontrar ese viento. Dentro del pozo, apenas había notado que el mar se oía más cerca que de costumbre, y supuso que correspondería al momento de calma vespertino. Con tanto viento, sus esperanzas de protegerse en la neblina se desvanecieron; eso quería decir que el cielo solo tomaba el aspecto turbio cuando era visto desde el pozo. También pudo haberle parecido niebla la corriente de arena arrastrada por el viento. Como quiera que fuese, la situación era delicada.

Miró nerviosamente hacia arriba. En la luz desvaída, la torre de vigilancia parecía inclinarse a un lado; se veía asombrosamente pequeña y lejana. Pero el vigía lo estaría observando con sus binoculares, y él no podía contar con que lo favoreciera la distancia. Se preguntó si ya lo habrían visto... No; de ser así, habría sonado de inmediato la señal de alarma.

La mujer le había contado que en una noche de tormenta, hacía solo medio año, se había derrumbado una defensa en un pozo que quedaba en el lindero occidental de la aldea, dejando medio enterrada la casa correspondiente. Luego la lluvia y la arena empapada, al doblar su peso, habían aplastado la casa como una caja de fósforos. Fue una suerte que nadie resultara herido, pero a la mañana siguiente toda la familia había tratado de escapar de la aldea. A menos de cinco minutos de haberse dado la alarma, se oyeron los lamentos de la anciana que era llevada de regreso por el camino de atrás. La mujer había agregado, en un tono convencido, que esa familia parecía tener problemas mentales hereditarios.

De cualquier manera, no podía perder tiempo. Alzó resueltamente la cabeza y miró a su alrededor. Largas sombras cruzaban los salientes y las depresiones de las dunas; el paisaje estaba envuelto en una luz rojiza, sucia, y los puñados de arena que el viento sacaba de las sombras iban siendo tragados por otras sombras. ¿Debía a la protección de esas corrientes de arena el no ser visto? Se dio la vuelta para comprobar el efecto preciso de la reflexión de la luz, y quedó asombrado por lo que vio; una cortina de humo lechoso se extendía sobre el paisaje y esfumaba el sol que se hundía, pero esto no era solo causado por la arena en el viento. Unos jirones de neblina, aunque luego los arrebatara el viento, empezaban a desprenderse sin interrupción desde el suelo. Si en un punto los ahuyentaba el viento, reaparecían más adelante; si se dispersaban por un lado, se arremolinaban por el otro... Por su experiencia en el pozo, sabía muy bien que la arena absorbía la humedad, pero nunca había imaginado en qué medida. Era como el humear de un incendio recién extinguido por

los bomberos. Claro que la neblina era delgada, poco visible con esa luz, pero funcionaba como una cortina suficiente para ocultarlo a los ojos del vigía.

Se puso los zapatos y guardó la cuerda en el bolsillo; la tijera atada en un extremo podría ser un arma útil, en caso de emergencia. Su línea de escape llevaba hacia el oeste, la parte protegida por el campo de refracción. Lo primero que necesitaba era encontrar dónde esconderse hasta la caída del sol.

¡Bueno, vamos! ¡Aplasta tu espalda y corre por lo llano! No debes perder la cabeza... A correr, pero atento a todo lo que pueda pasar... ¡Ahí hay un hueco donde puedes ocultarte!... ¿No se ha oído un ruido sospechoso? ¿Una mala señal? Tal vez no... Levántate, y empieza a moverte... ¡No, demasiado a la derecha! El acantilado de ese lado es muy bajo y podrían verte...

El ir y venir de las cuadrillas que transportaban las canastas había creado senderos rectos de un pozo a otro; su borde derecho era una pendiente lisa, con algunas prominencias. Se veían los techos de una segunda hilera de casas enterradas en el pozo, protegidas a su vez por la línea de casas del lado del mar; por lo tanto, el acantilado de aquel lado era más bajo, y la cerca de madera para contención de la arena parecía seguir prestando alguna utilidad. El lado que daba hacia la aldea, en cambio, se mostraba fácilmente accesible. Alzando un poco la cabeza, se podía ver hasta el centro de la aldea. Techos de teja, paja y zinc se agrupaban como manchones negros en el centro del terreno ondulante, abriéndose ante él en abanico. Aunque pequeño, había también un ralo bosquecillo de pinos y podía verse algo que parecía un lago. Y solo por proteger este lamentable paisaje, más de diez hogares situados frente al mar debían someterse a una vida de esclavitud.

Los pozos de los esclavos se encontraban en hilera a la izquierda del camino. Los senderos hechos por los portadores de cestos se ramificaban aquí y allá, y más lejos había sacos gastados enterrados en la arena, indicando el lugar de los pozos. Un paisaje que solo con mirarlo resultaba doloroso. En algunos sitios no se veían escaleras de sogas enrolladas en los sacos, pero había más lugares con escalera que sin ella. ¿Significaba eso que tantos aldeanos habían perdido todo deseo de huir?

No le era incomprendible una vida así. Había cocinas, fogones encendidos, había cajones de manzanas en lugar de escritorios, con libros de texto encima; había cocinas, había fogones hundidos, había lámparas, lumbre en el fogón, y había puertas corredizas de papel rotas; había techos negros de hollín; cocinas, relojes que funcionaban y relojes parados; había radios encendidas y radios rotas; había cocinas con el fuego encendido. Y en medio de todo eso había monedas de cien yenes, animales domésticos, niños, sexo, pagarés, adulterios, incensarios, fotografías de recuerdo, y... Y así, una repetición aterradora... Y esta era la repetición indispensable de la vida, igual que los latidos del corazón; pero también es cierto que los latidos del corazón no son todo lo que hay en esta vida.

¡Al suelo, rápido! No, no era nada; solo un cuervo... Lástima no poder agarrarlo y disecarlo. Pero esas cosas ya no importaban; el deseo de tatuajes, medallas, condecoraciones, solo aparece cuando se tienen sueños en los que no se cree.

Por fin parecía estar llegando a los lindes de la aldea, pues el camino recorría la cresta de las dunas. El panorama se abría: a su izquierda veía el mar. El viento le traía el sabor acre; en sus oídos y su nariz zumbaba un trompo metálico. Con el viento, la toalla que llevaba al cuello golpeaba su mejilla. Aquí la neblina no tenía fuerzas para levantarse. El mar de plomo estaba cubierto con una hoja de aluminio, arrugada hasta parecer nata. Y el sol, apretujado

entre nubes que semejaban huevos de rana, parecía demorar su caída. En el horizonte veía las negras siluetas inmóviles de unos barcos, aunque no podía calcular su tamaño ni su distancia.

Más allá solo estaban las dunas, que en ondulaciones suaves, casi interminables, se extendían hasta alcanzar el promontorio. Seguir adelante en estas condiciones podía ser peligroso. Miró hacia atrás, preocupado; la torre ya no existía en su línea de visión, gracias a una ligera elevación de arena. Alzándose de puntillas, descubrió una choza pequeña y rústica, medio enterrada en la pendiente justo a su mano derecha. En ese ángulo, no había podido verla hasta entonces. A sotavento había una depresión profunda que parecía hecha con una cuchara.

Era ideal como escondite. La arena se mostraba tan lisa como el interior de una concha marina, y no había rastros de que alguien hubiera estado allí. Pero ¿qué haría con sus propias huellas? Volviendo sobre sus pasos, descubrió que unos treinta metros más atrás ya estaban completamente borradas. Incluso donde se encontraba ahora, las pisadas se iban desfigurando, transformándose ante sus ojos... No todo resultaba adverso en este día de viento.

Cuando se disponía a alcanzar la choza, algo oscuro se escurrió hacia fuera. Se asustó. Era un perro rojizo, gordo como un cerdo. ¡Vete! ¡Fuera! Pero el perro no dio muestras de moverse y se quedó parado, mirándolo fijamente. Tenía rasgada una de las orejas y sus ojos, exageradamente pequeños, le daban un aspecto más siniestro. Ahora lo olfateaba. ¿Intentará ladrar? Si lo hicieras... Empuñó las tijeras que llevaba en su bolsillo... ¡Si haces ruido, te perforo el cráneo!

El perro lo miró desafiante, pero en silencio, sin un gruñido. ¿No sería un perro vagabundo? Su pelaje era opaco, sin vida, y su hocico estaba cubierto de escamas, como si hubiera tenido alguna enfermedad en la piel. Dicen que el perro que no ladra, muerde... ¡Maldición! Debía haber traído algo de comer... Y hablando de comida, se le había olvidado su cianuro de potasio... Bueno, no importa; de todos modos, no es probable que la mujer descubra dónde lo escondí. Silbando bajo, extendió la mano para ver si podía atraer la atención del animal. El perro respondió abriendo sus delgados belfos, que parecían arenques ahumados, y descubriendo unos colmillos amarillentos llenos de arena... ¿Se le habrá abierto el apetito al verme? Tiene un gatzate enorme... ¡Poder ponerlo fuera de combate de un solo golpe!

En eso el animal miró en otra dirección, bajó el lomo, y se alejó lentamente, como si nada hubiera pasado. Por lo visto, se ha rendido a mi voluntad inflexible; mi poder mental no está nada mal, teniendo en cuenta que con solo mirarlo he podido vencer a un perro salvaje. Se dejó resbalar dentro del hoyo y permaneció así, recostado. Tal vez por estar a resguardo del viento, hasta logró respirar con calma; se sintió aliviado y satisfecho. El perro desapareció tras la polvareda, tambaleándose por las rachas del viento. El que un perro salvaje viviera en un lugar como ese bien podía indicar proximidad de gente. Mientras el perro no fuera a la oficina de la cooperativa a denunciarlo, podía decir que se encontraba a salvo. Se sentía bien ya, a pesar del sudor que le empezaba a correr de forma lenta y continua. ¡Qué tranquilidad!... Era como si estuviera encerrado en el fondo de una taza de gelatina. Aun cuando tenía en sus manos una bomba de tiempo ajustada para explotar en el momento fijado, eso no le molestaba más que el sonido del balancín de su reloj despertador. Su amigo Círculo de Möbius habría analizado inmediatamente la situación diciendo:

—Amigo mío, lo que estás haciendo es una manera típica de consolarse convirtiendo los medios en fines.

—Muy cierto. —Estaba completamente de acuerdo—. Pero me pregunto si en verdad es necesaria una distinción tan precisa entre los medios y los fines. ¿No sería posible emplear las definiciones de acuerdo con las necesidades?

—No, no, eso no estaría bien. ¿Acaso puedes medir el tiempo verticalmente? Es un hecho reconocido que su transcurso es horizontal.

—¿Y qué pasa si se intenta aprehenderlo de forma vertical?

—¡Si lo haces, no eres más que un simple idiota!

El hombre soltó una risita y se quitó los zapatos. En realidad, era de creer que el tiempo transcurría de forma horizontal. No podía soportar la arena y el sudor, que se le habían acumulado en los zapatos; se quitó los calcetines y estiró los dedos para ventilarlos. Pero ¿por qué diablos olerán tan mal las guaridas de los animales? Bien podrían existir animales que oleran a flores... Un momento, si es el olor de mis propios pies. Al darse cuenta de eso, le invadió una extraña sensación de ternura; y, por cierto, no dejaba de sorprenderlo. Recordó que alguien había dicho que nada era tan sabroso como la cera de los oídos de uno mismo; algo más sabroso que los quesos auténticos. Y aun sin llegar a ese extremo, es muy cierto que, por ejemplo, el olor de la muela podrida ejerce una extraña fascinación que incita a continuar oliéndola.

La entrada de la choza estaba tapada por la arena hasta más de la mitad, y era casi imposible mirar hacia dentro.

¿Restos de un antiguo pozo? No sería demasiado extraño que hubieran construido una choza encima para resguardarlo de la arena. Claro que era improbable que saliera agua de un lugar así... Trató de examinar el interior, y esta vez el olor del perro —y no el suyo— lo envolvió. Los olores animales están más allá de la filosofía. Recordó a un socialista que declaraba su simpatía por el espíritu de los coreanos, aunque no podía soportar el olor de esa gente. Bueno, pues si aseguran que el tiempo transita de forma horizontal, que se apresure a pasar cuanto antes... Esperanza e inquietud... Un sentimiento de liberación e impaciencia. Encontraba de lo más insoportable el ser atormentado de esa forma. Se cubrió la cara con la toalla protectora y se recostó boca arriba. Ahora sentía su propio olor, que estaba lejos de ser loable.

Algo empezaba a recorrer lentamente el arco de su pie... Juzgó que, por el modo de desplazarse, no podía pertenecer a la familia de los escarabajos; en todo caso, alguna especie de insecto de tierra, porque avanzaba con dificultad sobre unas patas débiles. Pero no estaba de humor para averiguarlo. Aun suponiendo por un momento que perteneciera a la familia de los escarabajos, la duda persistía, y se preguntó si realmente tendría ganas de atraparlo; sin duda, no estaba en condiciones de decir qué quería o debía hacer.

La brisa desplazó la toalla del rostro. Con el rabillo del ojo pudo distinguir una cadena de dunas doradas, relucientes; una limpia curva ascendente cortaba la línea dorada y se interrumpía abruptamente al encontrar la sombra. Había una cualidad extrañamente tensa en esa composición espacial, que estremeció al hombre con un inquietante deseo de ver gente. (Sí, es un paisaje verdaderamente romántico... Un lugar como este sería una gran atracción para los jóvenes turistas de ahora... Es mercancía valiosísima, acciones en oro. Como experto en esta profesión, puedo garantizar absolutamente su futuro desarrollo. Pero en caso de explotarse, antes de nada, ¡publicidad! Sin publicidad, no vendrán ni las moscas,

¿entiende? Sería como si esto no existiera, en tanto nadie se enterase de ello... Como poseer una piedra preciosa y no poder destinarle un uso. Bien, en ese caso, ¿qué hacer? En primer lugar, contratar un buen fotógrafo para producir tarjetas postales bonitas, alegres. En el pasado, se encontraban primero los lugares bellos y luego se confeccionaban las postales; pero ahora es cuestión de simple sentido común el hacer primero las tarjetas y a partir de ellas fabricar un hermoso sitio. Traigo aquí un par de muestras, por si usted quiere verlas.) Pobre vendedor de tarjetas postales, que pensó engañar a los aldeanos y resultó engañado por ellos hasta acabar enfermando y muriendo. Pero no podía imaginar al hombre de las tarjetas como alguien especialmente elocuente... Era posible que se hubiera enamorado del lugar y creyera sinceramente que podía significar un buen negocio... ¿En qué consistía, realmente, la esencia de esta belleza? ¿En lo preciso de su naturaleza, con sus leyes físicas, o, por el contrario, en su aspecto despiadado, que resistía tenazmente al entendimiento del hombre?

Hasta ayer, solo pensar en este paisaje le había dado náuseas. Concluyó con fastidio que los pozos en la arena estaban hechos a la medida de estafadores como el vendedor de postales.

Sin embargo, no existía ninguna razón para imaginar la vida dentro del agujero oponiéndola a la belleza del paisaje; un paisaje hermoso no necesita estar en comunión con el hombre. Su propio punto de vista, que consideraba a la arena como un rechazo del estado estacionario, no era, después de todo, una locura... Un flujo de $1/8$ mm... Un mundo donde la existencia se componía de una sucesión de estados... En otras palabras, la belleza de la arena pertenecía al reino de la muerte. La belleza de la muerte, que lleva en sí un gran poder de destrucción y la magnificencia de las ruinas... No, un momento. No merezco que se me critique por aferrarme al billete de ida y vuelta. El placer de ver películas de animales salvajes o de guerra —aunque su realismo pueda provocar un ataque cardíaco— está en saber que al salir del cine lo espera a uno el mismo día, hoy, que es la continuación de ayer. ¿O acaso alguien puede ser tan estúpido como para ir al cine con una escopeta de verdad, cargada de balas de verdad? Solo algunas especies de ratones, que, según se dice, beben su propia orina en lugar de agua, o los insectos que se alimentan de carne podrida, o tribus nómadas que cuando mucho han oído hablar del billete de ida, pueden acostumbrarse a vivir en el desierto. Si uno creyera desde el principio que el billete tiene que ser solamente de ida, podría prescindir de sus vanos intentos de aferrarse a la arena, tal como la ostra a una roca. Pero en nuestros días incluso al nomadismo han llegado a cambiarle el nombre por el de «industria ganadera», de manera que...

Sí, tal vez debía haberle hablado de este paisaje a la mujer... O haberle cantado, aunque desentonada, la canción de la arena, donde no hay cabida para un billete de ida y vuelta. Y sin embargo, su proeza máxima había sido una mala representación de un tenorio que trataba de atrapar a la mujer con el señuelo de una vida diferente. Pero, con la cara aplastada contra la pared de arena, y el estado de ánimo que lo acompañaba, no era distinto a un gato metido en una bolsa de papel.

De pronto desapareció la luz del risco. Todo el paisaje se hundió en la oscuridad frente a sus ojos. Sin que lo notara, el viento se había aplacado, y era previsible que la niebla volviera a instalarse con entusiasmo. Posiblemente eso explicaría una puesta de sol repentina.

Bueno, ¡pues adelante!

XXIV

Tendría que escapar atravesando la aldea antes de que entraran en acción las cuadrillas de canastas. Según su experiencia, debía quedarle cerca de una hora, o más bien, para ir sobre seguro, cuarenta y cinco minutos. El saliente superior del acantilado torcía hasta llegar a la bahía del lado este, circundando la aldea y reduciendo el camino a una vía única; ya a esa altura terminaban los peñascos escarpados del promontorio, que continuaba en dunas levemente elevadas y barridas por el agua. Si avanzaba en línea recta, conservando a su derecha la luz del pueblo diluida en la neblina, saldría aproximadamente al lugar donde acababan los peñascos.

Estimó la distancia en unos dos kilómetros. Más allá estaba la periferia, con alguna que otra plantación de cacahuetes, y donde no recordaba haber visto casas. De poder atravesar las dunas, lo más seguro sería continuar por el camino. Recordaba que el trayecto era de tierra rojiza, y corriendo con todas sus fuerzas le llevaría unos quince minutos alcanzar la carretera principal. Cuando lograra llegar hasta allí, habría ganado la partida. Entonces encontraría autobuses, y gente en sus cabales...

Por lo tanto, según sus cálculos, tenía unos treinta minutos para atravesar el pueblo. Lo malo era que correr por ese terreno a cuatro kilómetros por hora no resultaba nada fácil, no tanto porque se enterraran los pies en la arena como por la falta de oposición del suelo. Lo que le exigía más fuerzas era correr; quizá conviniera más caminar, con pasos largos y cuidadosos. Pese a todo, la arena compensaba la fuerza que engullía amortiguando el sonido de las pisadas. Al menos concedía la ventaja de no tener que preocuparse por el ruido de sus pasos.

¡Cuidado, fíjate por dónde vas! Como en realidad no le importaban las caídas, tropezaba con frecuencia en pequeñas prominencias y hundimientos, y quedaba enterrado hasta las rodillas. No eran graves esos tropiezos, pero ¿qué demonios haría si llegaba a dar con otro pozo de arena?

Estaba oscuro y la arena se extendía interminablemente, en ondas irregulares. Había ondas dentro de otras ondas, y en las pequeñas surgían elevaciones y depresiones todavía más pequeñas. Las luces del pueblo, que eran su punto de referencia, apenas se entreveían, obstruidas por las crestas de las interminables ondas. Cuando las luces no entraban en su campo de visión, se guiaba por el instinto; trataba de corregir la dirección, para comprobar más tarde el sorprendente margen de error que podía producirle. Tal vez se debiera a que sus pies eran irresistiblemente guiados hacia los puntos más altos, en inconsciente búsqueda de las luces.

¡Eh, te equivocaste de nuevo! ¡Es más a la izquierda! De seguir así, acabarás yendo directamente al centro de la aldea. Aun cuando había cruzado tres pequeñas dunas, las luces no parecían aproximarse tanto. Era como si diera vueltas alrededor del mismo sitio. El sudor se le metió en los ojos. Se detuvo un instante y respiró profundamente.

¿Habrá despertado la mujer? ¿Cuál será su reacción al notar mi ausencia? No, no se dará cuenta de inmediato. Seguramente creerá que estoy haciendo mis necesidades detrás de la

casa. Debe estar cansada esta noche. Se sorprenderá de haber dormido hasta el oscurecer, y apuesto a que se levantará penosamente. Finalmente recordará lo que pasó entre los dos esta mañana, por el calor que conservará entre las piernas, todavía algo doloridas y reseca. Sonreirá ruborizada mientras busca a tientas la lámpara...

Pero no por eso he de sentirme comprometido o responsable de su sonrisa. Con mi desaparición, ella solo perdería un fragmento de su vida, una partícula que podría reemplazar fácilmente con una radio o un espejo.

—De verdad es una gran ayuda. A diferencia de cuando estaba sola, puedo empezar con calma la mañana, y el trabajo se termina por lo menos dos horas antes de lo acostumbrado. Creo que más adelante pediré a la cooperativa del pueblo que me asigne algún trabajo adicional para hacer en casa... Con eso podré ahorrar, ¿comprende? Y entonces, tal vez un día pueda comprar una radio, o un espejo, o cualquier cosa.

La radio y el espejo, la radio y el espejo... Era la obsesión de la mujer, como si toda la vida humana se pudiera expresar solo con esas dos cosas. Desde luego, las radios y los espejos tienen algo en común: ambos pueden comunicar a una persona con otra; puede ser que reflejen los deseos y aspiraciones que tocan zonas medulares de nuestra existencia. Bueno, bueno, en cuanto llegue a casa te compraré una radio y te la mandaré de inmediato. Usaré todo mi dinero para conseguir la mejor radio que se pueda comprar.

Pero el problema está en el espejo; es allí donde no puedo comprometerme fácilmente. Un espejo aquí es un artículo que se echa a perder con facilidad, ya que el mercurio del reverso se habrá desconchado en seis meses, y al año la superficie estará empañada por el roce continuo de la arena que flota en el aire... Así es el espejo que tiene ahora; si uno se mira en él con un ojo cerrado, no se puede ver la nariz, y si se ve la nariz, no se ve la boca. En fin, no me importa tanto la duración del objeto, el asunto es que un espejo no es lo mismo que una radio. Para que fuese un medio de comunicación, primero necesitaría de la presencia de alguien que viera a ese que se está viendo. ¿De qué le serviría un espejo a alguien que no puede ser visto por otro?

En estos momentos, ya estaría alarmada. Aguzando el oído... ¿No tardaba él demasiado? Por supuesto, ¡el bribón había sido suficientemente listo para escapar! ¿Se pondría a gritar? ¿Se desmayaría? ¿O simplemente se le llenarían los ojos de lágrimas? De cualquier modo, hiciera lo que hiciese, ya no era su responsabilidad; era él quien había rechazado la necesidad de un espejo.

—Es un cuento que leí en alguna parte... Ahora está de moda huir de la casa, ¿sabe? Bien, creí que se debía a las malas condiciones de vida, pero eso no parece constituir la única razón. Se refería a una familia de campesinos de clase media, que últimamente había agregado tierras a su patrimonio, había adquirido maquinarias y se desenvolvía muy bien cuando, de improviso, el hijo mayor se fue de casa. Era un joven tranquilo y trabajador; sus padres estaban totalmente confundidos, no se explicaban por qué se había marchado. En la provincia existen aún las llamadas obligaciones sociales, una reputación que cuidar; debió de haber una razón muy fuerte para que nada menos que el heredero se fugara de casa...

—Sí, claro... Una obligación social es una obligación social...

—Luego parece ser que uno de los parientes se preocupó de buscar al joven y enterarse de su historia. Resultó que no estaba viviendo con una mujer, ni parecía estar entregado a los placeres ni tener deudas de ninguna especie, es decir, no había un solo motivo concreto.

¿Cuál podía ser, pues, la razón? Lo que el joven había contestado no tenía ningún sentido. Aparentemente, ni él mismo podía explicarlo bien, solo que ya no aguantaba más.

— Realmente hay gente tonta en este mundo, ¿verdad?

— Pero si lo piensas, puedes comprender los sentimientos del joven. Cuando los campesinos compran más tierra con el fruto de su trabajo, eso significa que tienen que trabajar más que antes. A fin de cuentas, las preocupaciones y el trabajo no tienen fin, y lo único que obtienen es la posibilidad de tener más quehacer que antes. Sin embargo, el campesino al menos obtiene alguna ganancia de su arroz y de sus patatas. Comparado con eso, palear arena es como tratar de amontonar piedras en el Río del Infierno, de donde los diablos se las llevan en cuanto uno las echa.

— Bueno, ¿y qué pasa finalmente con el Río del Infierno?

— Nada... Es un castigo del Infierno, precisamente porque no pasa nada.

— Bien, pero ¿qué pasó con el joven del cuento?

— Supongo que como todo estaba planeado, incluso pudo haber elegido previamente un trabajo.

— ¿Y entonces, qué haría?

— Pues tal vez aceptar el trabajo.

— ¿Y después?

— Bueno, supongo que después cobraría en los días de pago, y cada domingo se pondría una camisa limpia para ir al cine.

— ¿Y luego?

— ¡Qué sé yo! ¡Tendrás que preguntárselo a él mismo!

— Seguramente habrá comprado una radio con un poco de dinero ahorrado, ¿no?

Creía que por fin había acabado de trepar, pero solamente estoy a medio camino... No, no es cierto... Esto ya es el llano... Pero ¿dónde se han metido las luces que eran la referencia?

Siguió caminando, con una vaga incredulidad. El lugar donde estaba parecía ser el lomo de una gran duna... ¿Por qué, entonces, no podía ver las luces desde allí? Lo asaltó una aprensión que le paralizó las piernas; era posible que el descuido anterior fuera la causa de su fracaso. Se dejó resbalar por el plano escarpado, sin tener en cuenta la dirección. Era un barranco insospechadamente largo, y no solo profundo, sino también ancho. Para colmo, en el fondo se enmarañaban pequeñas ondulaciones y eso lo confundía. De cualquier modo, no lograba entender por qué no se veía ninguna de las luces del pueblo. Su margen de error no iba más allá de un kilómetro a cada lado de su ruta. Era admisible que hubiera equivocado la dirección, pero no podía tratarse de un error sabio... En realidad había querido dirigirse hacia la izquierda, y tal vez por el miedo que le tenía al pueblo, sentía que debía ir directamente a la derecha para acercarse a las luces. Pronto se levantaría la niebla y saldrían las estrellas... De hecho, lo más rápido sería trepar a cualquier lugar elevado, sin tener en cuenta su dirección, para conseguir la mejor perspectiva posible.

Sin embargo, seguía sin entender... No entendía por qué la mujer se sentía tan atraída por ese Río del Infierno. Cuestiones como «Amor al Pueblo» y la obligación social solo tienen sentido si uno pierde algo cuando se desentiende de ellas... Pero ¿qué diablos tenía ella que perder?

(La radio y el espejo, la radio y el espejo...).

Por supuesto que le mandaría una radio... Pero ¿no resulta que, al final, eran muchas las cosas que la mujer había perdido? Por ejemplo, se ha acabado para ti, mujer, la ceremonia de bañarme, que tanto te gustaba. Tú siempre guardabas el agua para bañarme aunque tuvieras que dejar para luego el lavado de la ropa. Solías echarme agua caliente entre las piernas y, exactamente como si alguien te la hubiera echado a ti, ondulabas tu cuerpo dando risas chillonas. Ya no tendrás más ocasiones de reírte de esa manera. Eso se acabó.

No, no debes interpretarme mal... Desde el principio, no hubo ninguna especie de acuerdo o contrato entre tú y yo. Y al no haber contrato no puede haber ruptura de contrato. Además, yo también fui afectado hasta cierto punto. Por ejemplo, la peste de aquel sake barato que llegaba una vez a la semana y parecía jugo de basura. La contracción de la carne en la parte interior de tus muslos, en donde se podían ver los salientes de los músculos como si fueran un cubo de madera. El sentimiento de vergüenza cuando limpiabas con un dedo ensalivado la arena como hule quemado que se había acumulado en los labios oscuros de tu vulva. Y tu sonrisa tímida, que hacía que esas cosas parecieran aún más indecentes... Sumando otras cosas más, el total sería bastante elevado. Aunque parezca increíble que me haya dejado enredar en todo esto, no deja de ser un hecho. Más que la mujer, el hombre tiende a enamorarse de los fragmentos y detalles de las cosas.

Además, cuando pensaba en lo que le habían hecho los aldeanos, consideraba casi imposible calcular el daño que había sufrido. La relación entre la mujer y él tenía poca importancia ante esto. Algún día intentaría vengarse de ellos. Aún no había decidido cuál sería la más destructora de las venganzas. Al principio había pensado en incendiar todo el pueblo, o envenenar los pozos, o poner una trampa que atrajera a los lugareños, uno por uno, a un hoyo de arena; había pensado en estas acciones directas exacerbando su imaginación, pero ahora que tendría la oportunidad de ponerlas realmente en práctica, no podía seguir ocupándose de cosas tan infantiles. Al fin y al cabo, la violencia de un individuo no puede llegar a tanto. Lo único que podía hacer era quejarse ante la justicia. Pero aunque lo hiciera, dudaba hasta qué punto las autoridades captarían la crueldad de este incidente que tuvo que padecer. Bueno, por ahora, informaría a la policía de la prefectura.

¡Ah, sí, y hay otra cosa más!

¡Un momento! ¿Qué es ese ruido? Ya no se oye... Tal vez fue mi imaginación. Y a propósito, ¿adónde se han ido las luces del pueblo? Aunque el terreno es accidentado, realmente es absurdo que no se las pueda ver por ninguna parte. Tal vez, debido a mi tendencia a ir hacia la izquierda, me haya alejado demasiado hacia el promontorio y algunas ondulaciones altas me han ocultado la aldea. No hay tiempo que perder... Me decido, y voy hacia la derecha.

Por último, hay una cosa más que no debes olvidar, y es que nunca pudiste contestar una pregunta mía. Recuerdo que fue un día de lluvia después de que lloviera de forma continuada durante dos días seguidos. Cuando llovía aumentaba la fuerza de los derrumbes, pero había mucha menos arena en el aire. Como el primer día habíamos trabajado un poco más de lo común, podíamos tomarlo con calma al día siguiente. Aprovechando el primer período de descanso después de un tiempo bastante largo, había decidido continuar tenazmente, con el propósito firme de averiguar qué era lo que te mantenía en ese agujero de arena, y estaba dispuesto a hacerlo con la misma calma con la que uno arranca poco a poco una costra producida por alguna enfermedad de la piel. La perseverancia con que lo

hice me llegó a sorprender a mí mismo. Tú, que al principio dejabas alegremente que la lluvia golpeará tu cuerpo desnudo, llegaste al final a las lágrimas. Por fin empezaste a decir algo, algo acerca de que no te podías ir simplemente por los restos de tu marido y tu niño, que habían sido sepultados junto con el gallinero el día del tifón. Bueno, eso era comprensible y bastante racional por tu parte, e incluso podía comprender tu reticencia a no hablarme de ello hasta ese momento. De todos modos, había decidido creerte, pero desde el día siguiente pensé en dedicar algunas de mis horas de sueño a buscar esos restos.

Había cavado durante dos días en el lugar que me habías indicado; pero no había encontrado ni rastro del gallinero, por no hablar de los huesos. Luego me señalaste otro lugar. Tampoco pude encontrar nada allí. Y luego me indicaste otro más. De esa forma había cavado en vano durante nueve días, en cinco lugares distintos, y al final empezaste a dar excusas, poniendo cara llorosa. Habías dicho que obviamente la casa había cambiado de lugar, o de dirección, debido a la presión constante del movimiento de la arena. O tal vez, era que el pozo mismo se había movido. También dijiste que era muy posible que el gallinero y los restos de tu familia hubieran quedado sepultados bajo un grueso muro de arena que separa tu casa de la de tus vecinos, y que tal vez los restos estuvieran en el patio de los vecinos. Teóricamente, todo era posible. Pero tu expresión infeliz, derrotada, obviamente demostraba que, si bien no habías tenido intención de mentir, tampoco desde un principio habías tenido la más remota intención de decirme la verdad. Después de todo, los restos no eran más que un pretexto. Ya no tenía fuerzas para enojarme. Y luego ya había decidido no tratar de calcular quién le debía a quién. Pienso que tú seguramente puedes entenderlo, pero...

¿Qué es esto? El hombre se asustó y se tiró de bruces al suelo. Todo había sucedido con demasiada rapidez y no pudo entender la situación... ¡De pronto, toda la aldea estaba delante de él! Por lo visto, había estado caminando directamente hacia el promontorio de arena que estaba junto a la aldea. En el momento en que el panorama se abrió delante de él, se encontró en el mismo centro de la aldea. Antes de que pudiera reponerse, un ladrido hostil se oyó desde un seto cercano y fue repetido por un perro tras otro, en una reacción en cadena. Un círculo de colmillos blancos lo rodeaba en la oscuridad e iba estrechándose. Sacó la cuerda con las tijeras de podar, dio un salto y empezó a correr. No había alternativa. Lo único que podía hacer era correr directamente hacia la salida de la aldea.

XXV

Corrió.

Las casas, flotando en la vaga luz de lámparas encendidas, formaban un laberinto de obstáculos y pasajes a los lados de su vía de escape. El viento que silbaba en su garganta contraída sabía a óxido tibio. Era correr un riesgo desesperado sobre una delgada lámina de cristal que ya estaba a punto de romperse. Era demasiado tarde para pensar que las cuadrillas de canastas no habían salido de sus casas, pero, al mismo tiempo, era demasiado temprano para pensar que hubieran recorrido la distancia que había hasta la orilla del mar. De hecho, no recordaba haber oído el sonido del motocarro. A un kilómetro de distancia, era imposible dejar de oír el ruido infernal de ese loco motor de dos cilindros. La situación era extremadamente grave.

Una bola negra saltó de repente desde las sombras. A juzgar por su respiración, era un perro bastante grande. Sin embargo, resultaba evidente que el perro no había sido entrenado para atacar, ya que había cometido el estúpido error de ladrar justo cuando estaba a punto de hundirle los colmillos. Lo fustigó con la cuerda, y las tijeras de podar hicieron un ruido sordo; el animal soltó un aullido lastimero y volvió a hundirse entre las sombras. Por suerte, solo le había mordido el dobléz del pantalón. Cuando retrocedió le fallaron las piernas, dio una voltereta y cayó. Pero de inmediato se encontró de pie y corriendo.

Pero no había solo un perro, sino, por lo visto, cinco o seis. Tal vez desalentados por el fracaso del primero, los demás esperaban su oportunidad mientras ladraban dando vueltas a su alrededor, a una distancia prudente. Era probable que el perro gordo y fornido de la cabaña los estuviera azuzando desde atrás. Al tiempo que formaba a su alrededor una barrera defensiva de un metro de diámetro, haciendo girar su cuerda, el hombre saltó sobre la pila de conchas a un terreno baldío y corrió entre los setos angostos, atravesando un patio donde había paja extendida secándose. Por fin salió a un camino ancho. Solo un poco más, y estaría fuera del pueblo...

Justo antes del camino había una pequeña zanja. Un niño y una niña, que parecían hermanos, salieron corriendo. Los vio demasiado tarde. Hizo lo posible por desviar la cuerda, pero llegó a golpearlos y los tres cayeron juntos a la zanja. En el fondo había algo como un cubo de madera, y el ruido sordo de la madera astillada acompañó la caída de los tres. Los niños chillaron... ¡Maldición! ¿Por qué demonios tienen que gritar tan alto? Los empujó con todas sus fuerzas y trepó frenéticamente hacia fuera; en ese mismo instante, las luces de tres linternas eléctricas, en fila, le cerraron el camino.

Al mismo tiempo empezó a sonar la campana de alarma. Se oía el lloriqueo de los niños... el ladrar de los perros... y a cada campanada su corazón se sobresaltaba, sus poros se abrían y de ellos salían arrastrándose un millar de pequeños insectos como granos de arroz. Una de las linternas parecía ser del tipo de las que pueden enfocar a voluntad, y en el momento en que pensaba que la luz disminuía, de repente su rayo lo volvía a arrastrar como una aguja calentada al rojo blanco.

¿Debo intentar un ataque de frente y patearlos echándolos a un lado con todas mis

fuerzas? Solo con que pudiera ganar el paso, estaría fuera del pueblo... Que después lamente o no lamente esta táctica, lo cierto es que depende de este instante. ¡Vamos! ¡No dudes! Si no se aprovecha la oportunidad, el «instante» desaparece para siempre... Para captar el instante, no se puede depender de una segunda oportunidad.

Mientras pensaba en esto, las linternas suspendidas en semicírculo a su alrededor se abrieron a derecha e izquierda, y empezaron a acercarse lentamente. Agarró la cuerda con más firmeza, balanceó las caderas, pero se quedó ahí, con los dedos de los pies hundiéndose cada vez más en el suelo blando, incapaz de llegar a una decisión. Los vacíos entre los amplios haces de luz de las linternas estaban ocupados por las oscuras siluetas humanas. Esa forma oscura, que parecía un hoyo a un lado del camino, era seguramente el motocarro. Aunque lograra pasar, lo alcanzarían de inmediato. A sus espaldas, oyó los pasos de los niños, que habían dejado de llorar y escapaban corriendo. De pronto tuvo una idea brillante: atrapar a los niños y usarlos como escudo. Si los cogía como rehenes podría impedir que los hombres se le acercaran. Pero cuando se dio media vuelta para perseguirlos vio otras luces que lo estaban esperando. ¡Ese camino también estaba cerrado!

Como si hubiera rebotado contra algo, y haciendo acopio de fuerzas, dio la vuelta corriendo por donde había venido. Su decisión había tenido mucho de reflejo: se trataba de encontrar algún sitio por donde atravesar esa duna vecina al promontorio. Los hombres del pueblo lo perseguían lanzando alaridos. Quizá se había apresurado demasiado: sentía débiles sus rodillas, como si se le hubieran aflojado las articulaciones. Pero por el momento, al menos, parecía que los había cogido por sorpresa, y ello le permitía mantenerse a suficiente distancia de los hombres, como para poder volverse de cuando en cuando y comprobar dónde estaban.

¿Cuánto habré recorrido? Ya había subido y bajado varias dunas. Pero cuanto más se esforzaba, más creía estar corriendo en el vacío, como sucede en los sueños. Pero no era el momento de reflexionar sobre el rendimiento de sus fuerzas. Desde detrás de la lengua le llegó un sabor de miel mezclada con sangre. Trató de escupir, pero la sustancia era demasiado viscosa. Poniendo los dedos en la boca, se raspó la lengua.

La alarma seguía sonando, pero ya lejana e intermitente. También el ladrido de los perros era ahora un parloteo caprichoso —como una negativa a resignarse— y también lejano. Lo que ahora oía y rompía el silencio del aire era su propia respiración, como la lima frotando el metal. Las tres luces que lo perseguían todavía estaban en fila, moviéndose de arriba abajo, y aunque no parecían acercarse, tampoco se estaban alejando. La dificultad de correr por ese terreno afectaba tanto al fugitivo como a los perseguidores. De ahí en adelante, el problema era la resistencia física, y no podía ser muy optimista en cuanto a eso. Tal vez la tensión había durado demasiado: de pronto fue como si en su mente se formaran abismos; e incluso llegó a pensar si no sería mejor que de una vez se le acabaran las fuerzas, así terminaría con todo este asunto. Era un peligroso síntoma de debilidad... No obstante, todavía se encontraba a salvo, ya que seguía siendo consciente del peligro.

Tenía los zapatos llenos de arena y le empezaron a doler los dedos de los pies. Miró hacia atrás: vio que sus perseguidores habían perdido terreno y estaban a unos 70 u 80 metros hacia la derecha. ¿Por qué se saldrán del trayecto de ese modo? Tal vez obedecía al deseo de evitar al máximo las pendientes. Por lo visto también ellos estaban cansados. A menudo se dice que el perseguidor se cansa antes que el perseguido. Se detuvo y se quitó de prisa los zapatos, para correr descalzo. Los metió debajo del cinturón porque en el bolsillo le

molestarían. Recobrando el ánimo, de un solo impulso trepó corriendo una ladera algo empinada. Si todo seguía así y tenía algo de suerte, aún era posible que pudiera escapar de ellos...

No había salido la luna, pero como la luz de las estrellas ponía manchas claras y oscuras en el paisaje que lo rodeaba, distinguía claramente los surcos lejanos. Aparentemente, se estaba dirigiendo al final del promontorio. Sintió que de nuevo iba hacia la izquierda; estaba a punto de cambiar de dirección, cuando se paró en seco. Advertía que de ese modo disminuiría de inmediato la distancia entre él y sus perseguidores; azorado, por fin cayó en la cuenta de cuál era el plan que tenían los otros.

Su persecución, que al principio había parecido poco plausible, de hecho estaba bien pensada, ya que ahora intentaban empujarlo hacia el mar. Comprendió que con el uso de las linternas buscaban precisamente dejarle ver sus posiciones; la forma en que mantenían su distancia, sin acercarse ni alejarse tampoco demasiado, seguramente estaba calculada.

Pero era demasiado pronto para resignarse. Había oído decir que existía un modo de trepar los acantilados por alguna parte, y en caso necesario no sería imposible llegar hasta detrás del promontorio. Ante el pensamiento de ser atrapado y conducido de vuelta con ellos, no podía perder tiempo en vacilaciones.

Descensos bruscos sucedían a subidas largas y suaves, subidas empinadas y luego lentas y suaves bajadas. Un pie tras otro... Un paso añadido al siguiente, como si enhebrara cuentas..., una continuidad paciente. Sin que supiera cuándo, la alarma había cesado. Ya no lograba distinguir entre el sonido del viento, el ruido del mar y el zumbido de sus oídos. Cuando trepaba una pequeña colina, echó una mirada hacia atrás. Las luces de los perseguidores habían desaparecido. Esperó un momento, pero no volvieron a aparecer.

¿Realmente habré escapado?

Despierta la esperanza, su corazón latió más rápidamente; si fuera cierto, habría razón de más para no descansar ahora... ¡Vamos, otro esfuerzo, y a correr hasta la próxima colina!

De pronto descubrió que ya no podía correr como antes. Las piernas le pesaban de un modo extraño. No era una pesadez común; no solo tenía la sensación, sino que realmente las piernas se le estaban hundiendo. Tuvo el pensamiento de que era como estar en la nieve, y ya para entonces se había hundido hasta las pantorrillas. Asombrado, luchó por sacar un pie, pero entonces el otro se enterró rápidamente hasta la rodilla. ¿Qué estaba pasando? Había oído hablar de la arena movediza... Trató de liberarse de alguna forma, pero mientras más se esforzaba, más se sumía. Ya tenía las dos piernas enterradas hasta los muslos.

¡Conque esta era la trampa! ¡El recurso de los perseguidores no había sido el mar, sino esto! Simplemente pensaban liquidarme, sin molestarse siquiera en la captura. ¡Y vaya eliminación! Ni un ilusionista lo habría hecho más limpiamente con un pase mágico. Otro soplo de viento, y la desaparición total. Ni a un perro policía, premiado como el mejor, le quedaría algo por hacer... ¡Esos desgraciados no tienen siquiera necesidad de aparecer en escena! No han visto ni oído nada. Un forastero tonto se metió solo y desapareció; eso es todo... Arreglaron el asunto sin ensuciarse las manos para nada...

Me hundo..., me hundo..., pronto estaré enterrado hasta la cintura... ¿Qué demonios tengo que hacer? Si pudiera aumentar la superficie de contacto con la arena, tendría menos peso por centímetro cuadrado, y posiblemente detendría un poco el hundimiento...

Se estiró a lo largo, con los brazos extendidos... Era demasiado tarde. Había pensado tenderse de bruces, pero la parte inferior de su cuerpo ya estaba fijada verticalmente en la

arena. Era imposible que sus ya exhaustas caderas se mantuvieran en ángulo recto por un lapso de tiempo apreciable. A menos que uno fuera un artista del trapecio, tarde o temprano llegaría al límite de la resistencia.

¡Qué oscuridad! El mundo entero ha cerrado sus ojos y se ha tapado los oídos... ¡Nadie es capaz de acudir cuando estoy a punto de perecer! El miedo le cerró la garganta, y de repente estalló. Se le aflojó la mandíbula, y el hombre soltó un grito animal:

— ¡Auxilio!

¡El lugar común inevitable! Pues ¿y qué? ¿De qué sirve la originalidad cuando se está a punto de morir? Quiero seguir viviendo como sea, aun con todas las características de un pastelito hecho en molde... Pronto me hundiré hasta el pecho, hasta la barbilla, hasta la nariz... ¡Ya basta! ¡Tengo bastante!

— ¡Auxilio! ¡Por favor! ¡Pronto, lo que sea! ¡Por favor, auxilio! ¡Por favor!

Por fin empezó a llorar. Al principio controló sus sollozos, pero pronto se convirtieron en llanto desatado. Temblando de miedo, con la horrible sensación de que todo se derrumbaba y estaba perdido. No importa si nadie me está viendo... Es demasiado injusto que todo esté pasando sin tener en cuenta los trámites... Hasta cuando muere un reo sentenciado, queda por lo menos un registro... Sí, gritaré hasta cansarme... ¡No tengo la culpa de que nadie esté mirando!

Así, cuando súbitamente unas voces le gritaron desde atrás, la sorpresa resultó devastadora. Lo derrotó completamente, hasta su sensación de vergüenza quedó borrada, como un ala de libélula consumida en un instante por el fuego.

— ¡Eh, usted! ¡Agárrese a esto!

Un largo pedazo de tabla se deslizó hasta él y le dio en un costado del abdomen. Un círculo de luz cortó la oscuridad y cayó sobre la tabla. Torció con dificultad la parte superior de su cuerpo, rogando a los hombres que oía detrás de él:

— Por favor, sáquenme con esta cuerda...

— No, no podemos sacarlo como si fuera una raíz...

La risa estalló a sus espaldas. No podía asegurarlo, pero debían de ser cuatro o cinco.

— Aguante un poco más, ya hemos enviado por unas palas. Suba los codos a esa tabla y no tendrá qué temer...

Puso los codos como le habían dicho y apoyó la cabeza entre los brazos. Tenía el pelo empapado en sudor. No sentía emoción especial, excepto el querer acabar con esa situación bochornosa tan pronto como fuera posible.

— Oiga... en fin, tiene suerte de que le hayamos seguido; sabrá que este lugar es una verdadera trampa; hasta los perros lo evitan... De veras estuvo en peligro. Mucha gente vino por aquí sin saber, y nunca regresó. Esto está detrás de las colinas y aquí se deposita todo lo que lleva el viento. En invierno se acumula nieve, que luego cubre la arena, y sobre eso vuelve la nieve. Ha venido sucediendo durante cien años, hasta convertirse en algo parecido a una pila de galletas delgadas. Por lo menos así lo cuenta el segundo hijo del exjefe del sindicato, ese que fue a la escuela en la ciudad... Interesante, ¿verdad? Si se cavara hasta el fondo tal vez se encontraría algo de valor...

¿Con qué intención me cuenta todo esto? ¡Ya podría dejar de hablar de esa forma inocente, como quien no sabe lo que está pasando! O al menos, podría dejarme solo con mi esperanza despedazada...

Momentos más tarde hubo una conmoción detrás de él; era de suponer que habían

llegado las palas. Tres hombres, que habían atado unas tablas contra las suelas de sus zapatos, comenzaron a cavar torpemente para formar un círculo amplio alrededor de él. Iban quitando arena por capas. Sus sueños, su desesperación, su vergüenza, su preocupación por las apariencias —todo había sido enterrado bajo la arena—: todo había desaparecido. Y así, cuando las manos de los hombres tocaron sus hombros, no sintió la menor emoción. Si en ese momento se lo hubieran ordenado, se habría bajado los pantalones y hubiera defecado allí, frente a ellos. El cielo se había aclarado, y parecía que pronto saldría la luna. ¿Qué cara pondrá la mujer al recibirme? En realidad no me importa lo más mínimo la clase de bienvenida que pueda darme... Ahora estaría dispuesto a convertirme en un *punching ball* para que me golpearan a placer.

XXVI

Le pasaron una cuerda bajo los brazos, y como un bulto lo bajaron al pozo. Nadie dijo una palabra, y se diría que estaban asistiendo a un entierro. El hoyo era profundo y oscuro. La luz de la luna envolvía el paisaje de las dunas en una claridad sedosa, perfilando las ondas de la arena y las huellas de los pasos, como pliegues de vidrio; no obstante, solo el pozo, rehusando tener un papel en el paisaje, se veía negro como boca de lobo. No es que lo molestara especialmente. Agotado como estaba, el simple hecho de levantar la cabeza para mirar lo mareaba y le causaba náusea.

Dentro de la sombra, la mujer era una mancha oscura, sobre el fondo negro. Lo acompañó hacia la cama, pero por alguna razón no alcanzaba a verla. No, no era solo la mujer, todas las formas a su alrededor se habían vuelto borrosas. Aún después de haberse dejado caer en el lecho, mentalmente seguía corriendo con todas sus fuerzas en la arena... Y dormido, siguió corriendo en sueños. Pero su sueño era ligero. Recordaba perfectamente el ladrido distante de los perros, el sonido del vaivén de las canastas. Recordaba también que durante la noche la mujer había regresado para buscar algo de comer, y que había encendido la lámpara junto a su almohada. Despertó del todo la vez que se levantó a beber agua. Pero no se sentía con energía suficiente para ir a ayudar a la mujer en su tarea.

Puesto que no tenía nada que hacer, encendió la lámpara; fumaba distraídamente un cigarrillo cuando una araña gorda, pero ágil, empezó a dar vueltas alrededor de la lámpara. Si se tratara de una polilla se comprendería que fuera atraída por la luz, pero resultaba extraño en una araña. Estaba a punto de quemarla con el cigarrillo, pero se detuvo: el insecto seguía girando con gran precisión en un radio de quince a veinte centímetros, como la manecilla de un reloj. Pudiera no ser simplemente una araña fototrópica. La estaba observando, expectante, cuando llegó revoloteando una polilla de alas gris oscuro, con antenas blancas y negras. Varias veces, al chocar contra el tubo de la lámpara, proyectó en el techo su enorme sombra; luego se encaramó al asa de metal y se quedó allí, inmóvil. A pesar de su aspecto corriente, era una polilla extraña. Al aplicarle el cigarrillo en el pecho, sus centros nerviosos quedaron destruidos; con un golpecito envió al insecto, que se retorció, hacia la araña. Enseguida comenzó el drama que esperaba. La araña saltó al instante adhiriéndose a la víctima, todavía con vida. Luego, arrastrando consigo a su presa, ya inmóvil, empezó de nuevo a dar vueltas. Parecía relamerse por anticipado ante la idea de succionar a su víctima.

No sabía que hubiera arañas así. Era muy ingenioso usar la lámpara en lugar de una telaraña. En la telaraña solo cabía una espera pasiva, mientras que usando la lámpara se podía atraer a la presa. Sin embargo, el requisito previo para hacer eficaz el método era procurarse la luz adecuada. Lástima que fuera imposible conseguir esa clase de luz en la naturaleza. No podía comenzar a dar vueltas a la luz de la luna, ni buscar un incendio forestal. ¿Sería entonces esta una nueva especie de araña, que había desarrollado su instinto evolucionando después del hombre? No estaba mal como hipótesis... Pero, en ese caso, ¿cómo se explicaba la atracción de la luz sobre la polilla? Si no fuera por esta araña,

difícilmente se podía pensar que la luz de una lámpara fuera útil para la continuidad de la especie. Y, sin embargo, se trataba de lo mismo, ya que la atracción ejercida por la lámpara, tanto en la araña como en la polilla, había sido posterior a la aparición de la luz fabricada por el hombre. El hecho de que todas las polillas no salieran volando hacia la luna era una prueba irrefutable de ello. Se comprendería si fuera un hábito de una sola especie. Pero al ser común a las polillas de unas diez mil variedades, solo se podía deducir que era una ley inmutable. Ese ciego y loco batir de alas que suscitaba la luz creada por el hombre... esa conexión secreta e irracional entre luces, polillas y arañas... Si una ley semejante aparecía así, alocadamente, ¿en qué diablos se podía creer?

Cerró los ojos... Ante él flotaban ondulantes manchas de luz... Si trataba de atraparlas, en un instante se arremolinaban y escapaban... Como sombras de escarabajos que hubiesen quedado en la arena.

Lo despertaron los sollozos de la mujer.

—¿Por qué lloras?

La mujer se apresuró a levantarse, tratando de ocultar su embarazo.

—Lo siento... Estaba a punto de hacerle un poco de té.

Su voz llorosa lo intrigó. Su espalda, encorvada para atizar el fuego, le daba un aspecto extrañamente turbado y le llevó algún tiempo entender lo que significaba. Sus movimientos eran lentos, como si hojeara trabajosamente las páginas de un libro mohoso. De todas maneras había conseguido volver las hojas. De pronto se vio tan desgraciado que tuvo lástima de sí mismo.

—Fracasé...

—Sí...

—Realmente, fallé de la manera más tonta.

—Pero es que no ha habido una persona que lo haya logrado, ni una sola...

La mujer hablaba con voz nasal, pero había en esa voz cierta fuerza, como si estuviera justificando el fracaso del hombre. Era una ternura lastimosa. ¿No sería demasiado injusto que tanta ternura no fuese compensada?

—Lástima... Pensaba que, de lograrlo, compraría una radio y te la enviaría de inmediato...

—¿Una radio?

—Lo estuve pensando todo el tiempo.

—Oh, no, no tiene por qué... —dijo ella, confusa, como disculpándose—. Si trabajo fuerte en labores adicionales, podré comprarla yo misma... Si fuera en cuotas mensuales, solo tendría que pagar el anticipo, ¿verdad?

—Bueno, tienes razón. Si la compraras en cuotas mensuales, podrías...

—Cuando hierva el agua, ¿quiere que le lave la espalda?

Lo invadió una tristeza como la luz del alba... Bien podían lamerse mutuamente las heridas. Pero, de persistir en las heridas que no se cierran nunca, terminarían por quedarse sin lengua.

—No me había convencido. Pero imagino que la vida no es algo con lo que uno pueda conformarse... Hay vidas de todas clases, y suele verse más verde el otro lado del monte. Lo insoportable para mí es no saber en qué voy a terminar si continúo viviendo de este modo... Aunque lo cierto es que nunca se sabe, cualquiera que sea la vida que uno lleve. No puedo dejar de sentir que sería preferible una vida con algo de distracción...

—¿Quiere que lo lave?

Hablaba como dándole ánimos. Era una voz suave, atractiva. Lentamente se desabrochó la camisa y los pantalones. Sentía como si la arena lo hubiera invadido hasta dentro de la carne. (¿Qué estará haciendo *ella*?). Era como si todo lo sucedido hasta ayer estuviera a siglos de distancia.

La mujer empezó a enjabonar la toalla.

Tercera parte

XXVII

Octubre.

Durante el día los rastros del verano, renuente a concluir, aún quemaban la arena, hasta el punto de que no era posible andar descalzo sobre ella más de cinco minutos; pero a la caída del sol, por las paredes llenas de grietas, se filtraba la humedad fría de la noche, lo que obligaba a secar las cenizas mojadas del fogón. Estos cambios de temperatura producían, en las mañanas y las tardes sin viento, una niebla con aspecto de río turbio.

Cierto día, el hombre puso una trampa para atrapar cuervos en el espacio libre detrás de la casa. La llamó «Esperanza».

La trampa era muy sencilla y funcionaba de acuerdo con las propiedades de la arena. Cavó un agujero bastante profundo, y en el fondo instaló un balde de madera. Tres palillos grandes como fósforos sostenían una tapa apenas más pequeña que la boca del balde. Ató a cada uno de los palillos un hilo delgado que, pasando por el agujero hecho en el centro de la tapa, se conectaba a un alambre colocado fuera. En la punta del alambre había fijado como cebo un pedazo de pescado seco.

La trampa fue cubierta cuidadosamente con arena, de tal forma que lo único visible era el cebo, sobresaliendo de una taza de arena. En cuanto el cuervo tocara el pescado, los palillos se desprenderían, caería la tapa y la arena cubriría al pájaro, sepultándolo vivo... Probó dos o tres veces y al parecer todo funcionaba bien. Imaginaba la lastimosa figura del cuervo, tragado por la arena antes de poder siquiera abrir las alas.

Luego, con suerte, podría atarle una carta en una pata... Por supuesto, se trataba de tener suerte. Es necesario pensar primero en que la posibilidad de que el cuervo, una vez suelto, caiga en manos de alguien, es muy remota... Y luego, quién sabe hacia dónde volaría...; por otra parte, el radio de vuelo de un cuervo es muy limitado... Pero lo peor sería que los aldeanos relacionaran el hecho de soltar al cuervo con el de verlo en la bandada con un papel blanco en una de sus patas: enseguida se darían cuenta de mis intenciones. Eso echaría a rodar toda la paciencia acumulada hasta ahora.

Desde su fracaso en la fuga, se había vuelto extremadamente cauteloso. Se dedicó a distraer la vigilancia de los aldeanos, ajustándose a la vida del pozo como si se tratara de una hibernación. Se ha dicho que la repetición de un mismo patrón produce un eficaz color protector. Si conseguía amalgamarse a una vida de simples repeticiones, era posible que en cierto momento los aldeanos dejaran de ser conscientes de su presencia.

La repetición poseía otro elemento efectivo. Por ejemplo, la mujer se había dedicado, en los últimos dos meses, a enhebrar cuentas día tras día, con una concentración que daba a su cara un aspecto de estar hinchada. Con una larga aguja que parecía hacer bailar, recogía las cuentas de metal desparramadas en el fondo de una caja de papel. Calculaba que sus ahorros sumaban alrededor de dos mil yenes, y que en medio mes reuniría una suma como para pagar el anticipo de una radio.

El vaivén de la aguja tenía algo importante que le daba la sensación de ser el centro del mundo. Ese movimiento reiterado otorgaba colorido al presente y hacía que el palpar ese

presente se volviera más seguro, más actual. También el hombre, por no quedar fuera, resolvió dedicarse a alguna actividad manual que resultase especialmente monótona. Ya se había convertido en rutina diaria el sacar la arena del techo, tamizar el arroz o lavar la ropa. Cuando empezó a hacer estos trabajos, descubrió que no le pesaba el correr del tiempo, e incluso tarareaba alguna canción. Su invención de una pequeña carpa de plástico para cubrirse mientras dormían, o el ingeniar un sistema para cocer el pescado hundiéndolo en arena quemada, eran cosas que le hacían pasar el tiempo más placenteramente.

Desde su regreso al pozo, para no perturbar su espíritu, trató de no leer el diario. Pasada una semana, ya no tuvo deseos de leer. Después de un mes, casi había olvidado que existían cosas tales como el periódico. Cierta vez encontró la reproducción de un grabado, *El infierno de la soledad*, y lo observó con curiosidad. Se trataba de un hombre flotando inestable en el aire, con sus ojos abiertos por el terror, pero el espacio que lo rodeaba, lejos de ser vacío, era una serie de sombras semitransparentes de muertos que impedían cualquier movimiento del hombre. Los muertos, cada uno con diferente expresión, parecían empujarse unos a otros mientras hablaban incesantemente al hombre. ¿Por qué razón eso era *El infierno de la soledad*? En aquel momento pensó que se habían equivocado al poner el título; ahora podía entenderlo. La soledad es una sed que la ilusión no satisface.

Por eso uno se roe las uñas en la imposibilidad de hallar la paz en el simple latido del corazón; consume cigarrillos porque no está satisfecho con el ritmo de su propio cerebro; uno tiene que hacer templar su cuerpo al no encontrar la satisfacción tan solo en el sexo. La respiración, la marcha, el movimiento de los intestinos, el horario cotidiano, el domingo cada siete días, los exámenes finales después de cuatro meses, lejos de tranquilizarlo lo habían empujado a incurrir en nuevas repeticiones. Así, pronto se encontró fumando más que antes, y tenía pesadillas en las que buscaba un lugar donde ocultarse de las miradas de la gente, junto con una mujer de uñas sucias; y finalmente, cuando advirtió los primeros síntomas de intoxicación, despertó su interés repentino hacia el cielo gobernado por el más simple círculo elíptico y las dunas de arena graduadas en ondas de $1/8$ mm.

Aunque la lucha constante con la arena y los trabajos manuales que cumplía a diario le reportaban una cierta satisfacción, esta reacción no era del todo masoquista. No habría encontrado extraño que tal cura existiera.

Una mañana, junto con las cosas que regularmente les repartían, venía una revista humorística. La revista en sí no tenía nada de particular. La cubierta estaba rota y sucia, con marcas de dedos, y debió de ser algo comprado de segunda mano. Pero, salvo el hecho de que estaba sucia, era la clase de cosa con que los aldeanos mostraban su consideración. El caso fue que al leerla se revolcó de risa, golpeando el suelo y retorciéndose como víctima de convulsiones.

Los chistes y las ilustraciones eran simplemente estúpidos. Los dibujos, hechos a la ligera, vulgares y sin sentido; si se lo hubieran preguntado, seguramente no habría logrado explicar por qué resultaban tan divertidos. Uno de ellos era gracioso, pero únicamente por la expresión del caballo, que se había caído con una pata rota por el peso del hombre voluminoso que lo montaba. ¿Cómo pudo reírse tanto encontrándose él mismo en esa situación? ¿Debería sentir vergüenza! Existe un límite para saber acondicionarse a una situación de hecho. Debería recordar que su acondicionamiento era tan solo un medio, y no

un fin. Sonaba muy bien decir hibernación, pero ¿acaso se había convertido él en un topo, perdido todo deseo de volver a mostrar su cara a la luz del día para el resto de su vida?

Realmente, si lo pensaba, debía convenir en que no había modo de saber cuándo y de qué manera podría venir la ocasión de escapar. Era posible concebir que, después de acostumbrarse a una espera sin tener nada especial en mente, llegara un estado de cosas en que, terminada la hibernación, no pudiera salir al exterior, cegado por la luz del día. Dicen que después de tres días de mendigar, ya no se puede dejar de hacerlo... Por lo visto, tales corrosiones internas se producen con gran rapidez. Estaba pensando seriamente en el problema, pero bastó que recordara la expresión del caballo para volver a tener una risa loca. La mujer, absorta como siempre en hilvanar las cuentas bajo la luz de la lámpara, levantó la cabeza y se volvió con sonrisa inocente. No pudo soportar su propia decepción; arrojó la revista y salió de la casa.

Una neblina lechosa se revolvía, dibujando grandes ondas sobre el acantilado. Espacios en sombra formados por manchas, remanentes de la noche..., espacios brillantes como alambres al rojo vivo..., espacios recorridos por corpúsculos brillantes de vapor... La combinación de sombras mostraba mil fantasías que lo incitaban a ensueños sin límites. No se cansaba de admirar el espectáculo. Cada instante estaba repleto de nuevos descubrimientos. Todo estaba allí, desde formas reales hasta otras fantásticas que nunca antes había visto.

Fue ante ese remolino cuando el hombre empezó, casi involuntariamente, a decir su apelación.

— ¡Su Señoría, exijo que se me diga cuál es el contenido de la acusación! Exijo que se me comunique el motivo de mi sentencia. Como puede ver, el acusado está de pie ante su Señoría, en espera de sus palabras.

Entonces, una voz que recordaba haber oído antes respondió en la niebla. Sonaba apagada, como si de pronto pasara a través de un teléfono.

— Después de todo, es uno entre cien, ¿verdad?

— ¿Qué has dicho?

— Te estoy diciendo que en Japón existen esquizofrénicos en un promedio de uno por cada cien personas.

— ¿Y eso en nombre de qué?

— Al parecer los cleptómanos también son uno entre cien.

— ¿De qué diablos estás hablando?

— Si hay un uno por ciento de homosexualidad entre los hombres, es natural entonces que sea el uno por ciento el lesbianismo entre las mujeres. Los incendiarios son el uno por ciento, los borrachos de mal carácter, también el uno por ciento; los retrasados mentales, el uno por ciento; los maniáticos sexuales, el uno por ciento; los megalómanos, el uno por ciento; los estafadores empedernidos, el uno por ciento; las mujeres frías, uno por ciento; los terroristas, uno por ciento; paranoicos, uno por ciento...

— Desearía que dejaras de soltar estupideces.

— Bien, escúchame con calma. Los que sufren vértigo, los drogadictos, los histéricos, los asesinos maniáticos, los sifilíticos, los deficientes mentales..., suponiendo que haya el uno por ciento de cada uno de ellos, sobre el total representarían un veinte por ciento... De ser posible enumerar otras ochenta anomalías, y por supuesto se puede, se constituiría una prueba estadística de que la humanidad es cien por cien anormal.

—¡Eso no tiene sentido! ¡No se puede hablar de anormalidad cuando no existe una medida de la normalidad!

—¿Qué te pasa? Por favor, lo único que estoy haciendo es tratar de defenderte...

—¿Defenderme?

—Incluso tú, supongo que no estarás tratando de insistir en tu culpabilidad.

—¡Por supuesto que no!

—Entonces, espero una conducta más obediente. Por excepcional que sea tu caso, no hay absolutamente ninguna razón para preocuparte. De la misma manera que la gente no tiene obligación de salvar a un bicho extraño como tú, tampoco tiene el derecho de juzgarte...

—¿Un bicho extraño? ¿Por qué mi resistencia a una detención ilegal me convierte en un bicho extraño?

—No pretendas pasar por santo. En Japón, país en el que son típicos el alto grado de humedad y el calor, el ochenta y siete por ciento de los daños son causados por el agua; los perjuicios imputables a tormentas de arena, como en tu caso, apenas alcanzan a cubrir la milésima parte del uno por ciento. Resulta tan ridículo como tratar de fijar una ley contra los perjuicios del agua en el desierto del Sáhara.

—No estoy hablando de las leyes especiales, sino del sufrimiento que me agobia... La detención ilegal es delito, sea en el desierto o en el pantano.

—Ah, la detención ilegal... Pero no existen límites en el deseo humano, ¿no es así? Tienes que comprender que eres una persona valiosa para los aldeanos...

—¡Vete a la mierda! Hasta yo tengo mejores razones para existir que esa.

—¿Estás seguro de que no estás infligiendo ningún agravio a tu venerada arena?

—¿Agravio?

—Escucha, hay personas en este mundo que en un período de diez años han calculado el valor de π hasta en cientos de cifras por debajo del decimal... Bueno, eso está bien; supongo que ellos tienen sus propias razones de ser... Pero tú te has tomado la molestia de venir a un lugar como este precisamente porque has rehusado tal razón de ser...

—¡Eso no es cierto! También la arena contiene un carácter completamente opuesto. Puedes usar su naturaleza al revés para construir moldes de fundición. También es material indispensable para fabricar hormigón. Se está investigando cómo mejorar la agricultura aprovechando que la arena suprime fácilmente la maleza o el crecimiento de los hongos. Incluso se ha experimentado para convertir la arena en tierra, utilizando las enzimas que desintegran la tierra. No se puede hablar de la arena así como así...

—Bueno, bueno, ¡vaya proselitismo! Pero si a cada momento vas a cambiar de opinión, no voy a saber qué creerte.

—¡No quiero morir como un pordiosero!

—En fin, es más o menos lo mismo, ¿no te parece? El pez que uno no pesca siempre es el más grande.

—¡Al diablo! ¿Quién eres?

En ese momento, una masa de niebla pasó ondulante e hizo desaparecer la voz del otro. En cambio, cayeron cientos de rayos luminosos como trazados con una regla. Sintió vértigo, y una sensación de cansancio, como un humo, se le filtró en el cuerpo.

Graznó un cuervo. Súbitamente recordó la trampa, «Esperanza», y decidió ir a ver; aunque no esperaba el éxito, sería mejor que la revista humorística.

El cebo estaba ahí, tal como cuando pusiera la trampa. El hedor del pescado podrido le

llenó la nariz. Hacía más de dos semanas que había puesto la «Esperanza» y nada había sucedido desde entonces. ¿Cuál sería la razón? Tenía fe en el mecanismo que había construido. Solo hacía falta que un cuervo se fiara del señuelo. Pero nada podía hacer cuando los pájaros no le prestaban atención.

¿Qué es lo que no les gusta de esta trampa? No tiene nada, desde el ángulo que se vea, que pueda despertar sospechas. Los cuervos son cautelosos en extremo por su hábito de andar husmeando entre las gentes, buscando los desechos humanos. Entonces, es cuestión de ver quién tiene más paciencia... Esperar a que ellos se acostumbren al pescado podrido del agujero... Cuando uno empieza a sentir que la paciencia es la derrota, está en el comienzo de la derrota. En realidad, bauticé «Esperanza» a la trampa pensando en este problema. El cabo de Buena Esperanza está en Gibraltar..., no, en Ciudad del Cabo...

El hombre regresó lentamente a la casa, arrastrando los pies. Era la hora de volver a dormir.

XXVIII

Cuando la mujer lo vio, apagó la lámpara de un soplo como si acabara de acordarse, y pasó a un lugar más claro, cerca de la puerta. ¿Pretendería seguir trabajando? Lo asaltó un impulso irresistible. Parándose frente a la mujer dio un golpe a la caja de cuentas que ella tenía en sus rodillas. Granos negros como semillas volaron sobre el suelo de tierra y se hundieron de inmediato en la arena. La mujer lo miró muda de espanto. La cara del hombre se vació de toda expresión. Un rugido sordo salió de sus labios flojos, junto con un hilo de saliva amarillenta.

—Es inútil... Deberías abandonarlo... Es inútil... Pronto el veneno estará en tus venas.

La mujer seguía silenciosa. Las cuentas que ya había ensartado se agitaron levemente entre sus dedos; brillaban como gotas de miel. Un temblor imperceptible empezó a atacar al hombre desde los pies.

—Sí, así es. Pronto será demasiado tarde... Un día nos encontraremos con que todos los aldeanos han desaparecido y somos nosotros los únicos que quedamos... Lo sé... Así será... Sucederá en cualquier momento y nos daremos cuenta demasiado tarde de que hemos sido traicionados. Todo lo que hayamos hecho hasta ahora para ellos se convertirá en una broma...

Los ojos de la mujer estaban fijos en las cuentas que sostenía en sus manos; movió la cabeza débilmente.

—Eso no puede ser. Aunque salieran de aquí, no todos podrían comenzar a trabajar de inmediato para poder vivir.

—En resumen viene a ser la misma cosa, ¿no crees? De todas maneras, el estar aquí tampoco significa que estén haciendo una vida normal.

—Pero está la arena...

—¿La arena? —El hombre apretó los dientes, y dibujó un círculo en el aire con su mentón—. ¿De qué sirve la arena? ¡Aparte de exigirte duramente no reporta ni un solo centavo!

—No es así; ellos la venden.

—¿La venden? ¿Y a quién demonios se la venden?

—Bueno, supongo que a las compañías constructoras, o algo por el estilo. Para mezclarla con el cemento...

—¡No bromees! Sería un desatino mezclar con el cemento este tipo de arena llena de sal. En primer lugar iría contra la ley, o por lo menos contra los reglamentos de construcción...

—Naturalmente, deben venderla en secreto, cobrando la mitad en el transporte, por ejemplo...

—¡Eso es absurdo! Aun cuando la mitad les salga gratis, no sería buen negocio cuando los edificios o las presas empezaran a caerse a pedazos, ¿no te parece?

La mujer lo interrumpió con una mirada de reproche. Fijó su vista a la altura del pecho del hombre y habló fríamente, abandonando su anterior pasividad:

—¿Por qué debemos preocuparnos de lo que les pase a los demás?

Se quedó pasmado. Parecía que la mujer se hubiera quitado una máscara. La cara de la aldea se le presentaba al descubierto a través de la mujer. Hasta ese momento se suponía que la aldea, unilateralmente, era el verdugo; o tal vez una planta carnívora sin voluntad propia, o una voraz anémona de mar, y se suponía que él era una pobre víctima que casualmente había caído en la trampa. Pero desde el punto de vista de los aldeanos, eran ellos los abandonados, y naturalmente no veían razón para sentir ninguna obligación hacia el mundo exterior. De manera que, si él era uno de los causantes del perjuicio, lógicamente los colmillos de los aldeanos estaban dirigidos a él. Nunca se le había ocurrido pensar de esta manera acerca de su relación con ellos. No era raro que se sintiera confundido y molesto. Pero aunque ese fuera el caso, y así lo admitía, batirse en retirada en ese punto sería como abandonar su propia justificación.

—Está bien; se entiende que no tenemos por qué preocuparnos por los demás —dijo, tratando ansiosamente de recuperar su posición—, pero alguien, en última instancia, saca un montón de dinero de este sucio negocio, ¿no es así? No creo que sea necesario apoyar a personas como estas...

—Oh, no; la compra y venta de la arena se hace a través del sindicato.

—Ya veo... Pero aun así, según la cantidad de acciones o el monto de la inversión...

—Todos los que eran lo suficientemente ricos como para tener barcos o algo así han dejado hace tiempo la aldea. Nosotros hemos sido bastante bien tratados. Realmente, no nos han hecho ninguna injusticia. Si cree que no digo la verdad, puede pedirles el libro de cuentas y usted mismo comprobará que todo está en orden.

Confuso, con un vago malestar, el hombre quedó allí como clavado. Por alguna razón, se sintió terriblemente desamparado. Su mapa estratégico, donde se suponía que los enemigos y las fuerzas aliadas estaban claramente divididas, se teñía con un color neutral que suprimía las diferencias, dejando una pintura borrosa. Ahora que lo pensaba no había por qué irritarse tanto por una insignificante revista de historietas. No podía haber nadie alrededor a quien preocupara el que se riera estúpidamente o dejara de hacerlo... Se le cerró la garganta y empezó a murmurar cosas incoherentes.

—Bueno, sí, por supuesto que sí... Es cierto eso acerca de los demás... Claro, sí...

Luego, soltó las palabras que no esperaba decir:

—¿Por qué dentro de poco no compramos una maceta, eh? —Estaba asombrado de sí mismo, pero la expresión de la mujer fue mucho más confusa; no podía echarse atrás—. Es demasiado triste no tener nada para reposar la vista...

La mujer contestó con voz vacilante:

—¿Qué le parece un pino?

—¿Un pino? No me gustan los pinos... Cualquier cosa sería mejor, no importa cuál, incluso una mata salvaje... Por el lado de la loma he visto mucha hierba. ¿Cómo se llama?

—Es una especie de trigo, o de hierba de la arena, creo. Pero me parece mejor un árbol, ¿no?

—De ser un árbol, sería preferible un arce o una paulonia, con las ramas finas y las hojas grandes, algo con hojas que se agiten con el viento.

Algo que se agite, un manojito de hojas, que se agiten y retuerzan tratando en vano de escapar de las ramas.

Su respiración, desligada de sus sentimientos, parecía flotar. Presentía que estaba a punto

de llorar. Rápidamente bajó al suelo donde estaban las cuentas esparcidas y, agachado, empezó a remover con torpes ademanes la primera capa de arena.

La mujer se levantó con premura:

—No se preocupe. Lo haré yo misma... Es simple; solo con usar un tamiz...

XXIX

Cierto día, orinaba de frente a la luna grisácea, que colgaba sobre el borde del agujero como pidiendo estar entre los brazos de alguien, y de repente le asaltó una terrible sensación de frío. ¿Me habré resfriado? No, este malestar es de otra naturaleza. Ese frío que uno siente antes de tener fiebre ya lo conozco de sobra, pero esto es totalmente distinto. No sentía que el viento le punzara ni tampoco tenía la piel erizada. Era la médula de los huesos — más que la superficie de su piel— lo que estaba temblando. Era como las ondas en el agua, expandiéndose lentamente en círculo, partiendo de un centro. Un dolor sordo y persistente resonaba de un hueso a otro. Era como si una lata oxidada, arrastrada por el viento, rodara dentro de su cuerpo, sonando a hueco.

Ahí estaba, parado, temblando y mirando la luna, y una serie de ideas desfiló por su mente. La superficie de la luna era como una cicatriz granosa, cubierta de polvo, como un jabón barato, seco, o más bien, una caja de merienda de aluminio oxidado... Luego, como mejor enfocada, asumió una forma inesperada: una calavera blanca, símbolo universal del veneno... Las tabletas blancas, cubiertas de polvo en el fondo de su frasco de insectos... Una curiosa semejanza entre la textura de la luna y la de las tabletas eflorescentes del cianuro de potasio. ¿Estaría el frasco aún oculto, enterrado bajo el anaquel próximo a la entrada?

Su corazón empezó a dar saltos irregulares, como una pelota de ping-pong rota. ¿Por qué debía pensar en cosas tan siniestras, como si no tuviera otras preocupaciones? Aun cuando no tuviera nada en que pensar, el viento de octubre traía un opresivo eco gemebundo; su voz aflautada resonaba en las cáscaras de las semillas. Mirando hacia el borde del pozo, a la luz suave de la luna, pensó que aquella sensación ardiente podía ser un indicio de celos; podían ser celos hacia todo aquello que presentara una forma, algo que ocupara un espacio fuera de ese pozo: las calles, los tranvías, las señales de tránsito en los cruces, los avisos en los postes eléctricos, el cadáver de un gato o las farmacias que venden cigarrillos. Así como la arena había carcomido por dentro las paredes de madera y las columnas, sus celos habían abierto hoyos dentro de él, haciéndolo sentir como una olla vacía sobre el fuego. La temperatura de la olla vacía subió rápidamente. Y podía suceder que pronto, por no poder resistir el calor, él lo abandonara todo. Antes de empezar a hablar de la esperanza, sería preciso sobrellevar este momento.

¡Quiero un aire más liviano! ¡Cuando menos un aire fresco, un aire que no esté mezclado con mi propio aliento! ¡Ah, qué maravilloso sería poder, aunque fuera por treinta minutos, subir al promontorio y ver el mar una vez al día! Debían permitirme por lo menos eso. La vigilancia de los aldeanos es demasiado estrecha para poder escapar; si tomaran en consideración mi fiel desempeño durante los tres últimos meses, encontrarían mi solicitud bastante razonable. Hasta a un preso confinado se le permite tener sus horas de ejercicio.

—¡Realmente no aguanto más! ¡De seguir así, con la nariz hundida en la arena todos los días del año, me convertiré en un encurtido humano! Pienso en si me dejarán dar un paseo por ahí de vez en cuando.

La mujer permaneció en silencio, como si se sintiera molesta, como quien no sabe qué

hacer con un niño malhumorado que ha perdido su caramelo.

—¡No te dejaré decir que no se puede! —El hombre comenzó a enojarse; aun mencionó la escala de sogas, de la que no se atrevía a hablar por el mal recuerdo que le traía—. La vez que traté de escapar, vi claramente casas en este lado que tenían colgada la escala de sogas.

—Sí, pero... —dijo ella tímidamente, como disculpándose—, eso es porque la mayoría de ellos ha vivido aquí durante generaciones.

—Entonces, ¿quieres decir que no hay esperanza para nosotros?

La mujer inclinó su cabeza resignada, igual que un perro abatido. Él podía tomar cianuro y probablemente la mujer lo vería hacer sin decir nada.

—Muy bien. Trataré de hablar directamente con ellos.

En su interior, sin embargo, no esperaba que tal negociación tuviera éxito alguno. Ya se había acostumbrado a verse derrotado. Es por eso por lo que cuando el viejo, que venía con los cargadores de canastas, le dio la respuesta, quedó sorprendido, aturdido casi.

Pero esta sorpresa fue lo de menos comparada con el contenido de la respuesta.

—Bueno, veamos... —comenzó el viejo pausadamente, como si al mismo tiempo ordenara sus viejos papeles dentro de la cabeza—. Es, eh..., no es absolutamente imposible llegar a un acuerdo... Bueno, es tan solo un ejemplo, pero si ustedes dos, aquí delante de la casa, y nosotros, como espectadores, si ustedes hacen eso, y nos lo muestran... Bueno, en ese caso, podríamos considerarlo razonable, podríamos permitirle...

—¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que debemos hacer?

—Pues, eso, ustedes dos haciendo eso... Eh, como macho y hembra... Eso es lo que queremos decir...

El grupo de cargadores que lo rodeaba rompió en locas carcajadas. El hombre permaneció inmóvil, como si lo estuvieran ahorcando, pero poco a poco empezó a entender lo que querían decir. Y a entender que había entendido. Una vez comprendida, le pareció que la proposición no era demasiado descabellada.

El haz de una linterna pasó volando sobre sus pies como un pequeño pájaro. Como esperando esa señal, siete u ocho haces, convertidos en discos luminosos, comenzaron a deslizarse hacia el fondo del pozo. Abrumado por el ardor como de resina quemada de los hombres que acechaban arriba, antes de pensar en resistirse, estaba a punto de dejarse contagiar de su locura.

Lentamente se dio la vuelta para ver a la mujer. La había visto allí paleando un momento antes, pero ya no estaba. ¿Habría regresado a la casa? Se asomó a la puerta y la llamó.

—¿Qué hacemos?

La voz apagada de la mujer llegó directamente a través de la pared:

—¡Déjelos!

—Pero quiero salir fuera, ¿sabes?

—Pero ¿cómo es capaz...?

—No tienes que tomarlo tan en serio...

La mujer estalló jadeante:

—¿Está usted loco? Sí, debe de estarlo... ¡Ha perdido la razón! ¡No me prestaré a semejante cosa! ¡No soy una maníaca sexual!

¿Será posible? ¿Realmente habré enloquecido? Aunque impresionado por la vehemencia de la mujer, en su interior se iba extendiendo un vacío perverso... Si he sido pisoteado hasta ese punto, ¿qué importancia tiene ahora el preocuparme por las apariencias? De haber algo

malo en mostrarse durante ese acto, tiene que haber algo malo también en los que lo ven... No hay por qué diferenciar tanto el hecho de ser visto y el acto de mirar. Y si admitimos que entre ambos hay una leve diferencia, esta pequeña ceremonia la haría desaparecer... Sobre todo, es preciso tener en cuenta el precio que obtendré de esto... ¡Podré caminar ahí arriba por donde me plazca! ¡Quiero sacar la cabeza del agua podrida, para respirar a mi antojo!

Calculando el lugar donde se encontraba la mujer, el hombre se arrojó sobre ella. Los gritos de la mujer y el ruido de ambos, luchando y golpeándose contra la pared, produjeron una excitación animal y encendieron la locura, allí arriba, en el acantilado. Silbidos, palmadas, gritos obscenos que no llegaban a ser palabras... Creció el número de espectadores, incluyendo a algunas mujeres jóvenes. Y el número de luces concentradas en la entrada de la casa había aumentado casi tres veces más que al principio.

Tuvo éxito al menos en sacar a la mujer fuera, gracias quizá a su táctica de asalto por sorpresa. Tomada por el cuello de su kimono, la mujer parecía una bolsa; las luces rodeando de forma compacta tres lados del agujero eran la hoguera de un festival nocturno. No hacía demasiado calor, pero el sudor chorreaba de sus axilas como una capa de piel despellejada, y sus pelos estaban como empapados de agua. Los gritos de los espectadores eran reverberaciones comprimidas que con enormes alas negras llenaban el cielo encima de sus cabezas. El hombre sintió que esas alas eran suyas, y también pudo sentir claramente que los del acantilado, que miraban conteniendo la respiración, podían ser él mismo. Ellos eran parte de él, y la espesa saliva que despedían era su propio deseo. En su mente, él era un representante de los ejecutores más que una víctima.

Pero el cordón del pantalón de la mujer fue un obstáculo inesperado. Estaba oscuro, y con sus dedos temblorosos era doblemente difícil desatar el cordón. Pensó que resultaría fácil romper el pantalón; tomándola por atrás con ambas manos, deslizó la cadera debajo de ella, pero en ese instante la mujer retorció el cuerpo y se desprendió de él. Se agitó en el suelo tratando de atraparla, pero volvió a ser rechazado con una férrea resistencia. Se asió violentamente a ella y le rogó:

—¡Por favor! ¡Por favor! De todas maneras no lo puedo hacer... Finjamos siquiera...

Sin embargo, no hubo ya necesidad de sujetarla. Ella había perdido toda voluntad de liberarse. Justo entonces, oyó un ruido de tela que se rasga; al mismo tiempo, sintió un golpe terrible en el vientre, al dar con el hombro de la mujer, que cargaba el peso de la ira en todo su cuerpo. El hombre cayó de rodillas doblado en dos. Inclineda sobre él, la mujer lo golpeó en la cara con sus puños, una y otra vez. A simple vista sus movimientos parecían lentos, pero cada golpe tenía la fuerza de quien pulveriza terrones de sal. La sangre empezó a brotar de la nariz del hombre, la arena se mezcló con la sangre y la cara se convirtió en una masa terrosa.

La excitación de los de arriba se marchitó al momento, como se cierra un paraguas al que se le han roto las varillas. Aunque se juntaron las voces de descontento, de burla y de aliento, lo evidente era que ya no habría unidad entre ellos. Los gritos obscenos en sus gargantas borrachas no lograban levantar el entusiasmo. Alguien arrojó algo, pero enseguida fue censurado por otro. Al igual que el comienzo, el final fue abrupto. Los gritos que incitaban al trabajo iban dejando su eco en la distancia; las luces en fila desaparecieron; atrás quedaba el viento negro del norte, llevándose los últimos vestigios de la excitación.

El hombre, golpeado y cubierto de arena, pensó vagamente que todo, en definitiva, había

sido realizado de acuerdo con un guion escrito; lo sentía en un rincón de su conciencia como una ropa interior húmeda, donde solo el latido de su corazón se hacía dolorosamente claro. Los brazos de la mujer, calientes como el fuego, estaban bajo sus axilas, y el olor de su cuerpo lastimaba su nariz con el efecto de espinas. Se abandonó en los brazos de la mujer como una piedra chata y lisa en el lecho de un río. Lo que quedaba de él parecía convertirse en un líquido que iba a diluirse en el cuerpo de la mujer.

XXX

Otra vez pasaron semanas monótonas de arena y noche. Como antes, «Esperanza» fue ignorada por los cuervos. Pero el pescado seco usado como cebo ya había dejado de ser tal pues, aunque fue desdeñado por los cuervos, no lo fue por las bacterias. Una mañana, al tocarlo con la punta de un palo, descubrió que solo quedaba la piel: el pescado era solo una pulpa negra, casi líquida. Cuando cambiaba el cebo decidió también revisar la trampa, sacó la arena que la cubría, y al abrir la tapa tuvo una sorpresa. En el fondo del balde de madera había agua. Solo unos diez centímetros, pero transparente y mucho más pura que esa agua cubierta de una capa metálica que le traían a diario. ¿Había llovido en estos días? No, por lo menos desde hacía medio mes. Entonces, ¿era la lluvia de hacía más de dos semanas, que se había quedado al fondo? Quería pensar de esa manera, pero lo desconcertaba el hecho de saber que ese balde se desaguaba. Como prueba de ello, en cuanto lo levantó, el agua empezó a escurrirse. A esa profundidad no podía haber un manantial subterráneo, y así llegó a la conclusión de que el agua que se perdía tenía que ser surtida constantemente desde alguna otra parte. Por lo menos así debía de ser en teoría. Pero ¿de dónde podía provenir el agua, en medio de esa arena completamente seca?

Apenas lograba contener la excitación que le subía gradualmente. Había una sola respuesta posible, y era la capilaridad de la arena. Debido al alto calor que recibe, la arena está invariablemente seca en la superficie, pero si uno cava un poco, siempre encuentra humedad. Debe de ocurrir que la evaporación que se realiza en la superficie actúa como una especie de bomba, succionando el agua que está debajo. Pensando en esto, comprendió fácilmente el porqué de la profusa neblina que se levanta cada mañana de las dunas y la humedad anormal que se adhiere a las paredes y columnas y pudre la madera. O sea, la sequedad de la arena no se debería simplemente a la falta de agua, sino más bien al hecho aparente de que la succión ejercida por la capilaridad nunca llega a alcanzar la rapidez de la evaporación. En otras palabras, el agua era suministrada constantemente. Pero lo inconcebible era que circulara con esa rapidez en un terreno ordinario. Y sucedía que su «Esperanza» había acertado esta circulación por algún lugar. Probablemente, el emplazamiento del balde y la abertura en torno a la tapa habían bastado para prevenir la evaporación del agua absorbida en el balde. Aún no se explicaba exactamente la relación entre el lugar del balde y los otros elementos, pero un estudio acerca de ello seguramente lo haría capaz de repetir el experimento. Y más aún, no debía de ser imposible construir un aparato más eficiente para almacenar agua.

Si el experimento daba resultado, no tendría por qué estar a merced de los aldeanos, en caso de que le cortaran el suministro de agua. Pero lo más importante era haber descubierto que toda la arena era como una enorme bomba. Equivalía a estar afincado sobre una bomba succionadora. Tuvo que permanecer sentado durante un momento y controlar su respiración para calmar sus crecientes palpitaciones. Desde luego, no debería decírselo a nadie. Podía ser un arma importante en caso de emergencia.

Pero no pudo contener la risa que naturalmente se apoderaba de él. Pues aun cuando

lograra callar lo de la «Esperanza», le era difícil ocultar su júbilo. De repente el hombre lanzó un grito alocado y tomó desde atrás y por la cintura a la mujer cuando esta preparaba la cama para dormir; al ser esquivado por ella, cayó boca arriba, y así como estaba empezó a patear sin parar de reír. Sentía cosquillas en el estómago, como si este fuera un globo de papel inflado con un gas especial. Sintió que la mano que cubría su cara empezaba a flotar libremente en el espacio.

La mujer rio también, pero algo a contrapelo, solo para seguirle la corriente. Él pensaba en la inmensa red de venas de agua que se extendía bajo la arena, pero la mujer con seguridad lo tomaba como preludeo del acto sexual que pronto empezaría. No era importante, estaba bien así. Solo un náufrago recién rescatado comprendería la psicología de alguien que ríe simplemente porque puede respirar.

Esto no cambiaba el hecho de que él seguía en el fondo del foso, pero tenía la sensación de estar sobre la punta de una torre alta. Posiblemente el mundo se había dado la vuelta y estaban invertidos los salientes y depresiones. Después de todo había descubierto agua en la arena; mientras él tuviera ese aparato, los aldeanos no se permitirían interferir en sus asuntos tan fácilmente. Ya no importaba que le cortaran el suministro de agua. Solo con pensar en el ofuscamiento de los aldeanos, se le volvía a remontar la risa. Encontrándose dentro del foso, era como si estuviera fuera de él. Al darse la vuelta pudo ver toda la escena. Uno no puede juzgar realmente un mosaico si no lo ve desde cierta distancia. Si se acerca demasiado, se pierde en los detalles, y, aunque se deje de ver un fragmento, se cae de nuevo en los detalles de otro fragmento. Tal vez lo que había visto hasta ahora no era la arena, sino los granos de arena.

Lo mismo podía decir de *aquella mujer* y de sus colegas del colegio. Hasta entonces había recordado solo detalles curiosamente exagerados: las ventanillas de una nariz gruesa, unos labios arrugados, otros labios lisos y finos, dedos anchos o dedos puntiagudos, la mancha en un ojo..., una verruga filiforme debajo de las costillas, venas violáceas que recorren unos senos... Detalles que se agigantaban y le provocaban náuseas. Pero con lentes de gran angular todo se ve pequeño, todo como insectos. Los que merodean por ahí son sus colegas, que toman té en la sala de profesores. En este rincón está *aquella mujer*, desnuda sobre la cama húmeda, entrecerrados los ojos, quieta, a pesar de que la ceniza de su cigarro está a punto de caer. El hombre siente que los pequeños insectos parecen moldes para pastitas; los moldes tienen solamente la forma, pero nada dentro. Aun así, no hay que ser un dedicado pastelero para caer en la tentación de hacer pastitas innecesarias, solo para no dejar de usar los moldes. Si se presentara la ocasión de renovar su relación con ellos, debería empezar todo desde el principio. El cambio operado en la arena correspondía a su propio cambio. Tal vez junto con el agua de la arena, él había encontrado un nuevo yo.

Así, extraer el agua de la trampa se convirtió en su ocupación diaria. Formas y diagramas comenzaron a juntarse —el lugar donde enterrar el balde, la forma del balde, la relación entre las horas del día y el grado de acumulación del agua, la influencia de la temperatura y la presión barométrica— en la eficacia del aparato. Desde luego la mujer no podía entender ese entusiasmo del hombre por algo tan insignificante como una trampa para cuervos. Entendía que ningún hombre podía estar sin hacer nada y lo encontraba bien, siempre que estuviera satisfecho con lo que hacía; además, sin darse cuenta, él empezaba a mostrar interés por su trabajo manual. No era mala cosa. Aparte de lo de la trampa, ella se sentía considerablemente beneficiada con ese interés del hombre. Pero él tenía sus propias razones

y motivos. Trabajar en el aparato había resultado mucho más complicado de lo que imaginara, ya que tenía que combinar varios elementos. Había aumentado el número de materiales, pero era difícil encontrar una fórmula que los rigiera a todos. Si quería datos más precisos, necesitaba una radio para enterarse de los informes sobre el tiempo. La radio se había convertido en el objeto común para los dos.

A principios de noviembre logró almacenar cuatro litros de agua diarios; pero después de eso, la cantidad empezó a disminuir cada día. Quizá se debía a la temperatura; tendría que esperar hasta la primavera para poder experimentar en serio. Junto con la arena empezaron a volar partículas heladas: el largo y duro invierno había llegado. Mientras tanto, pensando en comprar una radio de buena calidad, decidió echarle una mano en el trabajo a la mujer. Si por un lado el pozo tenía la ventaja de encontrarse protegido del viento, por el otro casi no veían la luz del sol durante todo el día y no se podía decir, ni en broma, que se pasaban bien los días ahí abajo. Ni cuando la arena estaba congelada disminuía la cantidad de granos que volaban con el viento, y no había respiro en cuanto a palear la arena. A menudo, los sabañones de sus dedos reventaban, dejando correr la sangre.

De alguna manera pasó el invierno y llegó la primavera. Al entrar en marzo compraron la radio, y levantaron una antena alta en el techo. La mujer, contenta, repetía sus expresiones de asombro, y se pasaba la mitad del día girando el dial de derecha a izquierda. Pasaron otros dos meses. Durante tres días unos pájaros blancos de gran tamaño pasaron volando de oeste a este, y un día después, repentinamente, la parte inferior del cuerpo de la mujer se bañó en sangre, mientras se quejaba de un dolor agudo. Uno de los aldeanos, que decía tener un veterinario entre sus parientes, diagnosticó un posible embarazo extrauterino, y decidieron llevarla en el motocarro al hospital de la ciudad. El hombre se sentó al lado de la mujer mientras esperaban el traslado; tomó con su mano la de ella mientras con la otra no dejaba de frotarle la cadera.

Finalmente el vehículo se detuvo en lo alto del acantilado. Después de medio año volvían a bajar la escala de sogas, y la mujer, envuelta en frazadas y atada como el capullo de un gusano de seda, fue izada con una soga. Ella siguió mirándolo hasta donde pudo, con aire suplicante, entre lágrimas y moqueo. El hombre desvió la mirada.

Se habían llevado a la mujer, pero la escala seguía colgada. Estiró las manos vacilante y la tocó suavemente con las yemas de los dedos. Al asegurarse de que no desaparecía, empezó a trepar lentamente. El cielo era de un amarillo sucio. Las manos y las piernas le pesaban como si acabara de salir del agua... Esta era la tan esperada escala de sogas...

El viento parecía arrebatarse el aliento de su boca. Dio una vuelta al pozo, y luego subió hasta donde se podía ver el mar. El mar también estaba sucio, amarillento. Aspiró profundamente, pero el aire solo logró irritar su garganta, sin proporcionarle el sabor esperado. Se dio la vuelta y vio levantarse una nube de arena en las afueras de la aldea, probablemente provocada por el motocarro que llevaba a la mujer... En realidad, debía de haberle revelado a ella el significado real de la trampa.

Algo se movió en el fondo del pozo. Era su propia sombra. Pegada a la parte superior de la sombra estaba la trampa de agua. Encontró uno de los palillos fuera de lugar; alguien lo habría pisado accidentalmente mientras movían a la mujer. Regresó apresuradamente a corregirlo. El agua, tal como lo calculara, había alcanzado la cuarta marca. Al parecer, no era grave el daño. En la casa alguien cantaba por la radio con voz áspera. Conteniendo el

deseo de llorar, metió las manos en el agua: la sintió helada, cortante. Se hincó de rodillas y permaneció inerte, con las manos en el agua.

No veía ninguna necesidad de escapar inmediatamente. En su billete de ida y vuelta, que ahora tenía en la mano, el destino y la hora de partida estaban en blanco, para ser llenados cuando él quisiera. Además, notaba que estaba deseoso de hablar con alguien sobre la trampa de agua. Y en ese caso, no podía pensar en un auditorio mejor que los aldeanos. Terminaría contándoselo a alguien.

Si no era hoy, sería mañana.

Después de eso, ya pensaría en escapar en algún otro momento.

NOTIFICACIÓN DE PERSONAS DESAPARECIDAS

Nombre de la persona: Niki Jumpei

Fecha de nacimiento: 7 de marzo de 1924

Vista la notificación efectuada por Niki Shino (madre) de la desaparición de esta persona, se dispone que el causante deberá notificar su existencia a esta corte antes del 21 de septiembre de 1962. En caso de no tenerse noticias en este plazo, el causante será considerado desaparecido. A cualquiera que pueda proporcionar informes sobre la persona en cuestión, se le ruega notificarlo a esta corte antes de la fecha arriba mencionada.

18 de febrero de 1962

JUZGADO DE RELACIONES DOMÉSTICAS

SENTENCIA

Demandante: Niki Shino

Persona desaparecida: Niki Jumpei

Fecha de nacimiento: 7 de marzo de 1924

Cursada la denuncia de desaparición correspondiente a la persona arriba mencionada, y verificados los trámites de su pública noticia; visto que se ha reconocido la inseguridad de la existencia o muerte de la persona en cuestión desde el 18 de agosto de 1955, durante siete años hasta la fecha, se da a conocer la siguiente resolución.

RESOLUCIÓN

Por la presente, se declara persona desaparecida a NIKI JUMPEI

5 de octubre de 1962

JUZGADO DE RELACIONES DOMÉSTICAS

(Firma del Juez)

* Los dos o tres nombres que aparecen en la obra están transcritos a la manera japonesa: el apellido antecede al nombre. (*N. del T.*).

Edición en formato digital: febrero de 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9788410183070

Conversión a formato digital: www.acatia.es